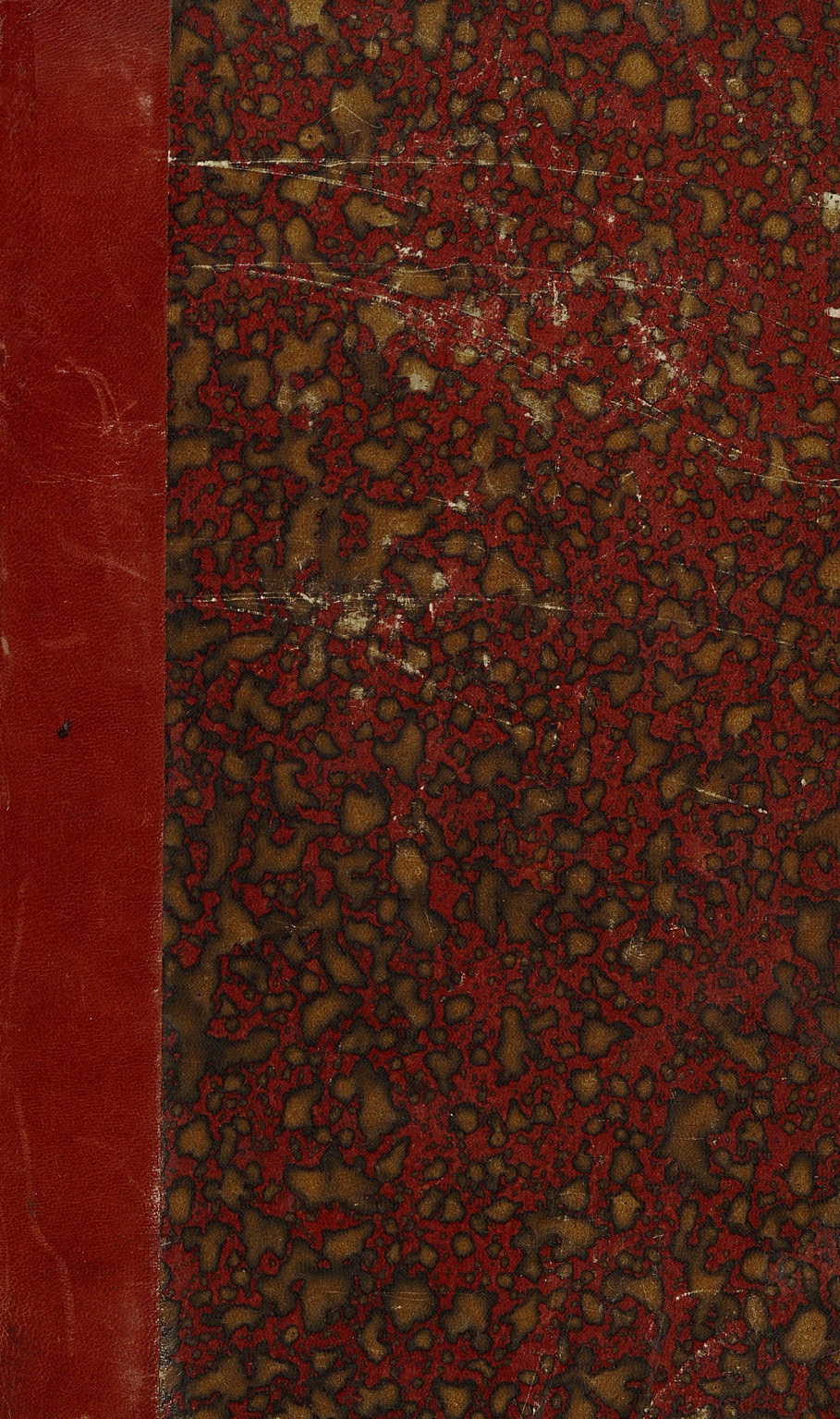






BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 12 B 39- 14

BIBLIOTECA NACIONAL



838145

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE
1922

APUNTES

(Dificultades de la guerra.—Causa del mal estado en que se encuentran las operaciones militares.—Ataque del Huascar a Antofagasta.—La captura del Huascar.—El desembarco en Pisagua.—Una conferencia con el General Escala.—Carta a Baquedano.—El nombramiento de don Alvaro Covarrubias como Ministro Plenipotenciario para tratar de la paz con el Perú.—Porque el Presidente Pinto no quería la expedición a Lima).

Julio 4 de 1879.

Nosotros tenemos tambien espías y a juzgar por el servicio que nos prestan no creo que los peruanos saquen grandes ventajas de los suyos.

Para saber lo que pasa en Chile el Gobierno del Perú no tiene más que suscribirse a nuestros diarios.

Es imposible hacer guerra en la forma que la hacemos. Con prensa que se complace en publicar lo que puede servir al enemigo y para hostilizar de ese modo al Gobierno, con asonadas fomentadas por partidos políticos, con interpelaciones que obligan a suspender el despacho durante ocho días, es imposible hacer guerra.

Antes de la guerra me decían que el país entero me acompañaría; que tendríamos hombres, recursos, cuanto necesitáramos. Yo no me hice ilusiones, pero nunca me imaginé que sucediese lo que estoy viendo.

La convicción que hay en el fondo de mi alma es muy triste.....

Agosto 26 de 1879.

Causas del mal estado en que nos encontramos:

Bloqueo de Iquique en la forma que lo sostuvo Williams. No impidió fortificación de Arica y abastecimiento del ejército enemigo por Pisagua y manteniendo todos los buques con sus máquinas encendidas se han deteriorado.

Necesidad de proteger los transportes que vienen de Europa.

Para proteger al Sena enviamos al Copiapó privándonos de sus servicios.

Para proteger al Glenlg enviamos al Estrecho al Loa, empleando en su expedición un mes. Despues de su vuelta ha principiado a armarse en guerra. Sin ese viaje estaría ya armado y presentaría muy útiles servicio por ser vapor ligero.

Al golfo de Arauco, temiendo que la Unión hubiera ido allí, enviamos al Cochrane, Covadonga y Amazona, perdiendo en esta expedición unos 20 días.

A su regreso el Cochrane ha principiado sus reparaciones en las que empleará 20 días. Sin su viaje al sur, estaría ya reparado y prestando servicios.

Para proteger al Genovese han ido al Estrecho, y probablemente para llegar tarde, el O'Higgins y Amazonas, dos excelentes buques con los cuales podíamos hacer mucho mal al enemigo.

Agosto 29 de 1879.

Ayer estuvo el Huascar en Antofagasta y fué atacado por Abtao, Magallanes y fuertes de tierra. El Huascar contestó y se siguió un tiroteo de tres horas.

Como el Huascar se encontraba a mas de 3000 metros las balas de tierra y de nuestros buques no lo hicieron mal.

Las punterías del Huascar no fueron malas al juzgar los resultados. Acertó tres balas al Abtao, matando diez individuos e hiriendo cuatro.

Hemos dado tiempo a los peruanos para que se hagan de buenos marinos y artilleros extranjeros.

Si Williams hubiera atacado al principio a los buques peruanos los habría encontrado muy mal servidos. Las fortificaciones del Callao y las improvisadas de Arica le impusieron. Si hubiera hecho el ensayo habría visto, como dicen todos, que estaban muy mal servidas.

Al Blanco, que estaba en Caldera, se había dado orden de dirigirse a Antofagasta, pero llegó a ese puerto cuatro o cinco horas después que el Huáscar había salido.

El Blanco había venido a Caldera en protección de dos transportes.

La protección de los transportes, tanto de los que vienen de Europa despachados por Blest con armas, y pertrechos, como de los que van de Valparaíso para Antofagasta, nos ha costado muy caro.

Nuestra marina ha estado contraída exclusivamente a su protección.

No es posible hacer guerra en esa forma. Sería necesario que tuviéramos una doble escuadra.

Noviembre 4 de 1879.

Estando para terminarse los preparativos para la salida del Ejército acantonado en Antofagasta, creímos que antes de proceder a su expedición debíamos tratar de destruir la escuadra peruana, especialmente al Huáscar.

La posesión de esta nave por los peruanos sería siempre una dificultad muy seria para la expedición terrestre. No sólo podía embarazar la traslación del ejército y su desembarque sino también hacer difícil las comunicaciones entre el ejército y Antofagasta, punto de donde debía recibir sus recursos.

Con el fin indicado dispusimos que nuestra escuadra compuesta de los dos blindados Blanco y Cochrane, O'Higgins, Magallanes, Covadonga y transporte Loa, fuesen a Arica, donde se encontraban según las últimas noticias, los buques de guerra peruanos.

Nuestra escuadra salió de Mejillones el 2 de Octubre y llevaba el propósito de atacar a los buques peruanos con lanchas torpedos y en seguida con los fuegos de nuestra escuadra.

Llegaron a Arica en la noche del 4 al 5; pero allí, por unos pescadores, supieron que la Unión y el Huáscar habían salido el 30 de Setiembre para el sur. El Jefe de la Escuadra, Capitán Riveros, reunió un Consejo de Comandantes de buques y se decidió suspender el ataque a Arica y venir al sur en busca de los buques peruanos.

Nuestros buques llegaron de regreso a Mejillones, parte el 6 en la noche y parte el 7 en la mañana.

Las naves peruanas salieron, como se ha dicho, de Arica el 30 de Setiembre y después de haber tocado en Iquique, se dirigieron al sur. El 4 llegaron a Peña Blanca, cerca del puerto de Huasco y allí apresaron dos goletas mercantes y destruyeron algunas lanchas. El 5 estuvieron en Coquimbo y Tongoy sin cometer ningún acto de hostilidad. En Coquimbo o cerca de este puerto, comunicó la Unión con el vapor de la Compañía Inglesa Cotopaxi, y allí, según han referido los prisioneros, se les dió la noticia de que nuestro ejército había salido para la costa del Perú.

En la noche del 5 los buques peruanos se dirigieron al norte y a eso de la una de la mañana del 6 fueron vistos a la altura del Huasco por otro vapor de la Compañía Inglesa.

Conocida la dirección que llevaban el Huáscar y la Unión se trató en el Consejo de Ministros de las medidas que podían adoptarse para salir al encuentro de dichos buques. Hubo a este respecto diversos pareceres, opinando unos que nuestra escuadra debía venir al sur, otros que debía ir a estacionarse a la entrada de Iquique y Arica, a donde arribarían los buques peruanos, y otros porque se cruzase al frente de Antofagasta. Convimos en poner en conocimiento de Sotomayor el rumbo de los buques indicándole la hora aproximativa en que pasarían frente a Antofagasta y oír su parecer. Sotomayor opinó porque una división de nuestra escuadra cruzara frente a Antofagasta y otra frente a Mejillones, saliendo los buques en convoy abierto para abrazar más espacio. Esto parece fué aceptado y se procedió a su ejecución.

En efecto en la noche del 7 al 8 el Blanco con la Covadonga y el Matías Cousiño salieron a cruzar frente a Antofagasta y el Cochrane con la O'Higgins y el Loa frente a Mejillones.

Los buques peruanos llegaron a eso de las tres de la mañana del 8 y se acercaron al puerto, siguiendo después con rumbo al norte.

Al amanecer fueron divisados por el Blanco. Este les persiguió pero como sus maquinarias y sus calderos estaban sucios y su andar era por esta causa muy corto, los buques peruanos

lo dejaron pronto muy atrás. En su escapada al norte fueron primero divisados por el Loa, el cual dió aviso al Cochrane por medio de algunos cañonazos. El Cochrane se puso en persecución de los buques peruanos y pudo alcanzar a cortar la retirada al Huáscar por el lado del norte.

El Cochrane acaba de repararse en Valparaíso y había salido de este puerto con un andar de 12 millas, superior al andar del Huáscar. Es muy posible que Grau no supiese esta circunstancia.

Los detalles del combate se encuentran en los partes.

Uno de los primeros balazos disparados por el Cochrane cayó en la torre del Comandante, despedazándola y haciendo volar una parte. Grau que se encontraba en ella debió ser completamente despedazado. Se ha encontrado un pié que se supone ha de ser de él pero no hay perfecta seguridad a este respecto. La torre fué perforada por dos balazos, uno de los cuales rompió la cureña de una de las piezas. El casco fué perforado en varias partes. Una granada entró a la cámara donde estaba el cabrestante con que se gobernaba el timón y lo rompió. Para manejarlo pusieron ocho marineros y otra granada los mató a todos. El buque quedó entonces sin gobierno.

Al cabo de cierto tiempo de combate arriaron la bandera, la enarbolaron en seguida y después volvieron a arriarla. El buque sin embargo siguió andando, lo que dió lugar a que los nuestros lo siguieron cañoneando. La máquina se paró al fin principiaron los marineros del Huáscar a tirarse al agua, y entonces de nuestros buques soltaron botes, de los cuales unos abordaron al Huáscar y tomaron posesión de él sin la menor resistencia y otros salvaron a los que se habían arrojado al mar.

Desde los primeros momentos del combate, la Unión escapó al norte y fué perseguida por la O'Higgins y por el Loa. El buen andar de la Unión y la distancia que llevó desde el principio fué causa de que pudiera escapar.

Noviembre 4 de 1879

El doctor boliviano señor Ladislao Cabrera, en carta dirigida a La Paz sobre la jornada de Dolores y que publica el Diario

Oficial de aquel país, hace curiosas revelaciones sobre el estado de las fuerzas aliadas, despues de nueve meses de activa y paciente organizacion.

A juicio de este hombre público de Bolivia, el ejército aliado del sur estuvo perdido desde que Chile capturó al Huascar y a Pisagua. He aquí como describe la situación.

Ligeramente, en los primeros momentos del desastre del 19 del mes pasado, te decía que en aquel día nada de cuanto era vergonzoso había faltado, ni la impericia, la imprevisión ni la cobardía misma.

Para mi no fué sorprendente cuanto de infortunado ocurrió. He aquí mis razones.

1.º El Ejército aliado no tenía ya elementos de subsistencia, despues de la ocupación del puerto de Pisagua y la pérdida del Huascar. El Jefe del Estado Mayor General del ejército del sur, coronel Belisario Suárez, así lo declaró en el consejo de guerra celebrado en Iquique en fecha 5 de aquel mes. Expuso allí que aún cuando contaba todavía con víveres para el Ejército por 20 días, el ferrocarril no contaba ni con los empleados ni con el combustible necesario para transportar esos víveres: que en su consecuencia la situación era demasiado crítica. Disentida la exposición del jefe de estado mayor general, se resolvió, casi por unanimidad, marchar con el ejército aliado en busca del enemigo, cualquiera que fuera el resultado. Esta resolución motivó la concentración del ejército aliado en Pozo Almonte. Allí empezaron efectivamente a escasear los víveres, tanto que varios cuerpos del ejército de Bolivia, no recibieron ración alguna en uno o dos días.

2.º La mala organización del ejército que no revela sino la más absoluta anarquía entre jefes, oficiales y soldados, y de la cual resultaron los escándalos mas abominables, no siendo raro que soldados golpeasen a oficiales, estos a jefes, y que jefes hicieran otro tanto entre sí.

3.º La relajación de las obligaciones de la campaña; pues el soldado, en lugar de ocuparse del manejo de su arma, de ejercicios propios del ejército, empleaba su tiempo en dar funciones de títeres y otras de esta clase. Recuerdo haber asistido en Pozo Almonte una noche a una de estas funciones, y con

asombro ví allí al general Bustamante, coronel Prado y otros muchos jefes.

4.º La falta de equipo de algunos cuerpos del ejército: tanta que recién el 14 o 15 del pasado, esto es, 4 o 5 días antes del simulacro de combate, se repartía lona gruesa para que los soldados cosieran cananas (porta municiones). No tenían cartucheras.

5.º La falta de general en jefe que conociera las condiciones y necesidades de cada división, de cada brigada, de cada cuerpo, de cada compañía. A este respecto, el ejército, especialmente el de Bolivia, no conocía al general en jefe que lo comandaba. Sabía que había un general Buendía, célebre por sus constancia en hacer la corte a una chilena de 13 a 14 años en Iquique y de la cual se decía

Noviembre 4 de 1879

La captura del Huascar ha facilitado la expedición que proyectábamos sobre el departamento de Tarapacá y concluidos los preparativos nuestro ejército se embarcó en Antofagasta el 29 y el 30 en la tarde salió de ese puerto.

Enero 3 de 1880

El ejército desembarcó en Pisagua el 2 de Noviembre. Los detalles del desembarco son conocidos.

La idea que se tenía antes de salir de Antofagasta era de hacer un amago de desembarco en Pisagua y desembarcar en Junín.

En el viaje de Antofagasta a Pisagua se cambió ese plan en una Junta de Guerra. Los motivos que se tuvieron para hacer el desembarco fué especialmente lo malo de la caleta de Junín. Solo en una parte podía efectuarse el desembarco y ese punto podía ser defendido con muy poca gente. La subida de la tropa a las alturas, una vez desembarcada, es también mucho más difícil en Junín que en Pisagua.

Debido en gran parte a la mala organización del ejército, incompetencia de los jefes superiores, y también a inconvenientes naturales, el desembarco de agua, víveres y pertrechos, se hizo en los primeros días con grandes dificultades.

Lo que mas dió que hacer fué el desembarque del agua para el ejército. Los elementos que para esta operación se tenía no eran suficiente.

El temor de la falta de agua dejó de hacerse sentir cuando parte del ejército avanzó hasta Dolores.

Lo malo del puerto, la falta de lanchas y jornaleros, y como he dicho antes la mala organización del ejército, especialmente de la intendencia fué causa de que el desembarque de víveres y pertrechos se hiciera con mucha lentitud.

El ejército se distribuyó en la línea del ferrocarril. Y por las dificultades en el desembarque, ya por el mal servicio y falta de equipo del ferrocarril, estaba mal surtido de víveres y municiones.

Mientras tanto los peruanos concentraban sus fuerzas y conseguido esto vinieron sobre nuestro ejército.

Abril 1.º de 1880

Hoy hemos recibido telegramas de Lynch en que anuncia haber llegado a Pisagua el Copiapó con la noticia de que el ejército debía principiar hoy a moverse sobre Locumba.

¡Qué de dificultades para mover un ejército numeroso a través de un desierto!

Puede decirse que la guerra que hacemos es mas bien contra el desierto que contra los peruanos.

Mayo 7 de 1880.

El domingo 25 de Abril llegó a Valparaíso el General Escala, se vino a Santiago en el tren de la tarde y el lunes, a la 1 P. M., estuvo en mi despacho. Se hallaron presentes a la conversación que tuve con él los señores Santa María, Amunátegui, Gandarillas, Matte y don José Alfonso.

Después de preguntar al General como estaba la salud y si había tenido buena navegación, le dije que había visto que fundaba su renuncia en la conducta abusiva que con él había observado el Ministro de la Guerra en Campaña don Rafael Sotomayor, y le pregunté que cuáles eran las quejas que respecto a él tenía.

Tomó la palabra el General y habló como dos horas y media o más. Es locuaz y tiene facilidad para expresarse. Habló con mucho calor. De cuando en cuando, levantaba el tono para expresar que todo su anhelo era derramar su sangre por la patria y que siempre había sido un militar subordinado y sumiso a las órdenes del Gobierno. Por ese espíritu de subordinación había soportado la serie de agravios que Sotomayor le había inferido.

Los cargos que hizo a Sotomayor eran nimiedades verdaderamente ridículas y contrastaba su futilidad con el tono que empleaba y las palabras que usaba.

Los cargos fueron por el estilo siguiente:

Un soldado se le presentó quejándose de que le habían dado doce palos. El General llamó al Comandante, este quedó de averiguar el hecho y al cabo de dos días le dijo que solo habían sido dos y que el soldado los había merecido. El General averiguó que los palos habían sido doce y que el Comandante lo había engañado y como el soldado pidiera que lo pasase a otro cuerpo, así lo dispuso. El Comandante se empeñó con Sotomayor para que dejase al soldado en su cuerpo; Sotomayor habló al General, pero no quiso acceder.

El General había castigado con un mes de suspensión al 2.º Jefe del Santiago, Comandante Barceló. Cuando salió para Moquegua la 2.ª División, a la cual pertenecía el Santiago, Barceló se empeñó con Sotomayor para que hablase a Escala y le pidiera le permitiese ir al mando del Regimiento. El primer Jefe, Lagos era el Jefe del Estado Mayor y estando suspendido Barceló, el Regimiento estaba mandado por el Mayor. Sotomayor habló efectivamente a Escala pero este no quiso acceder. Con este motivo nos hizo la historia de Barceló desde que estaba en la Academia, de donde lo habían expulsado por torpe.

Sotomayor le aconsejó que Riveros corriese con el desembarco en Ylo, haciéndole presente que los marinos entendían más que los oficiales de tierra de lo que convenía hacer para un desembarco.

Sotomayor le pidió, cuando tenía su Cuartel General en Santa Catalina, que se viniese a vivir a Pisagua para estar más cerca y tener más facilidad para tratar de los asuntos relativos al servicio. Accedió y a esto le daba mucha importancia y era una prueba de su deseo de marchar bien avenido con Sotomayor. Al día siguiente de su llegada a Pisagua, salió Sotomayor para el interior y al subir al tren dijo que si le iba bien se quedaría en el interior algunos días.

Sotomayor le pasó una nota, después de la expedición de Mollendo, diciéndole debían ser castigados los soldados que allí habían cometido desórdenes.

Sotomayor le pasó otra nota exigiéndole nombrase para el Estado Mayor al Capitán Orrego, de la Guardia Nacional. Este acto lo consideró el General tan abusivo que contestó la nota en términos que Sotomayor se la devolvió. Estaba resuelto a pasarle otra, pero accediendo a los empeños de Lira, no lo hizo.

Aunque su discurso tenía por objeto probar los agravios que Sotomayor le había inferido, se refirió en él a varios Jefes y personas agregadas al Ejército, y se expresó respecto de ellos con una acritud y en términos sumamente (impropios) de un hombre que había ocupado la posición de General en Jefe de un Ejército.

El discurso de Escala dejó una impresión muy triste en los que lo oían. Hablaba como un papagallo, con calor y tono teatral, para decir nimiedades a las que suponía gran importancia.

En algunos de los Ministros hubo siempre un vivo deseo de que Escala permaneciera a la cabeza del Ejército, pero después de oírlo no pudieron menos de decir que se admiraban como un hombre de tan cortos alcances pudo estar de General en Jefe sin desorganizar el Ejército.

Junio 25 de 1880.

En carta a Baquedano de esta fecha le digo lo siguiente:

Después de escrita esta, recibo la tuya del 12.

Me hablas en ella de la expedición a Lima. Supongo que habrás pensado en este asunto y desearía me dieras tu plan.

Qué fuerzas deberíamos llevar, especificando las armas.

Qué número de caballos y de mulas.

Qué fuerza debería quedar en los departamentos de Tacna y Moquegua, en Tarapacá y en Antofagasta.

Qué número de transportes necesitaríamos para llevar al Ejército expedicionario con los víveres, bagajes, pertrechos y animales. Tu conoces los transportes que tenemos y sería oportuno indicar lo que cada uno puede conducir. Es preciso también tener presente que el bloqueo del Callao no podría levantarse y que no deberíamos contar con los buques ocupados en él.

En qué puerto desembarcaríamos. A este respecto es preciso tener presente que Lima está unida por ferrocarril con Chorrillos, Ancon y Huacho.

En fin desearía que me enviaras un plan de operaciones desde la salida de Arica.

En su carta de fecha 12 del presente me dice Baquedano:

«Una vez terminada esta operación (la reorganización del Ejército) debemos pensar seriamente en nuestra marcha sobre Lima para poner fin a esta guerra tan costosa como larga y penosa para el país y para el Ejército».

Setiembre 15 de 1880.

Habiéndose escusado don Manuel Irarrázaval para admitir el cargo de Ministro Plenipotenciario, en el caso de que nos fijáramos en él, para tratar de la paz con el Perú, nos indicó Huneeus a Covarrúbias. Conversando con Santa María sobre estos asuntos le pregunté qué le parecía a Covarrúbias. Me dijo que muy bien.

Dos o tres días después de esto vino Huneus a verme y me dijo que había tenido una equivocación con Covarrúbias y que este le había dicho no sólo que no iría él con Santa María, sino que le había aconsejado a él que no aceptase porque Santa María le intrigaría.

Ayer, hablando con Santa María, le dije que sería posible conseguir con V. Reyes que aceptase. Sin poner tacha a Reyes, me dijo que le parecería mejor Covarrúbias. Le dije que tenía motivos para creer que éste no aceptaría. Me contestó que hablaría con él en el Senado y me contestaría. La carta de la vuelta es su contestación. (1)

Santiago, 20 de Setiembre de 1880.

Señor don E. Altamirano.

Mi apreciado amigo: Ud. sabe que no he estado por la expedición a Lima, pero una vez decidida he creído también que debía activarse y llevarse con toda la energía posible. A Ud., como Comandante General de Marina, le consta que no se ha perdido tiempo. Además las personas más directamente encargadas de preparar esta expedición, que son Ud., Dávila y Vergara, dan garantía de que no se ha perdido el tiempo.

No he estado por la expedición a Lima por las razones siguientes:

(1) La carta dice así: «12 de Setiembre de 1880.—Querido Aníbal: Acabo de hablar con Covarrúbias. Después de interrogado en la forma que te espuse esta mañana, me contestó que hoy no podría aceptar por muchas razones de distinto género, y sobre todo, porque cree que no debemos pensar en la paz sino después de tomada Lima. No siendo así, no podríamos hacer una paz que satisficiera, porque el Perú nada nos cederá.

Entonces, ¿irías a Lima con el Ejército? Covarrúbias duda de que se piense en marcha a Lima, pues el número de oficiales y jefes que llegan le prueban lo contrario. Y como le diese seguridades de la expedición, si una paz honrosa no la embarazaba, insistí en mi pregunta primitiva.

La contestación fué entonces: *lo pensaría*. Y esta contestación me la repitió varias veces, manifestando que en tal caso su resolución sería *probablemente* afirmativa.

Según esto, *por ahora* no podría contarse con Covarrúbias.—Tuyo afmo.
—D. SANTA MARÍA».

Tengo la íntima convicción de que el Perú no hará la paz en las condiciones que nosotros le impondremos sino cuando se vea perfectamente aniquilado y exhausto.

Ese resultado se conseguiría mejor y de un modo más seguro, según mi opinión, manteniendo la ocupación de lo que hemos conquistado, hostilizando al Perú con nuestra Marina, cortándole su comercio, enviando expediciones pasajeras sobre su costa para completar la paralización de su comercio y desorganizar su industria azucarera, que es de lo que saca ahora los recursos. Sin la expedición a Lima y sin los gastos de hombres y de dinero que nos va a ocasionar habríamos podido hacer esta guerra por mucho tiempo.

Esta era mi opinión, pero debo confesarle que pocos me acompañaban en ella. La expedición a Lima fascinaba tanto al público en general como al Congreso y yo no habría podido resistir sin exponer al país a disturbios.

De muy buena gana habría dejado a otro que se encargase de hacer lo que yo no creía acertado, pero esto también podía ser de tristes consecuencias para el orden interior.

Hay mucha gente que se alhaga en la idea de que ocupada Lima, el Gobierno del Perú hará la paz, o se levantará otro Gobierno que la haga. Yo no he creído ni creo esto. Ocupada Lima, el Gobierno se irá al interior y si cae Piérola se levantará otro que mantenga la resistencia.

La expedición a Lima es peligrosa, no sólo por su naturaleza, sino por la falta de hombres competentes que la dirijan. A pesar de esto tengo tanta confianza en la superioridad de nuestros soldados y en la mejor organización de nuestro Ejército, que no dudo que nos irá bien.

Pero ¿si no se hace la paz en Lima, como yo creo, qué habremos conseguido?

El gusto de ocupar a Lima, el desmantelamiento del Callao y el apresamiento o destrucción de la Unión. ¿Valen estos resultados los sacrificios que esa expedición nos cuesta?

En Lima no podremos quedar mucho tiempo. Al cabo de tres o cuatro meses tendremos que abandonarla y volveremos a Arica y Tacna.

Mientras tanto nuestros recursos de hombres y de dinero estarán agotados.

Nos veremos obligados a disminuir nuestro ejército hasta dejarlo en el pie necesario para nuestra ocupación del litoral hasta Ylo, Moquegua y Dios sabe si podremos sostener la guerra marítima en las condiciones que ahora la hacemos.

Después de haber gastado veinte o veinte y cinco millones de pesos, después que nuestro papel haya bajado a 10 o 12 peniques, después que por las enfermedades y las balas enemigas hayamos perdido seis u ocho mil hombres, nos encontraremos en el mismo estado en que nos hayamos en el día.

Estos son mis temores y por esto es que no he opinado por la expedición a Lima. Dios quiera que no se realizara.

Ud. me preguntará que ¿cómo es que teniendo, como lo he dicho al principio, la convicción de que el Perú no hará la paz en las condiciones que nosotros le imponemos, hemos entrado a tratar de paz? A esto le contestaré que es porque considero que un gobierno y un país están en el deber, cuando se encuentran en guerra, de prestar oído a toda proposición de paz, que un gobierno que dijera redondamente que no quiere hacer la paz, faltaría a sus deberes con sus propios gobernados y que daría muy mal ante los ojos del mundo entero.

Mande a su amigo.

ANÍBAL PINTO.

EL GENERAL MELGAREJO JUZGADO POR UN HISTORIADOR CHILENO

(Conclusión)

IV

Rasgos característicos de don Ramón Sotomayor Valdés, en cuanto a historiador, son la compostura y la ecuanimidad. Es un severo analizador de los hechos, sin amores ni odios, sin prevenciones ni simpatías, atento únicamente a rendir pleito homenaje a la verdad.

Tal vez que otra, sin embargo, pierde su serenidad habitual, la indignación se apodera de su espíritu, moja la pluma en ácido corrosivo y fustiga como Tácito. Prueba al canto:

«En este país hay escritos y sancionados volúmenes de leyes tales y tan buenas, como las tienen los más cultos pueblos. Está prohibida la pena de muerte y no obstante el Gobierno mata sin forma de proceso. Está prohibida la pena de azotes y se azota sin piedad por el simple mandato de una autoridad subalterna. Está mandado castigar el asesinato y el mismo Presidente de la República asesina por su propia mano y se queda tranquilo. Está infamada la embriaguez y el ebrio habitual declarado inhábil para elegir y ser elegido, y el mayor ebrio consuetudinario es el primer elegido y el primer elector, el Jefe del Estado, ebrio condecorado, divinizado, omnipotente.....»

No era posible que, durante la Administración de Melgarejo, la prensa lograra sustraerse a la fatal influencia de la época, ni que conservase inmaculados la noción de su augusto magisterio y los prestigios de su dignidad moral. Los periodistas oficiales de aquel tiempo—dice Sotomayor Valdés—se convirtieron en férvidos himnitas del Presidente y tumbados a los pies del fetiche lo asfixiaban con el humo denso de sus incensarios.

Lo que, por otra parte, acáece en todas las latitudes de la tierra. La adulación es la secuela necesaria, la consecuencia lógica, el producto espontáneo de la tiranía. Gastón Boissier, en una de sus más admirables obras de reconstrucción, nos cuenta cómo florecía el servilismo abyecto bajo los Césares romanos. Ovidio con ser un genio—asienta el grande escritor francés—se prosternaba, en el paroxismo de la melancolía, en las soledades del Ponto Euxino, ante el busto del amo que o había exilado.....

Sotomayor Valdés nos cita ejemplos sorprendentes de la sumisión perruna que reinaba en aquellos días, de recordación ingrata. Las milicias nacionales, por orden de Melgarejo, emprendieron una insignificante mejora pública, en la ciudad de La Paz. Se trataba de disminuir la pendiente de un pequeño cerro, en las cercanías de la capital. Pues bien: uno de los diarios fiscales—*La Situación*—en el número 28 de 11 de Junio de 1869, bate el turíbulo en los términos siguientes:

«El ejército boliviano acaba de acometer una obra que por sus dificultades puede ponerse al nivel de las pirámides de Egipto, de la Naumaquia romana y del Istmo de Suez. El hombre del siglo, el General Melgarejo, compadecido de los esfuerzos de esta ciudad para crecer hacia arriba, le ha proporcionado los medios de extenderse horizontalmente. El Espíritu Santo dice que la fé traslada las montañas. Melgarejo dice: con el entusiasmo de mis tropas se destruyen las colinas. Napoleón I, al tratarse de hacer una perforación por los montes Pirineos, dijo: si es posible, hágase. El General Melgarejo ha dicho: es más que probable nivelar una colina. Pues la nivelo. Hágase pues justicia al genio iniciador, al espíritu potente, al hombre de empresa que, para gloria de la civilización, emprende obras dignas de la antigua Roma....»

Ni escaparon a la manía zirigañera los representantes del Altar. De todas las fiestas cívicas que hemos presenciado en Bolivia—afirma Sotomayor Valdés—la primera por su fausto oficial es la del natalicio del General Melgarejo. En el día indicado—continúa—hubo en Palacio el habitual besamanos, durante el cual se dirigieron al Presidente largos discursos de felicitación. Poco después empezaron las libaciones. La concu-

rencia de los visitantes—concluye—fué disminuyendo hasta quedar reducida al círculo de aquellos íntimos a quienes el Mandatario invitó para que lo acompañasen a la mesa. Ahora bien: entre esos convidados—agrega el historiador—se hizo notable el canónigo Valdivia, de la catedral de La Paz, por el brindis ampuloso que le espetó a Melgarejo, brindis concebido así:

«Por una coincidencia que considero providencial, el mismo día en que la Iglesia celebra la resurrección del Salvador del mundo ha nacido también otro salvador, el invencible General Melgarejo, la primera espada americana y el jefe político que, sacando del caos al pueblo boliviano, tiene sobrados títulos para ser mirado como el Mesías de la Nación.

Y la fiebre cortesana, el afán de las zalemas, el miasma deletéreo de la lisonja interesada, trascendían más allá de los linderos patrios. Un agente diplomático de singulares capacidades mentales—don Juan de la Cruz Benavente Ministro en el Perú—con motivo de ese decreto absurdo en el cual Melgarejo declaraba con fecha 18 de Marzo de 1866, «que respecto a los americanos del sur las fronteras de Bolivia no se considerarían si no como líneas matemáticas destinadas a determinar el límite de la jurisdicción nacional», escribió al Ministro de Relaciones Exteriores:

«...El Presidente Melgarejo acaba de hacer de la nación el patrimonio de la América y de los hombres de la América, que a ella vayan, el patrimonio de Bolivia. Bolivia es, señor, de los americanos. Los americanos son de Bolivia. La Justicia de la Historia sonríe ya a los hombres de Estado que han tenido la fortuna de proclamar, en el hecho, el imperio de la igualdad y la fraternidad, a los que tan dignos se manifiestan de San Martín y de Sucre. Un gran hombre dijo: la América, para los americanos. El bravo guerrero de los Andes acaba de decir: Bolivia para los americanos del sur. Aquella es, señor, la doctrina Monroe. Esta debe llamarse la doctrina Melgarejo. Una y otra, señor Ministro, importan el imperio de una idea, que siempre servirá de enseña a la independencia continental».

Por su lado los países extranjeros hacían coro al endiosamiento del soldadote engraisado. Doña Isabel, reina de España,

en 1865, le dirigió una epístola, expresiva y cordial. El Gobierno de la Moneda, a su turno, lo nombró General de División del Ejército chileno. Y el Emperador del Brasil, don Pedro de Braganza, lo condecoró con la Gran Cruz de la Orden del Cruzeiro.

Mareado, pues, con el perfume de la mirra del aplauso hiperbólico, aquel hombre nesciente y vanidoso creyó quizás, de buena fé, en la autenticidad de su misión providencial. Se juzgó acaso un predestinado, el regenerador de su pueblo, el ungido de Dios, un Mesías, como lo llamó el canónigo Valdivia.

Y aquí se impone indeclinablemente una pregunta: ¿contribuyeron algunos bolivianos, con su adhesión y con su encomio incondicionales, a afianzar la dictadura ominosa del sexenio? ¿Es equitativo considerarlos cómplices voluntarios en la *vía-crucis* dolorosa que hizo recorrer a la República el despotismo de Melgarejo?

Don Alberto Gutiérrez es rotundo a este respecto. Se expresa así al analizar aquel ciclo bochornoso:

«...Queremos poner de manifiesto ante nuestros conciudadanos que, si grandes fueron las culpas y responsabilidades de la tiranía de Melgarejo, no le corresponden exclusivamente, sino que parte considerable tuvo en esas desdichas el concurso de una porción muy numerosa de la opinión pública. Queremos también demostrar que ningún mal es más pernicioso para las instituciones políticas y para los intereses permanentes de un pueblo, que la existencia de corrientes de opinión que se encuentran siempre dispuestas a sancionar los actos y procedimientos dictatoriales».

El escritor boliviano don Isaac Tamayo, en un libro intitulado *Habla Melgarejo*, libro lleno de ingeniosidad y de enjundia y que revela en quien lo concibió un talento original y fuerte, emite conceptos similares a los del doctor Gutiérrez, arriba consignados. El señor Tamayo finge en su obra una sesión de espiritismo durante la cual se desarrolla entre el *Medium* y la sombra trágica del guerrero un diálogo curioso. Voy a copiar a continuación las frases pertinentes:

«...Doy por cierto lo que decís.. Pero... ¿y los horrores de vuestra Administración?

—¿Y bien, ya no os lo he dicho? Si soy culpable, si soy criminal, la responsabilidad es tanto mía como vuestra. ¿Por qué me tolerásteis? ¿Por qué me aclamásteis? ¿Por qué la adulación quemó todos los inciensos, por qué la bajeza agachó tantas frentes, por qué las ciudades iluminaban sus torres, los balcones se empavezaban, por qué las flores regaban mi camino y las esencias exhalaban sus más delicados perfumes a mi paso? ¿Creéis que el Melgarejo del sexenio hubiera sido lo que ha sido si en todas las frentes hubiera leído la reprobación, si en todas las miradas hubiera visto el destello de la indignación y si en todas las conciencias hubiera adivinado la condenación? ¿Creéis que el Melgarejo del sexenio hubiera sido lo que ha sido si no hubiera tenido Ministros complacientes, prefectos dóciles y obedientes, ejército fiel y adicto... y sin todas aquellas adhesiones que llenaban salones y corredores, en lugar de hacer el vacío a su alrededor, en vez de hacerle sentir la reprobación general y el desprecio de todos los buenos...?.

Hay, a mi entender, exageración en estos juicios. La protesta del pueblo alto peruano contra la bárbara coyunda de Melgarejo fué varonil y persistente en todos los ángulos de la República. Y si hubo individuos que claudicaron y rindieron parias al opresor, otros en cambio levantaron la bandera de las reivindicaciones y muchos de ellos ofrendaron sus vidas en los campos de combate, en defensa de las libertades ciudadanas y del derecho conculcado.

Así lo enseña la historia de Bolivia.

V

La obra de Sotomayor Valdés finaliza, como he dicho al principio del presente bosquejo, con el derrumbamiento estrepitoso de Melgarejo, ocurrido el 15 de Enero de 1871. Mucho se ha escrito en América acerca de este acontecimiento transcendental, que liberó a la nación alto-peruana de la más infamante de las tiranías. El autor de «La Legación de Chile en Bolivia» relata así aquella jornada redentora:

«El día 15 de Enero el ejército agresor se presentaba en el Alto de La Paz, donde algunas guerrillas de valientes vecinos

destacadas por el Coronel Agustín Morales, cruzaron desde luego sus fuegos con la vanguardia enemiga. El ejército de Melgarejo descendió sin un plan fijo de ataque, pues los directores de la revolución había diferido hasta la última hora la construcción de las trincheras de la ciudad, para evitar que su plan de defensa llegase a conocimiento del enemigo. Poco antes de acometer a la población, Melgarejo había mandado un parlamentario al jefe de la revolución, exigiendo rendición y ofreciendo garantías. Y antes de conocer la rotunda negativa emprendió el ataque, lanzando sus huestes por las dos grandes avenidas que conducen a la población y rompiendo el fuego sobre la marcha.

Dividió en seguida sus fuerzas en tres grupos, que atacaron por diferentes puntos la líneas de defensa. Allí se trabó una lucha encarnizada que duró más de una hora, durante la cual los asaltantes se aventajaron hasta el punto de hacer cejar a los defensores de la trinchera. El momento era crítico, pues allí se encontraba la llave para tomar la ciudad. Pero ocurriendo a tiempo el Coronel Morales con su Secretario D. Casimiro Corral a la cabeza de un refuerzo de caballería, con el que dieron una enérgica carga, infundieron nuevo aliento a los que guarnecían la trinchera, e hicieron retroceder al enemigo. A la inmediación, entre tanto una multitud de soldados de uno y bando se hacían fuego, calle por medio, desde los balcones y ventanas de las casas que habían ocupado respectivamente. De improviso las llamas de un incendio surgieron en una de estas casas de doble piso en que se encontraban muchos soldados de Melgarejo, los cuales sorprendidos por este incidente y aterrados con el grito de ¡minal lanzado en medio de la confusión, cesaron de hacer fuego para pensar sólo en salvarse. Algunos sucumbieron en medio de las llamas:

A pesar de esto, las tropas de Melgarejo que se encontraban en la calle, cargaron con nuevo brio tras el propósito de tomar inmediatamente la trinchera que tenían adelante, consiguiendo por segunda vez hacer retroceder a sus defensores. En esta ocasión la presencia del Secretario general D. Casimiro Corral, obligó a los combatientes a volverse a sus puestos y a esforzar de nuevo la defensa. A las cinco de la tarde, la fuerza saltante

evacuó las casas desde las cuales había dirigido sus fuegos contra la trinchera.

Mientras tanto, en otros puntos de la ciudad, se batían por una y otra parte con rara obstinación. En otra trinchera situada en una de las boca-calles de la plaza principal de La Paz, se habían juntado numerosos combatientes. Allí también las fuerzas de Melgarejo pusieron en gran conflicto a los defensores de la plaza y momento hubo en que estos se creyeron perdidos. Pero acudieron en su defensa las llamas de un nuevo incendio, que envolvieron los edificios donde estaban parapetados numerosos combatientes. Al mismo tiempo se combatía en los demás puntos fortificados con tal ardimiento, que a las nueve de la noche resonaban los tiros por todas partes, hallándose aún indecisa la fortuna de las armas. Los soldados de Melgarejo habían combatido hasta esa hora por su cuenta, sin que la presencia de su caudillo los animase, pues Melgarejo había permanecido en un barrio lejano—en la plaza de San Sebastián—rodeado de algunos rifleros y fiado más en su buena suerte que en su indisputable valor. Pero a las ocho de la noche había abandonado la ciudad, recomendando a la parte de la tropa más cercana a él, que se sostuviese hasta el último trance. Más, esa fuga no tardó en llegar al conocimiento de los soldados que ocupaban los barrios centrales, lo cual produjo en ellos el desaliento, obligándolos ya a rendirse, ya a escapar. A las nueve y media todo estaba concluido...»

Desalojado de todos sus baluartes, en completa derrota, Melgarejo montó sobre el lomo de su caballo «Holofernes», ascendió al cerro de La Paz y una vez en la llanura inmensa de la altiplanicie andina, galopó hacia el Desaguadero, con el propósito de internarse en el Perú.

Don Ramón Sotomayor Valdés se hallaba en Cochabamba el 15 de Enero de 1871. Ignoraba, por ende, que Melgarejo hubiese escapado. Creyéndolo prisionero y en peligro de ser pasado por las armas, dado los caracteres del movimiento que lo derrocó, el representante diplomático de Chile dirigió a don Casimiro Corral, secretario general del jefe revolucionario, una nota que, por los sentimientos humanitarios que la inspiran,

es un timbre de honor para su signatario. Dice así el oficio de Sotomayor Valdés:

«Cochabamba, Enero 26 de 1871. Señor: Entre las últimas noticias venidas de La Paz y autorizadas no menos por los periódicos de aquella ciudad, que por la voz pública en esta, figura la captura y prisión del general Melgarejo en su huída hacia el Perú. A ser efectivo este suceso, no tendrá a mal V. G. que el representante de una nación amiga y hermana de Bolivia, pida al vencedor consideración y clemencia para el vencido. No me toca juzgar la Administración del general Melgarejo. Más, como quiera que la revolución triunfante en todos los ángulos de la República haya condenado esa Administración y que las nuevas autoridades se crean en el deber de satisfacer ampliamente la vindicta pública, estoy seguro de que la nación boliviana no desdeñará jamás el ser magnánima, ni aun teniendo toda justicia para ser severa. En la eventualidad de que se suspenda una espada, siquiera sea la de la ley, sobre la cabeza del general Melgarejo, considere V. G. interpuesta por parte de la nación chilena y de su Gobierno, la oficiosa demanda de gracia a favor de la vida del general. Y considere V. G. además que nada será tan satisfactorio para el pueblo de Chile, como el saber que esta demanda ha sido atendida y que las autoridades de la revolución han sabido realzar su triunfo con la heroica virtud de la clemencia.

Sírvase V. G. poner en conocimiento del Excmo. Jefe Supremo de la revolución el contenido de esta nota y aceptar las protestas de distinguida consideración con que soy de V. G. muy atento y seguro servidor.—R. SOTOMAYOR VALDÉS».

La respuesta de don Casimiro Corral fué la siguiente:

«La Paz, Febrero 9 de 1871.—Señor: He recibido el apreciable oficio de US. fecha 26 de Enero último, por el que asegura que tiene conocimiento por la voz pública y los periódicos, que el general Melgarejo ha caído preso en la fuga para el Perú y a nombre de su Gobierno solicita US. se use de consideración y clemencia con el vencido.

En contestación me cabe decir a US. que dicho general no ha caído prisionero y que el Gobierno Provisorio abriga los sentimientos más nobles respecto a los vencidos y no ha dictado hasta hoy medida alguna hostil.

Su Excelencia reconoce en la demanda de US. todo el interés que el representante de una nación hermana está dispuesto a solicitar en favor de la desgracia y estima en alto grado tan hidalgo comportamiento, de que se complace demasiado y que hace honor a la República de Chile.

Con este motivo, tengo el honor de ofrecer al señor Sotomayor mis consideraciones de aprecio con que me suscribo su atento y seguro servidor.—CASIMIRO CORRAL.»

Ya en salvo, el general Melgarejo se refugió en Tacna. Luego se fué a Valparaíso. Y allí, a modo de los reyes en el exilio de que nos habla Daudet, paseó su vencimiento y su amargura a la orilla del mar, bajo el cielo chileno. Meses más tarde, nostálgico más que del Poder, del calor de la hembra que fué el pivote de su vida, se embarcó para Lima y en la ciudad del Rimac pereció asesinado el 23 de Noviembre de 1871.

El matador de Melgarejo se llamaba José Aurelio Sanchez, y era hermano de la célebre doña Juanita, barragana del tirano, la que también se expatrió después del desastre de su amante. Una pasión enfermiza y carnal lo ligó siempre a aquella mujer, de belleza extraordinaria, según afirman quienes la conocieron. Y si hemos de dar crédito a las crónicas, a los pies de esa Du Barry criolla se arrastraba en noches de orgía el tigre de Tarata, dulce, manso, sumiso, borracho de erotismo y de alcohol, cuando la mano sedefia de la pelandusca le acariciaba la cabeza afiebrada. Testifican ese sorprendente predominio estas palabras de un historiador boliviano:

«...Segura del ascendiente que ejercía sobre Melgarejo, la joven llegaba a mantenerlo aun las horas de embriaguez y de delirio que arrastraban al caudillo a los más abominables excesos y violencias. Sería interminable la reseña de las persecuciones, de los destierros, de las condenaciones draconianas que Melgarejo fulminaba y que la influencia bondadosa de la favorita logró hacer detener con su intercesión humanitaria.»

VI

El General Mariano Melgarejo era no sólo generoso protector, pero también padre político de José Aurelio Sánchez, circunstancias que dan al crimen de este último caracteres todavía mas abominables.

La familia del victimario fué, durante el sexenio, objeto de la más loca prodigalidad oficial: encumbrados puestos, honores, riquezas, distinciones. Embrujado con el filtro amoroso de doña Juanita, el rendido adorador nada les negó, en días de apogeo, a los parientes de su concubina. Sin embargo, cuando sonó para él la hora negra de la desgracia y de las expiaciones ineluctables, todos le abandonaron sin escrúpulo y uno de ellos lo asesinó cobardemente.

D. Tomás O'Connor D'Arlach en su interesante libro *«El General Melgarejo»*, después de un minucioso cotejo de las gacetas limeñas de la época, reconstruye en la siguiente forma aquella escena de sangre:

«El General Melgarejo, aunque acariciando siempre la esperanza de volver a Bolivia, vivía en Lima en compañía de sus dos hijos. La mujer que él había amado hasta el frenesí y adorado hasta el delirio, estaba ya separada de él y vivía también en Lima.

«Las familias de Melgarejo y Sánchez estaban muy ligadas entre sí. El General vivía con doña Juana. D. José Aurelio, hermano de esta, casó con la señorita Valentina Melgarejo, hija del Presidente. Y su hijo el coronel Severo Melgarejo casó con la señorita Rosaura Sánchez, hermana de doña Juana y D. José Aurelio, a quien Melgarejo elevó hasta la alta clase de General. En Lima el General Melgarejo se hallaba bastante pobre y quejábase de que la familia Sánchez retenía lo poco que él tenía, habiendo llegado hasta resolverse a instaurar una demanda judicial contra ella. Sus relaciones, pues, con su antigua querida y con su hijo político se pusieron en extremo tirantes y los postreros días del General Melgarejo fueron grises y amargados por la pobreza, las ingratitudes y las decepciones.

«¿Cómo aconteció el hecho? Vamos a verlo, remitiéndonos a

datos enteramente seguros, auténticos y documentados los mas de ellos. Los diarios de Lima nos informarán mas detalladamente sobre el trágico suceso que nos ocupa. «*El Comercio*» decía, la misma noche del suceso, lo siguiente:

«Acaba de ser asesinado el General Melgarejo, ex-Presidente de Bolivia. A las ocho de la noche, en que escribimos esta noticia, ha tenido lugar tan trágico acontecimiento. Minutos antes de la hora indicada, se presentó en la casa del General boliviano señor Sánchez, situada en la calle de Gallinacitos, anterior a la calle del Padre Jerónimo, dicho General Melgarejo, que iba en un coche. Melgarejo se presentó en la puerta—según dicen unos—y disparó dos tiros. Y según dicen otros, amenazó con un palo al General Sánchez. Fué en estas circunstancias cuando Sánchez le disparó dos tiros de revólver, que penetraron, uno cerca de la sien atravesándole el cerebro y el otro cerca de la boca. Y lo tendieron en el suelo, desfallecido».

A su vez, uno de los redactores de «*La Patria*». con fecha 24 de Noviembre de 1871, escribió emocionado:

«Hemos visto su cadáver. Hay en su varonil y hermoso rostro algo terrible, mezclado con cierto gesto suplicante que mueve a compasión...»

El Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Perú D. Juan de la Cruz Benavente a su turno se dirigió a la Cancillería de La Paz en los términos que copio:

«Legación de Bolivia en el Perú.—Número 1672. Señor Ministro de Relaciones Exteriores. Señor: Anoche, de horas siete a ocho fué muerto el General D. Mariano Melgarejo, por dos tiros de revólver que le disparó su hijo político José Aurelio Sánchez. El General Melgarejo había ido a buscar la familia del agresor con quien se encontraba en diferencia judiciales. Con esa ocasión Sánchez disparó a quema-ropa los dos tiros contra él en la puerta de la calle. Queda entregado a los tribunales. No conozco las circunstancias para calificar el hecho, misión que está consignada a las investigaciones de la justicia. Anoche mismo, antes de las doce, dejó de existir el General Melgarejo a consecuencia de sus heridas, una sobre la ceja izquierda y otra entre la mandíbula y la garganta. El General

quedó privado de la razón y de la palabra desde el instante mismo. A las nueve y a las diez y media en que le ví, era ya cadáver. Muerto el General Melgárejo en una situación doblemente desgraciada e incalificable, su cadáver no ha encontrado doliente, fuera de dos hijas muy jóvenes que quedan en la miseria y en la orfandad. En ese evento, mi deber de honor, como representante de un pueblo noble y de un Gobierno generoso, era hacerme cargo de los restos del General que acababa de mandar el país y de ser derrotado por el valor boliviano. No he vacilado, señor Ministro, para recogerlo y en esta fecha invito a las exequias que, por su descanso eterno, la Legación mandará celebrar mañana en el Templo de Nuestra Señora de la Merced.

El juicio de los contemporáneos termina donde comienza el de Dios y el de la Historia y ni las pasiones mismas osarán pasar del borde de la tumba. Con esta ocasión, en nombre de mi patria, de su ilustrado Gobierno y de la caridad cristiana, doy sepultura hoy en el Perú, bajo los solemnes auspicios de la religión, al que ayer fué Presidente de Bolivia. Con profunda confianza de que represento fielmente a mi valeroso país y a su digno y elevado Gobierno en esta deplorable incidencia, ruego a V. E. se sirva semeter este despacho al conocimiento del Jefe Supremo de la Nación.

Tengo el honor de ratificar la consideración distinguida con que soy de V. E. muy atento servidor.—JUAN DE LA CRUZ BENAVENTE.—Lima, 24 de Noviembre de 1871».

En Bolivia no se ha escrito, hasta el presente, una biografía completa de Mariano Melgárejo. La obra de Sotomayor Valdés, al exámen de la cual consagró estos deshilvanados artículos, sólo se refiere a la etapa del sexenio, vale decir, al espacio de tiempo comprendido entre el advenimiento y la caída del héroe de Diciembre. De suerte que para obtener detalles de la existencia tormentosa de aquel genio del mal, anteriores a 1864 y posteriores a 1871, es necesario agavillar rasgos dispersos en la lucubraciones históricas de los publicistas vernáculos: Narciso Campero, Eleodoro Camacho, Isaac Tamayo, Pablo Subieta, Alberto Gutierrez, Alcibiades Guzmán y algunos

otros. D. Tomás O'Connor D'Arlach, en un opúsculo que vió la luz en 1913, ha consignado los siguientes datos:

«El General Mariano Melgarejo nació en el pueblo de Tarata, del departamento de Cochabamba, el día 13 de Abril de 1820. Era hijo natural de doña Ignacia Melgarejo y de don Lorenzo Valencia.

Muy joven, niño aún, abrazó la carrera de las armas, en la que sirvió desde la clase de soldado raso. Siendo apenas sargento, ya encabezó una revolución que, fracasada en su cuna, le obligó a tomar el camino de la proscripción. Todos sus ascensos militares los debió a sus buenos servicios, ninguno al favoritismo. En la batalla de Montenegro fué ascendido por su valor y brillante comportamiento. Concurrió a la de la intervención boliviana en el Perú, distinguiéndose por su bravura y heroísmo en todos los combates.

En el trato familiar era dulce, amable, jovial y atrayente en alto grado. Su carácter, sin dejar de ser franco y expansivo, era desconfiado y astuto.

Su nombre figuró en muchas revoluciones y motines de cuartel, de los que, si algunas veces resultó triunfante, en muchas otras le abrieron el camino del ostracismo y en más de una ocasión escapó de ser fusilado. Genio turbulento, le desesperaba el quietismo y le encantaban la novedad, las aventuras y los peligros. Por su extraordinario valor, los arranques de heroísmo y generosidad y hasta por su imponente figura, sus superiores le apreciaban y le distinguían. Sus amigos le amaban y sus subalternos le temían y le admiraban.

Melgarejo era casado con una señora muy buena y honorable, a quien abandonó a los pocos años de su matrimonio, porque su carácter veleidoso no se hizo para los goces tranquilos del hogar ni para someterse a ninguna clase de obligaciones.

En el apogeo de su poder y de su gloria, contrajo relaciones con otra mujer, a la que amaba con delirio y sobre la que cayó también, como sobre él, todo el odio de la pasión política. Sin embargo, esa mujer hizo bastantes beneficios y salvó a muchas personas de la ira y de las venganzas terribles del dictador.

Otro rasgo excepcional de este hombre extraordinario: él, que no había recibido instrucción, ni había tenido más escuela

que la de los cuarteles, gustaba mucho de las letras y tenía pasión de artista por la música y la poesía. Tocaba la guitarra maravillosamente y hacía versos llenos de inspiración y sentimiento».

Como se vé, no son copiosas las informaciones. Corresponde, pues, a los intelectuales bolivianos, colmar esas lagunas, escudriñar en sus más íntimos repliegues la fisonomía síquica del tirano y pasar por la criba del análisis las proyecciones de la actuación de aquella sombría personalidad en la vida de la República.

Melgarejo, no cabe discutirlo, ejerció una enorme y maléfica influencia en el país, agonizante entonces bajo la bota férrea del dictador. Durante seis años fué árbitro y director supremo de las actividades colectivas. Tuvo a su servicio no sólo a la soldadesca ignara, a la morralla social y a las masas populares, pero también a militares de prestigio, a jurisconsultos meritorios, a hombres de brillantísimas capacidades. En su Administración se firmaron pactos internacionales de grande trascendencia, gracias al mandato imperativo de su voluntad granítica, tales como los tratados concluídos en 1866 y 1867 con Chile y el Brasil.

Es, por tanto, preciso que la figura del individuo que papel tan preponderante desempeñó en los destinos de su patria, sea íntegra y minuciosamente conocida por las generaciones que acerca de ella han de formular el veredicto justiciero, el fallo inapelable y la sentencia definitiva.

Los hechos de Melgarejo deben ser sometidos a una rígida y escrupulosa disección.

VII

Sobre la memoria de Mariano Melgarejo se ha desatado, acre y vindicativo, el anatema universal. Historiadores imparciales lo consideran digno de hombrearse, en los dominios de la tiranía, con el argentino Juan Manuel Rosas o con el paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia.

El concepto es equitativo. En mi sentir humilde, ni Solano López, ni García Moreno, ni Estrada Cabrera, ni Guzmán Blan-

co, ni Cipriano Castro, alcanzan nunca la estatura trágica del sátrapa boliviano.

Melgarejo—afirma el príncipe don Luis de Orleans—merece figurar al lado de Calígula y Nerón, ya que fué al propio tiempo el histrión más grotesco y el déspota más feroz que ha producido la América Latina. Y concluye con esta abrumadora apreciación:

«Las anécdotas que acerca de él se cuentan todavía en La Paz, pertenecen más a la esfera de la patología mental que a la de la Historia.....»

El 10 de Octubre de 1865 dió el ilustre estadista y literato don Adolfo Ballivián un Manifiesto político, fechado en Cota-gaita, de grande envergadura y de positiva resonancia nacional. En aquel documento, escrito en estilo rimbombante e hinchado, pero lleno de ideas sensatas y patrióticas, se leen frases del siguiente jaez:

«...¿Con qué derecho impera Melgarejo, con qué derecho roba, con qué derecho mata, qué objeto se propone, a dónde se encamina? Execrable bandido! Yo quisiera entregar tu nombre maldecido a la abominación del universo todo si pudiera, pero que llegue al menos como signo de oprobio, de horror y de vergüenza para aquellos que perciban el eco gemebundo del quejido que hoy arroja nuestro intenso dolor al soplo de los vientos.....»

Don Alberto Gutiérrez, en su libro *«El Melgarejismo antes y después de Melgarejo»*, hace una nimia e inmisericorde vivisección de la vida pública y privada del mandatario del sexenio. A manera de un cirujano, rompe con el escalpelo del análisis una por una las fibras de la personalidad del dictador y nos ofrece esta síntesis definitiva:

«A pesar de todo aquel proceso de declaraciones de descargo en favor de ese caudillo soldadesco, vulgar, desleal y sanguinario, no puede la Historia admitir en su abono ninguna especie de atenuaciones para su conducta privada y política. Su figura moral, su influencia pública, la índole de sus actos, pasarán a la posteridad como los más criminales y nefandos de que tengan memoria las edades desde los tiempos de la decadencia de Roma. La persona de Melgarejo era no sólo un ejem-

plar único de depravación moral, sino símbolo de un estado social, algo como una lección objetiva para los pueblos que se encuentran en camino de olvidar sus deberes cívicos y de abandonar el culto de sus libertades políticas».

Don Moises Ascarrunz no le vá en zaga al señor Gutiérrez en el ardor conminatorio. Acabo de leer su obra *«Hombres célebres de Bolivia de siglo a siglo»*, y en ella veo:

«La antropología criminal encontraría en Melgarejo el tipo lombrosiano del delincuente nato. Todos los rasgos fisíomicos y morales que ofrece al estudio, se encuentran, innegablemente, a reconocer en su persona un anormal. Su cráneo de frente fuyente, los arcos supercilares prominentes, como el de un gorilla, los pómulos tan pronunciados y su maxilar inferior voluminoso, corresponden ciertamente a ver en esa cabeza el análogo de varios criminales célebres. Feroz, ambicioso, cruel, inconsciente, orgulloso, sensual, intemperante, Melgarejo resumía en su personalidad todas las taras síquicas que caracterizan al criminal nato.....»

La influencia corruptora de un hombre de esa calaña, disoluto y brutal, tenía necesariamente que reflejarse en la cáfila de aduladores que aplaudían los desmanes del generalote y estimulaban con su complicidad y su aquiescencia los vergonzosos apetitos y los malos instintos del jefe, al propio tiempo temido y venerado. Don Alcibíades Guzmán confirma mis aseveraciones. En la página 275 del libro *«Libertad o Depotismo en Bolivia»*, el historiógrafo paceño expresa lo que copio:

«...¿Cual sería el secreto de su fuerza invencible para subyugar de tal manera, como en especie de letargo, expoliando, fusilando, vendiendo la Patria? La inmoralidad, que corroe las entrañas de un pueblo, exactamente como el cáncer las del organismo animal.

El General Antezana estaba en constante sacudimiento de *delirum tremens*. El General Crespo, casi octogenario, se consagraba asiduamente a las aventuras amorosas. El senil General Dulón hacía papel galán deleitable. El Coronel Pomier se recataba en el hogar por que allí mantenía más de dos mancebas. El viejo General Olañeta, estando de Ministro, fué hallado muerto por exceso de lascivia y recuperado con reactivos. El

hijo y el yerno del Presidente recorrían las calles libidinosos y seductores, sirviéndoles de rufianes coroneles y ayudantes.

Si el primer Magistrado era concubinario público, si la embriaguez era un hábito oficial, quien se eliminara de la regla caería en desagrado del tirano, por que los actos de virtud o de llano deber son irritante reproche al vicio. Ministros y Generales debían, pues, bogar en las mismas ciénagas que el amo... »

Extravagante individualidad, sin duda alguna, la de Mariano Melgarejo. Sin embargo, no sólo la fantasía popular pero también las plumas inescrupulosas de ciertos memorialistas, han tejido acerca de la época del sexenio y alrededor de la figura del caudillo de Diciembre, una tupida urdimbre de leyendas absurdas, que la severa investigación histórica se ha encargado de desbaratar.

Escritores hay que nos presentan a Melgarejo fusilando en un rapto de ebriedad furiosa, contra los muros interiores del Palacio de Gobierno, las tropas íntimas con que durmiera en la noche, creyéndolas mortales enemigos. Otros hablan de un Cónsul de la Gran Bretaña que recorrió las calles de La Paz, por orden del Presidente dipsómano, a horcajadas sobre un asno y con la cara vuelta hacia la grupa, en medio de la rechifla de la muchedumbre. Quienes lo adornan gratuitamente con la bravura de Rolando, con la afabilidad y gentileza de Enrique IV, con las dotes militares de Turenna y con las cualidades poéticas de Nerón. Inauditas invenciones, enderezadas a deformar aquella odiosa pero interesante y compleja personalidad.

El príncipe de Orleans y Braganza, en su ya citada obra *Sob O Cruzeiro do Sul*, no ha querido quedarse atrás en la tarea de relatar especies pintorescas y acoger sin reparos estrafalarias versiones. Esta, por ejemplo:

«... El General Mariano Melgarejo ofreció un día, en los comedores de la mansión presidencial, un espléndido banquete a los altos dignatarios del Estado y a los miembros del Cuerpo Diplomático. En el momento de pasar al *fumoir* los invitados fueron conducidos delante de un armario cerrado. Se abren de repente las puertas de ese armario y aparece doña Juana Sánchez, la amada del tirano, completamente desnuda, como Friné en presencia de sus jueces. Los representantes de las nacio-

nes amigas, convidados a la fiesta, no vacilaron en expresar su admiración protocolar, deslumbrados con el espectáculo...»

La escena anteriormente transcrita es hija de la imaginación acalorada del príncipe de Orleans. No encuentro en los autores bolivianos que al efecto he consultado, referencia ninguna sobre el particular. Se me antoja, además, a todas luces inverosímil, que individuos respetables y celosos del decoro de sus países respectivos—como es lógico suponer a quienes integraban entonces el Cuerpo Diplomático acreditado en La Paz—aceptaran sin una enérgica protesta tan villano desacato y se hubiesen prestado a ser comparsas complacientes en una bacanal, similar a las que describen Pierre Louys y Próspero Castanier en sus evocaciones paganas.

Don Ramón Sotomayor Valdés no incide en esos descarríos de la fantasía. Al través de su obra *La Legación de Chile en Bolivia* vemos destacarse un Melgarejo de cuerpo entero, real y humano, animado del tibior de la vida, cínico, crapuloso, atrabiliario, ávido de sangre y sitibundo de alcohol, pero exento a la vez de deformaciones innecesarias y de atributos falsos y postizos.

He ahí por que las páginas sustanciosas de su libro admirable, se leerán siempre con delectación y con provecho.

RICARDO SANCHEZ RAMIREZ.

FRAGMENTOS INÉDITOS DEL "DIARIO INTIMO" DE AMIEL

El pudor es una enfermedad terrible. Por poco que no se la combata y venza pronto, puede producir en el organismo moral tanta ruina como la tuberculosis—por ejemplo—en el organismo físico. «Son las primeras manifestaciones y ciertos desórdenes de la pubertad,—escribe M. Bernard Bouvier a propósito de Amiel,—las que han llenado de asombro, luego de aprensión a este ser puro y verdadero, hasta turbar su imaginación y paralizar su voluntad». (1) Se ha espantado y no habiendo sabido pedir consejo, ha comenzado a soñar. Esto debía durar toda su vida. Sobre todo *El Diario Intimo*,—tal cual van a transformarlo los fragmentos inéditos que traerá la nueva edición y de los cuales ofrecemos luego una selección—muestra el largo progreso del pudor en un alma, la soledad con que la impregna más y más, la inercia que allí favorece y por el mismo fenómeno que vuelve fosforescentes los cuerpos en descomposición, la luz creciente que en ella se desarrolla. Las disposiciones filosóficas de Amiel, su gusto por la introspección no bastan para explicar el carácter roedor de su clarividencia, que no puede corresponder sino a una vía que le ha sido cerrada; hay en él una fuerza que se ejerce al revés por haber visto negada su expansión.

No quiero decir—por lo demás—que la lucidez de Amiel sea sin igual, ni que se haya ido nunca más lejos que él en el conocimiento de sí mismo. Un exceso de piedad, un exagerado hábito de la moral, echar en demasía de menos la acción, lo retienen al borde de grandes y profundos descubrimientos. Mas

(1) *La Semana Literaria* (Ginebra), del 20 de Noviembre de 1920, p. 541.

para nadie quizá el sufrimiento de conocerse ha sido sentido con tanta intensidad y paciencia a la vez; nadie, tal vez, se ha impregnado tan dolorosamente de la debilidad que la fuerza del espíritu puede desenvolver en el alma.

Sin embargo, este libro no es el de un cobarde; el sufrimiento de Amiel guarda algo de la discreción que fué su origen; no acusa a nadie; no busca el consuelo retrospectivo de la mala suerte. Lo que hay de hermoso aquí y de heroico es que por una vez—que yo sepa—los acontecimientos exteriores no son inculpados; al mismo tiempo que su impotencia. Amiel acepta el ser la única causa de ella, dando así prueba del más difícil valor, cual es el de solidarizarse con sus fracasos.

JACQUES RIVIERE

30 de Enero de 1861 (mañana)—Levantarse tarde, ensueños vacíos, vanos o eróticos. Pensé también que entre ocho meses tendré cuarenta años.—«Sé hombre una vez antes de morir»: estas palabras dirigidas a Saint Preux resonaban en mi oído como un trueno lejano.—Sentí con pena mi incapacidad creciente de tensión, de esfuerzo, de energía, de virilidad física o moral.—¡Un libro y un hijo!, esto era hace algunos días el resumen de mis anhelos. Es quizá muy tarde para esta doble concepción. Todos los ardores parecen agotados en mí; la potencia fecundadora, la llama, la pasión, la voluntad, el amor, la esperanza, la fé; no son en mi más que recuerdos. El «espíritu de alegría» de que habla Víctor Cherbuliez me es desconocido. Mi volcán se apaga bajo las cenizas; mi pozo se ha cegado; mi árbol se ha secado. Soy indigente, estoy desnudo, viejo de alma ya que no de cuerpo. El poder de ilusión, de atracción, de creación, de elocuencia, el fuego sacrado, el entusiasmo, el talento, el estímulo generatriz, el encanto, el prestigio, el diablo en el cuerpo, el impulso, todo eso se ha perdido, disipado, evaporado, huido. Mi memoria está despojada, mi cerebro estéril, mi corazón árido, mi fuerza consumida, mi valor anulado, mi imaginación gastada, mi alma abatida y solitaria, Me siento inútil, miserable, impotente y amurallado en mi impotencia sin po-

der huir ni ocultarme, ni olvidar. La niebla gris, fría y triste que envuelve a esta hora nuestra ciudad; no es más triste que los pensamientos de mi corazón. Una mujer que siente morir su fruto en las entrañas, siente también como si la vida misma la abandonase. También en mí algo ha muerto, es la esperanza, y este mal interior es la fuente de todos mis males: apatía, enervamiento, desaliento, desengaño, cobardía, indiferencia, disgusto.

«¡No es bueno que el hombre esté sólo!» Te encierras demasiado en tí, por ascetismo, orgullo, hábito o curiosidad. Tienes necesidad de Dios y de los hombres para conservar la salud de tu alma.

Lo sabes, pero lo olvidas. Te abochornas, te ocultas, cierras tu coraza. Mal procedimiento: ¿por qué pues vuelves a él siempre? Por lasitud y desconfianza. Vivir es luchar, vivir es confiarse. Y el esfuerzo fatiga y la experiencia separa. Todo se rompe, todo pasa, todo cansa, y uno deja de apasionarse, para no tener ya que desapasionarse o desprenderse. Sobre todo se siente disgusto de sí mismo, y se olvida que la vida es una prueba, que Dios está allí, que la dicha no es lo esencial, que no se puede presentar su dimisión de la vida, que la desesperación es un pecado y una rebelión. ¡Acuérdate de navidad!

Rescata tu tiempo. Cíñe tus riñones. Obedece. Soporta. Sobre todo combate contra ti mismo, contra tu fatal instinto de hipocondría como tu perpetua tentación de desaliento. Un día habrá que rendir cuenta; hay que dar gracias cada día. Nadie vive para sí; piensa en la muerte y sueña en prepararte la almohada de una conciencia en reposo. No tienes ahora ni quietud, ni contento, ni serenidad, ni alegría porque no haces lo que debes hacer, porque no eres obrero con Dios, porque no tienes la paz del corazón. Tu flaqueza agitada viene de fluctuaciones perpetuas de tu ser central que no tiene ni consistencia, ni convicciones, ni fijeza, ni carácter. Todo en ti es flotante, indeciso, incierto, vago y móvil, temes concluir, afirmar, desear y aun vivir. No eres sino vacilación, duda, aprensión, suspensión. Es decir, no eres nada positivo, no hay en ti de persona, no eres sino un punto de interrogación, una nube, una sombra, un suspiro, una apariencia sin cuerpo. Esta falta de per-

sonalidad, de individualidad, viene de la falta de resolución. Eres de tal modo objetivo que no eres ya un sujeto, un hombre. Te disuelves continuamente en las cosas exteriores y no encuentras de ti sino la capacidad psicológica de percibir, de hacer espejo, eco a los fenómenos involuntarios de tu ser. Has enajenado casi tu voluntad y perdido la disposición de tus fuerzas. Y sin embargo, vivir es desear sin descanso, es restaurar perpetuamente su voluntad.

Jueves 20 de Septiembre de 1868 (9 h. de la mañana).—Tiempo maravillosamente bello. La temperatura del viaje crepita en el fondo de mi ser. «Como un pájaro quisiera salir volando». Calvison, Sión, Berlín me han ofrecido asilo y nuestros montes y lagos sonríen al eremita. Por otra parte, quién sabe cuanto entra en esta desazón por partir el deseo de escapar a la necesidad, de despreciar la razón, de huir del deber. Quisiera sobre todo saltar fuera de mi sombra, desembarazarme de mí mismo, arrojar mi vieja piel, mi viejo hombre, mis tonterías, mis faltas, mi pasado, mi presente y sumergirme en la caldera de Eson para salir cambiado. Cambiado de mí, renovados espíritu y voluntad, metamorfoseado, porque rejuvenecido no es suficiente. Se cansa uno de estar cuarenta años en su propia compañía; se acaba por soportarse como un fastidio y rodar como una bala de cañón. Se aspira a ser otro. Esta inclinación es quizá un argumento contra la inmortalidad del alma. La inmortalidad puede aparecer como una fatiga y un tormento y no solamente como una recompensa. La imperiosa necesidad de refrescarse y renovarse puede ir hasta el esfuerzo de lo que dura sin fin. El corazón aloja esta extraña antinomia. sed de siempre, aversión de siempre. Aborrece y adora la inconstancia; maldice e implora el cambio. Quiere y no quiere.—¡Monstruo incompensible!—decía Pascal. Los anacoretas llegan hasta la saciedad de Dios, como las gentes de mundo de la sociedad de los hombres. Todo acaba por aburrir. El fastidio es el heredero universal de todos nuestros deseos. El abismo interior al que van todas nuestras ilusiones, bosteza a su vez de tener

que devorar este vapor que renace. Vanidad de vanidades, todo es vanidad.

Otra contradicción: tú que te contentas de una nada, puedes fastidiarte de todo. ¿Es entonces el castigo de la charlatanería, llegar a ese supremo *fastidium* en que se está desalentado de sí mismo? ¿De sí, es decir de sus defectos, de sus irresoluciones, de sus miserias, de su incurable fragilidad, de su trabajo estéril, de sus agitaciones infecundas, de sus veleidades impotentes? ¿Eres completamente nuevo? ¿Estás gastado del todo? ¿Qué eres y quién eres, insoportable hablador, que tienes la monomanía de las fustigaciones inútiles y de las amonestaciones sin resultado? ¡Qué de bulla, palabrería y subterfugios para retardar lo que te da miedo: la decisión y la acción!

La verdadera felicidad es un abismo; quien se arroja en el abismo sublime resucita vencedor.

Hay mil medios de engañarse a sí mismo.

Uno solo para estar en paz: tomar y llevar su cruz.

¿Estás al nivel de tus asuntos, en regla con la vida? No, y con todo no vas descargado ni aun libre. Esta abominable costumbre de vivir a la aventura, sin finalidad precisa, sin proyecto, sin plan, al azar de los días, de los libros y de las circunstancias, ha terminado por hacerte incapaz de adoptar un nuevo régimen. Sufres de este vacío y no obstante, lo contrario te espanta. Se puede entonces hacerse un alimento de lo que envenena y una voluptuosidad de su pena. Voluptuosidad malsana, seducción terrible que está en el fondo de todos los hábitos despravados. El secreto de tal seducción, está en la alegría de la irresponsabilidad, en la dicha de sentirse o creerse sin maestro, en la supresión de la obediencia. La conciencia adormecida—como la madre de Gretchen—por su narcótico, deja camino abierto al Fausto que está en nosotros. Sí, y se acaba por la inmensa soledad y por la sociedad de sí mismo, unidas al horror de todo remedio, horror que nos inocular regularmente Satán con su habilidad de parto.

Hay en tí dos inclinaciones que desafían la razón: el gusto por el suicidio y el amor al veneno; ¡corazón solitario, ten cuidado de tí!

La pasión de dañarse: ¡oh cuán bien conozco esta pasión sutil, hija del pudor excesivo y del desinterés vergonzoso! Es cuestión de ahogar su corazón, de comprimir sus instintos, de ocultar su sensibilidad, de poner bozal y máscara a todas las ternuras débiles que podrían llamar o llorar, se acostumbra uno a este papel de verdugo y se le toma gusto. Se cortaría la lengua antes de hablar y el brazo antes que hacer un gesto. Se goza aún con dar una doble vuelta a sus cadenas y en apretar más su grillos. El todo está en no entregarse, en no dar ningún precio al mundo fuera de nuestro paladión, en vigilar nuestro orgullo.—Morir en su alta torre, invencible para el mundo, inexpugnable a su maldad, es el voto del ser independiente que no sabe obedecer sino al amor.

Mas es el amor quien te solicita y requiere, diciéndote: No más lo provisional, te hace daño; no más soledad, te es fatal. Debes formarte un interior para gastar tu alma, para tomar gusto a la vida, para obligarte a un trabajo serio.

19 de Mayo de 1878.— ... A los que saben les repugna amonestar constantemente a aquellos que juzgan sin saber. No tienen terreno común. Los primeros creen que nuestras ideas deben conformarse con los hechos, los segundos que nuestras ideas crean los hechos, que no hay absolutamente hechos. La era democrática trae siempre la tendencia de Protágoras, pero el sofisma permanece inconsciente en la multitudes de loros de que se componen las multitudes y asociaciones. Los ingenuos buscan la verdad; los otros no reconocen sino las opiniones que pueden alimentar o auxiliar su interés, su vanidad o su pasión; la verdad es una bestia de carga, que ellos explotan, golpean, encadenan, educan para su servicio. ¿Qué iglesia, qué partido político no desnaturaliza la historia en su provecho? En las cuestiones humanas la verdad no llega a la luz sino despues del agotamiento de todas las formas del error, de todos los modos del abuso.

Lo que hay de más raro es la perfecta rectitud de la voluntad y casi tanto la libertad de la inteligencia, la despreocupación

lúcida. También los juicios de millares de individuos no son sino insignificancias numéricas. ¿Qué importa esa cháchara de gentes que no están en las condiciones visuales y morales en que puede estar un testigo? La crítica de las opiniones, conduce al desprecio casi general de las opiniones.

«Un hombre puede valer para mí tanto como treinta mil», decía Heráclito.

¿La crítica es una ciencia? Sí, en un sentido, ya que se pueden catalogar sus condiciones previas y sus ejercicios preliminares; pero es sobre todo un don, un tacto, una intuición, un instinto y en este sentido no se enseña, no se demuestra, es un arte. El genio crítico es la aptitud de discernir lo verdadero bajo las apariencias y de entre el embrollo que lo ocultan, de descubrirlo a pesar de los errores del testimonio, del fraude, de la tradición, del polvo del tiempo, de la pérdida o la alteración de los textos. Es la sagacidad cazadora a la que nada engaña largo tiempo y que ninguna estratagema despista. Es el talento del Juez de instrucción que sabe interrogar las circunstancias y hacer saltar un secreto de entre la presión de mil mentiras. El verdadero crítico sabe comprenderlo todo, pero no consiente en ser engañado por nada y no hace a convención alguna el sacrificio de su deber que está en encontrar y decir lo verdadero.

Con los vivos, con las instituciones presentes, con todo lo que es vindicativo, armado, amenazador, irritable, puede estar obligado a consideraciones y prudencias, a atenciones y a sordinas que lo vejan, pero él ve claro aún cuando no se atreva o no pueda hacer ver claro. Las afectaciones, las poses, las máscaras, las charlatanerías, los avisos llamativos, las supercherías le tienen aversión. Debe ser para lo falso como la voz temida y lejana, «...que hacía decir a las cañas: Midas, el rey Midas tiene orejas de asno, y el crítico abierto e indulgente pero incorruptible e infalible, el Eaco de la literatura sin debilidad y sin humor, ¿dónde está? ¿cuántos hay? ¿cuál ha tomado el lema de Juan Jacobo:

¿Vitam impedere vero?

¡Ay!

31 de Julio de 1878.—Hay algo del grosero, del torpe, del zafio, del palurdo, del rústico, del pedante, es decir, del tonto, en una cantidad de sabios al uso, que no son hombres de mundo. Esto justifica la antipatía de muchos franceses instruidos, por las pesadeces germánicas. El germano no tiene la fineza de raza, la distinción innata o adquirida, la cortesía de los hombres del mediodía, le falta gracia y agilidad.

«Jamás un zafio por más que haga sabrá pasar por galante».

Apenas sale de su *Gründlichkeit*, de su *Innerlichkeit*, de su profundidad y de su intimidad, se presenta por su lado desfavorable y va hasta el límite de sus defectos, no siendo advertido por el tacto social de la frontera que no hay que traspasar. Una vez desviado, emancipado, pervertido, será más grosero, más vil, más innoble que nadie.

Ley de ironía. *Corruptio optimi pessima*.

Sería muy perjudicial que no existiesen más que alemanes: porque si el alemán tiene cualidades de primer orden, tiene defectos proporcionales. Ningún pueblo puede ser suprimido sin daño. Todas las naciones reunidas no son un exceso para representar el hombre un poco completo. Cada nación, tomada por su lado débil, es una mueca, una caricatura de la humanidad; es preciso que se contrabalanceen. Los bellos ejemplares de cada nación se hacen valer por sus contrastes. Observo que no amo sino el hombre tipo, el hombre ideal y que el nacionalismo no me retiene bajo su prejuicio. Los defectos ginebrinos me chocan tanto como las fealdades bernesas y no estoy seguro de preferir los suizos a los americanos, los franceses a los alemanes, los europeos a los asiáticos, los cristianos a los musulmanes. Con todo me parece bien colocar el blanco por encima de las razas de color y poner al heleno del tiempo de Milciades sobre la mayor parte de los pueblos. Sin embargo, mis afinidades instintivas son más bien individuales. Hay ciertas criaturas que me atraen, pero en el curso de la historia y en el presente, no las creo numerosas; a lo menos en este momento no sabría nombrar muchas. Todas las insuficiencias e imperfecciones me hieren estéticamente y aunque yo las rodeo de indulgencia, me quitan esta admiración que es una de las condiciones del amor.

El amor-entusiasmo no es ya posible. Quedan el amor caridad, el amor fraternal y paternal, el que desea socorrer, fortificar, alegrar, ennoblecer su objeto, este puede amar un sér y un pueblo por sus miserias y sus sufrimientos, por lo que le falta y por sus deformidades morales, más bien que por sus excelencias y privilegios. El amor-compasión encuentra siempre empleo cuando el amor-admiración ya no lo tiene.

(*Repertorio Americano*, Costa Rica).

LA OBRA DE DON IGNACIO SANTA MARIA SOBRE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Don Ignacio Santa María ha dado a la estampa los dos primeros volúmenes de un estudio detenido y meditado sobre la «Guerra del Pacífico». El preámbulo, trae al recuerdo que el autor tuvo actuación personal en algunos acontecimientos, que en ocasiones acompañó a su señor padre don Domingo Santa María, que fué depositario y es el guardador de sus papeles. Según lo expresa, su deseo es exhibir los hechos de aquel período, como fueron en su entender; se siente halagado por la confianza de que los años le den suficiente tranquilidad de espíritu, y su anhelo sincero es conservarla.

Más de una vez he leído las interesantes páginas que don Ignacio Santa María lleva publicadas.

La primera vez, tuve el deseo de expresar mi sentir acerca de este estudio, minucioso y complementario, de un trienio de glorias para Chile, de un tiempo en que fué menester calmar el patriotismo, prometer próximos llamados a las filas, solicitar paciencia para la creciente demanda de puestos entre los que marchaban a los campos de batalla a la sombra del tricolor. La exhibición de aquellos hechos como fueron según el entender de don Ignacio Santa María, han tenido para mí, entre otros méritos, el de despertar recuerdos de lo que yo mismo pude ver, o logré oír, tanto de las críticas por el acompasado andar de los acontecimientos, como de los arranques de entusiasmo ante el conocimiento de su progreso y, mayormente, de cada victoria y de las críticas nacidas de más de una patriótica impaciencia.

Si a mi deseo pude dar satisfacción, los borradores en que lo hice siguieron ciego destino. Una nueva lectura del libro de don Ignacio Santa María me hace pensar que lejos de modifi-

carse mi primera impresión, ésta se ha acentuado en elogio de la obra y de la transcendencia que le atribuyo.

El señor Santa María hace un prolijo estudio de la política chilena desde el año 1878. Y, así como refiere las mutaciones en la dirección del Gobierno,—no siempre, o talvez pocas veces comprensibles,—no pocas veces dañosas para el país y su prestigio, y de ordinario socabadoras de la disciplina administrativa,—así también las comenta detenida y juiciosamente, haciendo una interesante obra de resurrección de aquel tiempo, en comentario palpitante, animado, lleno de vida y de impresiones, impregnado en el pensar de los hombres que en él vivieron, en la actividad de la administración pública, de la política, de la prensa, de los comicios públicos y de la guerra misma tanto en sus detalles más menudos, como en sus hechos de armas, bien dignos de rememorarse.

En el momento presente, los acontecimientos que constituyen los dos tomos que el señor Santa María lleva entregados al juicio público, atraen imperiosamente, reclaman la atención preferente. Es que han vuelto a ser la «cuestión palpitante»; es que los coaligados por el tratado secreto de 1873, la agitan acervamente, hiriendo no poco el sentimiento patriótico del chileno, provocando sus hermosas manifestaciones, esas manifestaciones demostrativas de que el dañino microbio de los desnaturalizados no ha logrado morder en una raza cuyo signo es «todo por la patria».

Acaso los adversarios de 1879-81, hacen olvido de que no solamente no han bajado aún a la tumba todos los actores en la guerra del Pacífico, sino que sobreviven en número considerable,—muchos de ellos, si acaso no todos,—alentando en sus pechos ánimos y vigor para acudir de nuevo al llamado del clarín. Y numerosos son también, si acaso no los más, los chilenos de medio siglo a menos edad, que, hijos o descendientes de aquellos heroicos soldados, se han hecho repetir una y cien veces de los propios labios de sus padres, las relaciones vibrantes de las memorables hazañas con que éstos supieron defender la patria y dar nuevos lauros a sus colores; de los episodios siempre nuevos de la guerra que hicieron aquellos soldados, muchos improvisados, los cuales en su número mayor, tomaron

las armas, apenas adolescentes, y aprendieron a servirse de ellas en los arenales del desierto, para dar a su patria tantas victorias como batallas libraron.

No son pocos los hombres que tuvieron participación en aquellos hechos y que han dejado relatos de esa participación, documentos algunas veces harto originales, preciosos, cuyo conocimiento, hoy día, casi al borde del cincuentenario, despertada, renueva o estimula el deseo de deleitarse en su lectura, que recuerda, completa o aclara la historia—tan exclusivamente de nuestra raza—de aquel heroico período.

Además de los diarios de anotaciones o memorias, que por lo común acusan alguna tendencia a constituirse su autor en centro o punto de mira,—hay dos en los cuales la sinceridad y la verdad de la observación unidas a un espíritu adecuado y dispuesto a sacar partido de ella, traen el pasado al presente,—colocan al día el pasado, permitiéndome esta manera de decir que tales documentos suelen hacer pensar que estamos viviendo lo que en ellos se pinta: ponen de actualidad el pasado. Además de dichos diarios o memorias individuales, decía, hay correspondencias no tan sólo interesantes, sino preciosas, que son joyas admirables de nuestras letras, como las cartas de don Domingo Santa María.

Don Ignacio Santa María dispone de los papeles de su padre y también de los de don Antonio Varas, esto es, de una admirable serie de documentos, dignos de atenta lectura; dignos de ser tenidos como ejemplo e inspiración de nobilísimos sentimientos; que son verdaderas instantáneas de dos ilustres servidores de la patria, a la que sirvieron con una dedicación y abnegación y energía que fueron su gran fuerza y tenían que ser el éxito y conducir a la victoria.

El autor de la obra de que vengo ocupándome, deja ver en ella, acaso involuntariamente, el profesional que él es, al hacer la defensa de la dirección que se reservó el Gobierno en el manejo de la guerra, dirección que aparece justificada,—que fué hábil y de innegable necesidad y conveniencia,—y la calificación de los acontecimientos, del medio y del momento en que se producían.

Los papeles de Santa María y de Varas, esos documentos tan interesantes, tan vívidos! aclaran y explican no pocas dudas subsistentes, y pintan a las mil maravillas algunos caracteres, ponen bien en relieve algunos figurones y demuestran cuánto de responsabilidad éstos tuvieron en los entorpecimientos, errores y retardos.

Entre la correspondencia que don Ignacio Santa María y otros historiadores han citado, figuran algunas cartas de don Abelardo Núñez. Núñez conocía la actitud de triquiñuelas del Gobierno peruano, desde 1878. En ese año había acompañado a mi padre a Lima y en la malhadada expedición que tuvo su término fatal por la muerte de éste. La idea de esa expedición fué un indigno engaño del Presidente Prado, influenciado tal vez ya por la camarilla que lo llevó a la guerra con Chile. Mi padre, explorador del desierto, en donde tenía, a la vez que valiosos intereses mineros, una concesión del Gobierno de Bolivia para la explotación de las guaneras, había comprado a los señores Artola, propiedades, edificios y una maquinaria resaca-dora de agua, en el puerto de Cobija, en el cual estableció el asiento para sus trabajos y exploraciones del desierto. En éstas encontró salitre. Se aseguró su concesión por las autoridades bolivianas y fué a Iquique a conferenciar con el señor Gamboni. Allí encontró a don Francisco Puelma, con quien le unían ya vinculaciones de amistad, y lo asoció a sus proyectos salitreros. Allí también, hipotecando sus propiedades de Cobija, obtuvo recursos para llevar adelante la empresa que años más tarde traspasara a la firma Melbourne, Clarck y C.^a, negociación origen de la actual Compañía de Salitres de Antofagasta. Cuando Prado estuvo en Chile, visitó a mi padre y, haciéndole ofrecimientos y promesas, le invitó a Lima, viaje que se hizo a mediados de 1878, resultando el engaño recordado. Acompañaron a mi padre su hijo mayor don Alfredo y don Abelardo Núñez. Encontraron al Gobierno peruano actuando en un ambiente de intrigas y recelos. Los numerosos chilenos que trabajaban en los ferrocarriles y obras públicas, comenzaban a experimentar síntomas de malestar. Ya se tramaba algo contra Chile. Al trabajador chileno se le hostilizaba; se iniciaba ya el regreso, primeramente voluntario, de los que meses después

habían de ser legión y de formar los admirables cuerpos de repatriados.

Ha de reconocerse al señor Santa María su conocimiento personal de los personajes y el haber conservado en forma precisa, su concepto, lo manifestándose psicólogo que es. Se recomienda la lectura de esas verdaderas monografías psicológicas que retratan a Arteaga, a Williams y a cada uno de los hombres que tuvieron actuación importante en la ejecución de la campaña.

Y como estudia a los hombres y su actuación don Ignacio Santa María, así estudia cada incidente administrativo, cada incidente político de importancia, y las discusiones, los proyectos y sus cambios...

¡Cuán interesantes son las páginas en que se hallan descritas la actitud de Arteaga, sus dificultades con Williams, las reservas de Williams—esas reservas tan exageradas, que le hacían dirigir la escuadra sin que sus unidades tuvieran ni sospechas del pensar del almirante,—causa, talvez, del fracaso de la expedición al Callao y de todo el castillo de naipes del plan que ideara para su ejecución!...

El período más interesante de la guerra del 79, el de su preparación y las dificultades de ésta:—el cómo fueron salvadas; cómo se organizó ese hermoso Ejército expedicionario, hasta colocarlo en condiciones de llevar las armas de la República a su victoria, constituyen la animada y bien documentada relación que en el segundo tomo de su libro «Guerra del Pacífico», lleva hecha y comentada don Ignacio Santa María, en la obra que alcanza ya hasta Agosto de 1879.

Bien se ve cómo va destacándose sobre el sólido pedestal de su propia labor admirable, la figura de un grande hombre en la dirección de la guerra, en la dirección del país y sus destinos, hombre que supo conocer, querer y poder.

Con ansiedad han de esperar los aficionados la publicación del tomo tercero. A lo menos yo, cada día busco en la prensa cotidiana si no registra la noticia bibliográfica respectiva.

SAMUEL OSSA BORNE.

LA TEORÍA CELULAR

(Continuación)

Así, durante un primer período, los botánicos micrógrafos limitaron sus observaciones a las paredes celulares, lo que no debe causar sorpresa, si se piensa a la vez en la visibilidad inmediata de esas membranas y en el rol excepcionalmente importante que ellas tienen en la arquitectura de las plantas.

Ya seguramente, de una manera ocasional, ciertos corpúsculos habían sido vistos y descritos en tal o cual célula; pero los micrógrafos no les habían dado especial importancia. Roberto Brown, por el contrario, reconoció como parte integrante de todas las células un cuerpo ovoide o esférico colocado en el centro de ellas, al cual dió el nombre de núcleo. Luego después, se distinguió un glóbulo especial, un pequeño núcleo incluido en el grande, al cual se dió el nombre de nucleolo. Este descubrimiento del núcleo, sustituyendo o por lo menos añadiendo a la concepción de un compartimento membranoso, la de un elemento interior que define la individualidad de la célula, preparó en los conocimientos citológicos un progreso decisivo, al que están vinculados los nombres de Schleiden y de Schwann.

El primero generalizó el descubrimiento del núcleo, estudiando los órganos vegetales en vía de crecimiento activo, las partes próximas a los botones, donde se organizan los tejidos jóvenes llamados parénquimas y donde los núcleos son particularmente visibles. Un caso particular atrajo principalmente su atención, el de un órgano llamado albumen, que constituye en el grano en vía de formación un tejido alimenticio en que la planta nueva obtiene los elementos necesarios para su desarrollo. Ahora bien, el albumen, antes de ser un verdadero tejido de células, se presenta, en cierta etapa de su evolución, bajo la

forma de una gelatina continua, en que están diseminadas numerosos núcleos no separados los unos de los otros por tabiques. Schleiden creyó poder generalizar esta observación y sacar de ella toda una teoría de la génesis de las células, imaginando que ellas se forman por medio de un proceso análogo al de la cristalización. La forma más joven de la sustancia viva en vías de organizarse en una gelatina continua que llama la cystoblastema; y sembradas en esa sustancia fundamental están los núcleos, que aparecen primeramente como otros tantos centros que van a presidir la formación de las células. Al rededor de cada una de ellas, se forma un núcleo, después una membrana primitivamente en íntima adherencia a la superficie externa del núcleo, y que después poco a poco se levanta y se distiende en una vesícula, a medida que la sustancia fundamental la atraviesa por filtración y viene a constituir en torno del músculo el cuerpo mismo de la célula.

La teoría de la cystoblastema tuvo su hora de celebridad y fué adoptada con entusiasmo por los contemporáneos. En Francia, en particular, la enseñanza de Ch. Robin contribuyó a acreditarla. En Alemania, sedujo también al anatomista Schwann, colega de Schleiden, a quien este último había puesto, por una conversación, al corriente de sus descubrimientos. Y Schwann pudo, por el estudio de los tejidos embrionarios, extender a los animales la misma concepción sobre la génesis de las células. En efecto, en los animales, de una manera general, la ausencia de tabiques celulosícos hace las membranas celulares poco manifiestas. Sobre todo en las parénquimas, aun no diferenciadas del embrión, una técnica sumaria no permite percibir más que los núcleos, sumergidos en una sustancia común, aspecto muy semejante al de un albúmen joven. Siendo los núcleos la marca de las individualidades celulares, Schwann podía llegar a la absoluta concordancia de estructura y de crecimiento en todos los seres vivos: «todos los organismos están absolutamente constituidos por partes semejantes, las células, que se forman y crecen según las mismas leyes esenciales, y, por consiguiente, en todas partes esos procesos deben ser producidos por las mismas fuerzas». Así se formuló, por primera vez, la teoría celular de la constitución de los organismos. Se-

guramente esta concepción había sido en parte considerable preparada por todas las observaciones anteriores; en una multitud de memorias de esa época, pueden encontrarse, junto con observaciones incompletas y aun erróneas, algunas intuiciones parciales, algunas afirmaciones muy sugestivas. Pero en una exposición a grandes rasgos como esta, hay el derecho de concretarse a los hombres de primera línea y de hacer abstracción del medio científico en que vivieron y de las ideas corrientes de su época. En este sentido, puede afirmarse que Schleiden y Schwann fueron los verdaderos fundadores de la teoría celular.

También hacia la misma época, un poco antes de la mitad del siglo XIX, los micrógrafos comenzaron a prestar atención al contenido de la célula, con prescindencia del núcleo. Esta «materia glutinosa, diáfana, homogénea, elástica y contráctil» fué designada con los diferentes nombres de mucus vegetal, de sorcada, de protoplasma. Este último término, empleado al principio para designar solamente la materia viva constitutiva del cuerpo de los embriones, fué aplicada después, con una acepción más general, a la gelatina que llena las células, a esa sustancia fundamental que la teoría de la cystoblastema miraba como el elemento primitivo de la génesis de las células y de los tegidos. Esta denominación es la que ha prevalecido, con el sentido general que le encontraremos ya en Huxley: el protoplasma es la «base física de la vida».

De esa manera, a mediados del siglo XIX, se había alcanzado la noción de los tres elementos esenciales de la célula: núcleo, protoplasma, membrana. Y esta última perdía, poco a poco, la importancia preponderante que al principio se le había concedido. Observaciones hechas en protozoarios inferiores como las amibas o sobre la reproducción de las algas habían demostrado que podían existir masas de protoplasma viva absolutamente desnuda, es decir, desprovista de membrana. Se comenzaba también a aclarar las primeras fases del desarrollo de los animales; se había visto el huevo fragmentarse, en esferas más pequeñas y se había visto en esas esferas de segmentación las primeras células, todavía desnudas, del organismo

nuevo. Todas esas investigaciones tuvieron por resultado la modificación completa de las ideas reinantes sobre la importancia morfológica y la significación de la membrana. Y, poco a poco, se generalizó la noción nueva de que la membrana es una simple envoltura accesoria, un esqueleto sobre añadido a la célula en el curso de su vida. Las células nuevas carecen, de ordinario, de membrana, y a muchas células animales, como los glóbulos blancos de nuestra sangre, les falta durante toda su vida. Por eso en 1856, Lëgdyg pudo definir la célula: una masa de protoplasma provista de un núcleo.

Después de esta época, los progresos de la técnica han permitido examinar con aumentos crecientes cortes extremadamente finos de tejidos, tratados por reactivos que descubren por coloraciones diferenciales los menores detalles de estructura; y en la célula se ha revelado todo un microcosmos de suma complejidad, que basta por sí solo para constituir el objeto de una disciplina, la citología moderna. Pero las nociones fundamentales no han variado desde los tiempos de Lëgdyg: protoplasma y núcleo son siempre los constituyentes esenciales, cuya reunión basta para caracterizar una célula.

Es, ciertamente, ya un resultado muy importante haber conseguido reducir la complejidad y la variedad anatómica de todos los seres organizados a agregados de células, elementos estructurales comparables entre sí en toda la extensión de los reinos vivos. Pero el estudio de los menudos detalles citológicos no solamente tiene interés en sí mismo, ni se limita a demostrar que los seres vivos están edificados con células, como los monumentos con piedras. Eso importaría reducir la teoría celular a un punto de vista muy estrecho y a una significación harto precaria. En realidad, en la hora actual, no hay en biología problema de importancia que no esté ligado a la teoría celular. Ciertamente es—justo es reconocerlo—que la teoría celular no ha planteado esos problemas; ellos, por el contrario, se han presentado espontáneamente y han comenzado a ser resueltos de una manera independiente. La relación se estableció demasiado tarde. La teoría celular invadía sucesivamente, en épocas relativamente recientes, dominios que se habían creado con independencia de ella. Pero esta conquista la enriqueció, a su

vez, de ideas nuevas. De esta suerte, la teoría celular ha llegado a ser uno de los puntos de vista sintéticos más generales desde el cual se puede abrazar la biología entera.

Uno de los primeros dominios penetrados por la teoría celular fué la fisiología general. La actividad fisiológica de los seres vivos ha sido considerada durante siglos como un todo indivisible, manifestación de un principio vital, especie de fuerza oculta que animaba los cuerpos en el estado de salud, se debilitaba en el de enfermedades y se desvanecía con la muerte. El primer movimiento importante de reacción contra estas ideas vitalistas se debió, no a un micrógrafo, sino a un patólogo, Bichat. El mostró que el organismo, tanto desde el punto de vista fisiológico como del anatómico, debe ser subdividido en tejidos, cada uno con su actividad personal. Las enfermedades no son diátesis de una fuerza vital inaccesible, sino el resultado y la manifestación de alteraciones particulares de tal o cual órgano; la enfermedad está localizada en un tejido. Fué una idea genial que da a Bichat derecho para ser considerado en primera fila entre los precursores de la teoría celular.

Cincuenta años después se dió un segundo gran paso por otro patólogo R. Virchow. Avanzando el análisis, descubrió el hecho elemental de la alteración de los tejidos mórbidos; las enfermedades son producidas por la proliferación de tal o cual otra célula específica: glóbulos del pus, célula tuberculosa, célula cancerosa, etc. Si a esta concepción deben hacerse hoy día, sobre la mayor parte de sus aspectos, muchas restricciones y críticas, imposible es desconocer que aun ahora ella está de acuerdo con nuestros conocimientos actuales sobre los tumores, y, en todo caso, que fué para su época un gran progreso y una reacción muy sugestiva. Virchow fue, en efecto, naturalmente llevado a extender sus ideas acerca de los tejidos mórbidos a los tejidos sanos, de la enfermedad al funcionamiento normal del organismo. Su libro no es tan solo una Patología Celular, sino también una Fisiología Celular, que concluye la obra comenzada por Bichat. «Todo animal, dice, aparece como una suma de unidades vitales, cada una de las cuales lleva en sí el carácter integral de la vida».

Así, como las concepciones estructurales habían sido la obra independiente de anatomistas micrógrafos, las concepciones fisiológicas lo fueron de patólogos. Virchow realizó la unión de esas dos corrientes de ideas, y muy luego después Max Schultze definió la célula en estos términos: «una acumulación de protoplasma dotada de las propiedades de la vida». Es interesante relacionar esta fórmula con la que cinco años antes había dado Leydig: el progreso de una a otra marca la influencia de las ideas de Virchow.

Entre las manifestaciones vitales que dicen relación con la célula, una de las más importantes es la relativa a su génesis y a su reproducción. Ya, desde hacía una veintena de años, se había hecho un buen número de observaciones sobre la multiplicación de la célula, tanto en los tejidos nuevos de las plantas como en la segmentación del huevo animal. Y todas concordaban en manifestar, desmintiendo las teorías de la cystoblastema, que no existía una génesis independiente de las nuevas células, sino siempre multiplicación por división de las células preexistentes, la hipostición celular siempre acompañada o aun precedida por la del núcleo. «El animal, dice Virchow, solo puede nacer del animal, como la planta de la planta; de la propia manera, en todas partes donde se produce una célula, otra célula debe haberla precedido. Si hay regiones del cuerpo para las cuales la prueba perentoria no ha sido aun encontrada, el principio está, sin embargo, asegurado: en toda la serie de los vivos, trátase de plantas enteras, de animales o de partes de estos organismos, esa es una ley eterna de continuidad en el desarrollo. Y, modernizando, en cierta manera, el viejo adagio de Harvey, *omne vivam ex ovo*, Virchow resumió su doctrina en esta fórmula *omni cellula a cellula*.

En las plantas la principal dificultad que subsistía era la relativa al albumen de las plantas de flor. Strasburger concluyó de destruir esta aparente contradicción mostrando que, si en el albumen la separación en células es tardía, no por eso los núcleos dejan de ser los productos por divisiones repetidas de nucleos preexistentes. Pudo así completar el aforismo de Virchow con este otro: *omnis nucleus e nucleo*. Esta fórmula resume con la precedente toda la génesis de las células, todo el cre-

cimiento de los seres vivos. El estudio detallado de los fenómenos de la división celular es uno de los capítulos mas importante de la citología moderna; pero no podemos pensar en abordar aquí sus detalles técnicos, a pesar del interés que tienen para los problemas biológicos de mayor actualidad.

Continuemos, pues, considerando las células desde un punto de vista fisiológico general. Ellas no manifiestan sino juntas a sus acciones en los tejidos y los órganos; solamente una atrevida intercepción había podido imaginar que cada célula tenía en realidad su actividad personal y que la vida global de todo el organismo era simplemente el resultado de la integración de todas esas vidas elementales. Con los descubrimientos de Pasteur esta noción toma un sentido preciso y adquiere una base experimental, al mismo tiempo que la teoría celular invade el dominio de la química biológica y de la etiología de las enfermedades infecciosas.

Pasteur, en efecto, enseñó a realizar culturas puras, es decir a constituir primeramente un medio estéril, exento de todo germen vivo, y en seguida a sembrar en él algunos individuos de una especie determinada de microbios y a obtener así, en el medio escogido, la multiplicación sola de esta especie, con exclusión de toda otra forma dada. Así, por ejemplo, en un vino sin fermentar azucarado y estéril, se siembran solamente células de un hongo microscópico, llamado levadura de cerveza; por división de esos glóbulos de levadura nacen seguidamente otros, hasta que llegan a pulular por miríadas, sin que nada vivo coexista al lado de ellos. El líquido azucarado al mismo tiempo fermenta de una manera regular y cambiando de composición y de gusto, se convierte en cerveza. Un análisis químico permite precisar cómo y cuando se ha transformado, cuál es el peso del azúcar desaparecida y el del alcohol y gas carbónico formado. Esta fermentación alcohólica es el desquite indisoluble de la vida y de la multiplicación de los glóbulos de levadura. Ahora bien, es natural admitir que todos esos glóbulos semejantes, cada uno viva y funcione exactamente como sus vecinos, que pida al medio los mismos materiales nutritivos para constituir con ellos su propias sustancias y que arroje también al medio las mismas sustancias, despojos de su acti-

vidad. Cada glóbulo microscópico no puede evidentemente tener mas que una acción mínima, que escapa a nuestros procedimientos de investigación; pero, como son miríadas que funcionan, de igual manera, los unos al lado de los otros, que integran sus acciones ínfimas que multiplicadas por el enorme coeficiente numérico de toda una población—llegan a alcanzar una amplitud accesible al criterio de nuestros reactivos y al peso de nuestras balanzas. El análisis químico del medio, antes y después del cultivo, nos da una imagen desmensuradamente aumentada del fenómeno, en si mismo imperceptible, de la vida elemental de una célula única. Cada especie microbiana se revela en el cultivo puro como teniendo un quimismo particular, un funcionamiento de vida elemental específica, es decir que caracteriza sin ambigüedades todos sus atributos de forma y estructura, es a menudo de una manera mas distintiva de su naturaleza de lo que podrían hacerlo detalles morfológicos casi inaccesibles por su pequeñez.

Volvamos, con estas nociones, al estudio de un organismo complejo, como el de un animal superior, formado por un gran número de células diversas. Todas viven en lo que Claude Bernard ha llamado el medio interior, que la circulación de la sangre renueva en torno de ellos de un modo continuo. Cada una, con su vida elemental propia, saca del medio interior los materiales nutritivos que necesita y arroja al mismo sus excrementos; cada uno de ellos es, pues, en cada instante, un elemento que interviene—por sustracciones o por aportes—en la composición química del medio común, y, así, de una manera incesante, por conducto de ese medio, cada célula es susceptible de ser influenciada por todas las otras y de influenciarse a su vez. El funcionamiento fisiológico armonioso que se llama la coordinación del organismo no resulta solamente de un comando organizado, de un gobierno de los órganos por el sistema nervioso, sino también de esta interdependencia mutua de todas las células, cuyas actividades y tendencias individuales se equilibran y refrenan, dando al balance global de sus cooperaciones o de sus antagonismos la apariencia de un equilibrio estacionario que nada tiene de preestablecido.

Pasteur ha enseñado, de igual manera inoculando sencillamente un microbio determinado en un organismo sano, a producir en los animales de laboratorio una enfermedad experimental, de evolucion fija, eminentemente instructiva para la comprensión de la patalogía humana. La enfermedad microbiana, es, por todos conceptos, comparable a la fermentacion de un vino azucarado. Consiste en la multiplicación de una cierta categoría celular (el microbio inoculado) en un medio determinado (el conjunto de las células normalmente constitutivas del ser vivo). Dos cosas principales pueden entonces distinguirse. O bien el microbio se adapta a vivir en un organismo que respecto de él no tiene defensa, pulula como la levadura de cerveza en el vino azucarado y de allí resulta en el medio interior del organismo inoculado una perturbación tal que todas sus células o solo algunas de ellas, particularmente esenciales a la coordinación general, no puedan continuar viviendo, lo que hace que el animal sucumba a la enfermedad. O bien, por el contrario, el organismo manifiesta una resistencia natural contra la invasión del microbio inoculado, y, después de un desorden momentáneo, la coordinación normal se restablece, en tanto que los microbios desaparecen del medio interior en que habrian sido introducidos. En este caso la enfermedad es benigna y el animal recobra su salud. Metchnikoff ha señalado el rol preponderante que los glóbulos blancos o fagocitos tienen en esta inmunidad natural, tanto como en la inmunidad adquirida, conferida por las vacunas.

Este estudio de la acción recíproca del microbio inoculado y del organismo que lo recibe permite comprender mejor, en este organismo mismo, el antagonismo eventual de las diferentes categorías celulares que le constituyen o de las diversas individualidades celulares radicadas en uno de sus órganos. Hay verosimilmente entre ellos una lucha incesante por la vida, generalmente sus fuerzas se equilibran; pero si una de ella llega a debilitarse por una región cualquiera, es luego condenada a perecer, porque se convierte en un elemento extraño en la coordinación del conjunto, y los fagocitos la hacen desaparecer, como un microbio artificialmente inoculado. Así el organismo se desembaraza a cada instante de esos elementos gastados y

envejecidos. Por el contrario, puede imaginarse que una célula del organismo, desviada accidentalmente de su naturaleza normal, presente con relación al conjunto una resistencia comparable a la de un microbio virulento y que triunfe del antagonismo de los fagocitos; entonces nada se opone a su supervivencia, a su multiplicación victoriosa indefinida, como un parásito en el organismo invadido. Tal vez así es menester interpretar el cancer. Metchnikoff ha también desarrollado la idea de que a partir de cierta edad, las células nobles de nuestros órganos, de nuestro sistema nervioso en particular, se hacen incapaces de resistir a los fagocitos; así la vejez y la muerte aparecerían a su turno como el término ineludible del funcionamiento celular de la vida.

Esencialmente perecederos, los seres vivos se reproducen, dando nacimientos a nuevos individuos, semejantes a ellos, que los reemplazan y perpetúan en especie. Todas las grandes cuestiones de la biología moderna gravitan al rededor de este hecho fundamental: cuestiones apasionantes en que la curiosidad ha, con mucho, precedido a la ciencia y en que los percursoros, desde hace siglos, han tratado de responder con la imaginación a las preguntas insolubles que se les dirigían o que ellos mismo se formulaban.

La noción del papel esencial del elemento fecundante se remonta a una alta antigüedad. Fue, después recogida por los anatomistas del Renacimiento con la idea de un germen nacido del padre y confiado por él al organismo materno. Otros, por el contrario, atribuían a la madre el origen del germen del embrión. Ovistas y espermatistas estaban, por lo demás, de acuerdo en que el germen debía contener, preformado en él, todo el futuro organismo, debía ser un diminutivo, una miniatura microscópica, suyo. Y el desarrollo consistía simplemente en el crecimiento progresivo de órganos ya preexistentes en ese germen ínfimo, que se hacían, poco a poco, manifiestos a medida que sus lineamientos alcanzaban los límites de percepción de nuestros sentidos. Para los ovistas, en particular, esta teoría de la preformación tenía como consecuencia las creencias en el *embôitement* de los gérmenes, esto es: que en huevos de una hembra de una generación dada, miniatura de las hembras

de la generación siguientes, debían contener una miniatura de ovario, en que los huevos, ya preformados en una pequeñez invisible, debían contener a su turno la miniatura de las hembras, de la generación siguiente, y así, sucesivamente, hasta el infinito. Podía preguntarse cuántas miriadas de germen, *embôites* los unos en los otros, debían existir en Eva, nuestra primera madre, origen de todas las generaciones de la humanidad!

Es preciso llegar hasta la segunda mitad del siglo XVIII para que tales congetura cedan su sitio a nociones científicas precisas. C. F. Wolff a este respecto fué el verdadero fundador de la embrología moderna. Estudiando el desarrollo del pollo en el huevo incubado, suplió con una rara perspicacia la imperfección de los medios técnicos y logró demostrar la inoquidad de las teorías reinantes. El embrión no está en manera alguna preformado en el germen; tal detalle de estructura cuya presencia, en una fase dada, no constatamos, no se nos escapa por su pequeñez: en realidad, no existe todavía, aparecerá más tarde. El desarrollo no es un crecimiento progresivo de una miniatura cuyos detalles todos estarían desde el origen preformados, sino mas bien una epigenesis, es decir una complicación progresiva por la agregación de detalles nuevos, esbozándose y realizándose uno después de otro, con una diferenciación creciente. La teoría celular vino a precisar el mecanismo íntimo de esta evolución: el embrión se forma con células que se multiplican, después se agrupan por regiones en esbozos de órganos y adquieren poco a poco su estructura característica. A la inversa, si se quieren recapitular las fases evolutivas en sentido contrario al de su sucesión conológica, se descenderá del embrión complejo de formas más o menos simples, a macizos de células más y más semejantes, y por último a un macizo único de células iguales entre sí e iguales al huevo de que ellos derivan directamente por divisiones sucesivas. El huevo no es, en suma, más que la primera célula inicial de todo un organismo, y la trasmisión de la vida, de la madre al hijo, se hace por esta célula de donde deriva todo el ser nuevo.

En la época en que la naturaleza celular del huevo quedó plenamente reconocida, los micrógrafos discutían aún sobre la

naturaleza de los animalículos que veían agitarse en el elemento macho. Muchos no veían en ellos más que parásitos del organismo macho en que se constataba su presencia. Fueron necesarias largas y pacientes investigaciones para llegar a reconocer en esas corpúsculas elementos normales derivados del tegido testicular, resultantes de una metamorfosis especial experimentada por sus células. Estos descubrimientos se cuentan entre las adquisiciones más recientes y más sugestivas de la citología. Ellos han revelado que la fecundación consiste en la penetración de un espermatozoide, nacido del padre, en un huevo, nacido de la madre, penetración seguida de una fusión íntima y después del ejercicio del proceso de la división celular, procedimiento esencial del desarrollo. Ahora bien, si el espermatozoide es una célula, llegamos a la conclusión de que el padre, del propio modo que la madre, participa en la transmisión de la vida al organismo nuevo. Ambos padres tienen un rol exactamente simétrico, cada uno de ellos interviene suministrando una célula y esas dos células íntimamente presionadas constituyen una célula nueva única, el huevo fecundado, primera célula del individuo nuevo.

Por estos descubrimientos, la teoría celular ha conquistado los dominios de la filosofía natural que tienen relación con la herencia y la variación y, de una manera general, con la evolución de los seres vivos. Los problemas relacionados con el origen primero y con las modificaciones de las formas vivas en el curso de las edades habían, desde largo tiempo atrás, apasionado los espíritus. A ellas se habían consagrado grandes sabios como Buffon, Goethe, Lamarck, que no eran histologistas; los descubrimientos celulares, que causaban tanto entusiasmo entre los micrógrafos, los dejaban indiferentes. Es, a este respecto, harto significativo que Darwin mismo, al publicar su libro famoso *El origen de las especies*, veinte años después de la obra de Schewann, hiciera apenas alusión a ella. La especie es considerada por los unos como un conjunto global sometido a las lentas influencias modificadoras del medio; por los otros, como un grupo de individuos que luchan por la existencia y entre los cuales diferencias personales fortuitas, que favorecen a los más aptos, determinan a aquellos que serán el tronco de una

descendencia privilegiada. Ningún vínculo necesario parecía existir entre esos mecanismos de variación y la estructura íntima de los organismos; el problema científico de la herencia no estaba aún planteado.

Pero desde el día en que quedó establecida la naturaleza íntima de la fecundación, se impuso a los espíritus un punto de vista nuevo. Si cada ser nuevo resulta de un huevo, por fusión de dos células emanadas separadamente del padre y de la madre; es preciso que en esas células resida precisamente algo que transmita al huevo los caracteres fundamentales de la especie, y también, de una manera más especial, es preciso que haga separadamente en cada uno de ellos algo personal, que recuerde las particularidades individuales del padre o de la madre, de sus ascendientes más remotos, de toda su línea y que produzca la reaparición de esas particularidades en el nuevo individuo. La herencia es, a la vez, la permanencia de los caracteres esenciales de la especie y la mezcla, el compromiso entre los caracteres individuales de los dos padres y de sus razas particulares. En la hora actual todas esas cuestiones son materias de discusión. Para unos, el solo origen de las variaciones es la mezcla fortuita, realizada en el huevo, de las cualidades paternas y maternas, con independencia de toda acción del medio; para los otros, el medio obra a distancia sobre las glándulas, influencia sus células y por ese medio determina una variación original en el huevo. Se va más lejos aún. Una tendencia de nuestro espíritu nos inclina a ver siempre tras de toda apariencia fenomenal una sustancia que le corresponde, y todo nuestro lenguaje guarda armonía con esa tendencia. Los sabios que estudian la herencia, o la genética, como se la llama hoy día, no escapan a la acción de esa tendencia. No se contentan con concebir en globo la transferencia de las propiedades hereditarias por las células sexuales: quieren ver, por medio del microscopio, en esas células una sentencia hereditaria, cogerla, colocarla en sus preparaciones. Lo más a menudo se atribuye a las partes más colorables de los núcleos, a las cromosomas, ese papel privilegiado. Todas las particularidades de forma, de estructura, de calor, discribles en un individuo, son separadas, cercenadas, por decirlo así, arbitrariamente, para

ser consideradas como otras tantas entidades diferentes, de caracteres independientes, cuya adición constituye la personalidad del individuo escogido. A tantos caracteres, otras tantas sustancias hereditarias distintas, que les corresponden, cada una a cada uno. Algunos llegan su confianza hasta atreverse a levantar la carta del aparato nuclear y a fijar en las cromosomas el lugar topográfico, las distancias mútuas de esos gránulos hereditarios encargados de determinar la aparición de los caracteres correspondientes. Por esto es que si en el núcleo del huevo de una mosca, se encuentran, en tal o cual otro sitio, tal o cual grano, la mosca nacida de ese huevo tendrá los ojos colorados, el ala atrofiada, pelos supernumerarios en el dorso o una debilidad congénita la condenará a morir de corta edad. Cada padre interviene, en el determinismo de la personalidad del individuo nuevo, trayendo en la célula sexual emanada de él mismo un cierto número de granos representativos de su naturaleza; la fecundación consiste, desde el punto de vista hereditario, en el arreglo nuevo de esos granos paternos y maternos, cuyas acciones pueden añadirse, combinarse o contrariarse de diferentes maneras. Toda una pléyade de naturalistas trata de descubrir el misterio todavía engañoso de la herencia, combinando por cruzamientos dirigidos productos sexuales que se supone que contienen tal o cual disposición de los granos, y examinando hasta qué punto el resultado responde a la expectativa teórica, hasta qué punto los productos del cruzamiento realizan la manifestación de lo que se supone que existía en sus gérmenes, hasta qué punto podemos pretender constituir a voluntad a un individuo que reúna en sí cualidades fijadas a priori; por qué medios de crianza y selección podemos obtener ratas color bajo, buenas pollas ponedoras, una vaca lechera, un trigo precoz; etc. Por una singular renovación, que no es única en la historia de la ciencia, la vieja teoría de la preformación reaparece así bajo un lenguaje nuevo. Todos los caracteres del individuo, que no se puede ya admitir como realizados en miniatura efectiva en el germen, se suponen que están predestinados en él en potencia, bajo la forma de granos que les corresponden exactamente. A pesar de su vago actual, es dudoso que esta concepción

logre gran crédito en el porvenir. Es, con todo, significativo que los problemas de la herencia, después de haber sido durante largo tiempo del dominio exclusivo del empirismo, hayan sido conquistados, a su turno, por la teoría celular y sean en el día abordados por su aspecto citológico.

En la hora presente, la teoría celular reina sin contrapeso sobre toda la biología. ¿Ha llegado ya a su total desarrollo y permanecerá inmutable en el porvenir? Sería poco científico pretenderlo: Y, aún cuando sea bastante imprudente ensayarse en hacer profecías, se puede intentar prever de qué lado podrán venir nuevas claridades. Hace ya más de cincuenta años; Kolliker escribía: «El estado actual de la ciencia histológica durará en tanto no nos sea dado penetrar más profundamente en la estructura de los seres vivos, tal como lo concebimos en el día y de descubrir los elementos de lo que hoy tenemos por cuerpos simples. Si fuese un día posible ver las moléculas que componen la membrana de las células, las fibrillas musculares, el eje de los tubos nerviosos, etc.; si se pudiera penetrar la ley de justo posición de esas moléculas, las del desarrollo, del crecimiento, del funcionamiento, en fin de lo que hoy se llaman las partes elementales, entonces se abriría una era nueva para la histología, y el fundador de la ley de la formación de las células o de una teoría molecular sería celebrado tanto y aún más que el creador de la doctrina según la cual todos los tejidos animales están compuestos de células».

Esta previsión se ha ya, más o menos, realizado. Gracias a los progresos de la óptica y de la técnica, los micrografos han podido penetrar más hondamente en el análisis de las estructuras histológicas. Alejando un escalón la unidad viva elemental, Altmann ha precisamente tratado de establecer que todo se reduce a las bioblastos, gránulos figurados constitutivos de todas las células, proliferando ellos mismos por división y determinando así el crecimiento del protoplasma. Un poco descuidado en el momento de su descubrimiento, los gránulos han bruscamente recuperado, en estos últimos tiempos, con el nombre nuevo de mitocondrios, un vivo interés de actualidad. Encontrados en el protoplasma de todas las células, ellos participan en la edificación de las principales estructuras; alineados

en rosarios o alargados en filamentos delgados, son ellos los que constituyen las fibrillas de los tendones, de los músculos y de los nervios; algunos les atribuyen aún un papel importante en la herencia, al lado de los granos representativos nucleares de que antes hemos hablado.

Por otra parte, las conquistas de la biología experimental en los confines de la química física han abierto horizontes nuevos sobre los fenómenos más misteriosos de la biología. Si hay un hecho bien característico de la vida, es el de la reproducción por un huevo que la fecundación incita a desarrollarse en un organismo nuevo. Pues bien, J. Loeb, pronto seguido por numerosos émulos, ha mostrado que esta acción del desarrollo del huevo puede ser determinado, en ausencia de todo espermatozoide, por diversas acciones químicas. Y, Delage ha logrado criar hasta la edad adulta erizos que no tenían padre. Bataillon ha podido obtener el desarrollo de renacuajos salidos de huevos de rana simplemente picados por una aguja y esos renacuajos llegaron a convertirse en ranas. Seguramente los animales obtenidos por esta partenogesis experimental no podrían tener ninguna herencia paterna, pero son, con la sola herencia materna, perfectamente constituidas y adaptadas para vivir; una acción físico-química banal ha pues podido, desde el punto de vista de su existencia, ser sustituido al acto vital fisiológico de la fecundación por un espermatozoide.

Estas indicaciones bastan para hacer comprender cómo el análisis experimental permitirá alejar el misterio de los fenómenos vitales, reduciéndolos todos a acciones físico-químicas. El estudio de las soluciones químicas coloidales está sin duda alguna a punto de ilustrarnos acerca de la acción de los gránulos del núcleo y del protoplasma. Nos acercamos a una explicación molecular de la estructura y de la actividad de las células.

No es menos cierto que no existen gránulos fuera de las células, jamás se han visto mitocondrios libres, viviendo aisladamente y agrupándose para constituir protoplasma. Para los morfologistas, la célula es la unidad elemental donde se hace la química de los coloides vivos; y, cualquiera que sea el progreso que otras ciencias aportarán a la comprensión de los fe-

nómenos biológicos, la teoría celular continuará siendo la fórmula de constitución de los organismos. Es un punto definitivamente adquirido que el desarrollo de un ser consiste en una multiplicación y una diferenciación de las células, nacidas las unas de las otras, y que en la eproducción normal, el germen inicial o el huevo es una primera célula, madre de todas las otras, y resultado ella misma de la fusión de dos células, sexuales, vehículos indivisibles de herencias inmediatas o lejanas. por medio de los cuales se trasmite la continuidad de la vida.

C. PÉREZ.

HENRY BATAILLE (1)

El genio es simplemente una condición fisiológica de exquisita y extraordinaria sensibilidad nerviosa.

A. PADOVAN.

Alfredo de Musset, el poeta de las Noches y de las Confesiones expresó en sus versos el deseo de que en su tumba se plantara un sauce... Tierno símbolo de una vida que la pasión agotó. El remaje macilento de aquel sauce inclinado hacia la tierra acaricia todavía la frente del atormentado poeta que para crear necesitó sufrir, escudriñarse así mismo y hundir el bisturí de la sensación dolorosa en su propia carne. Henry Bataille, aquel coloso que durante treinta años llenó la escena francesa con sus obras decía: «Yo quisiera que en la hora fúnebre, cuando se juzgan los méritos del hombre que desaparece, pudiera hacerse de mí este bello elogio: Escudriñó la vida».

Escudriñar la vida es penetrar a fondo en los dominios del alma humana; es estudiar la formidable lucha de las dos fuerzas que como polos opuestos obran en ella: la voluntad y el instinto; es inclinarse ante la debilidad humana e inundarse de piedad por ella; es poblar la soledad del escritor de sollozos y estertores, es tener al desnudo, bajo el microscopio, un alma rica en sensaciones, es hondar en las profundidades inconscientes del alma, es restituir a la vida toda su realidad ingenua e instintiva, es palpar con sus anhelos, estremecerse con sus deseos, angustiarse con sus dudas, gemir con sus dolores y sangrar por todas sus heridas.

Por el microscopio de este anatomista-sicólogo de las fibras secretas de la sensibilidad humana solo pasaron almas desnudas y el naturalista ávido de explorar el campo de las sensaciones vió por encima de todos los prejuicios, de todo lo esta-

(1) Conferencia dada en el Salón de «Les Annales».

blecido, de todo lo sancionado por las leyes y por la sociedad, a la naturaleza inmensa, a la terrible y bella naturaleza haciendo a traves de todos los obstáculos que le pone el hombre, su obra eterna, esa obra que nada apaga, que nadie detiene y cuya marcha soberana encontramos hasta en los corazones más humildes y a traves de los actos más banales.

Y porque en esta hermosa e injusta batalla de la vida el dramaturgo solo halló dolor, su obra de arte es la cristalización de la piedad y de la compasión.

Henry Bataille es el poeta del dolor humano. Bajo diferentes aspectos todas sus obras ofrecen una unidad de pensamiento y de emoción sorprendentes. Todas son inspiradas por una compasión grave, consciente, y nacida del sentimiento de la fatalidad de ciertas pasiones humanas...

Esta observación se orienta siempre hacia esas figuras femeninas que un mismo destino de amor impulsivo une, hacia esas heroínas fugaces en las cuales tiemblan, protestan, y luchan las energías secretas y por turno victoriosas de la voluntad o del instinto.

Se dice que esta compasión del poeta por la debilidad humana, le instó a buscar casos patológicos que resultan excepcionales y exagerados; que también le llevó fuera de la moral establecida; que sus obras hirieron la sensibilidad del público y desencadenaron las furias de la crítica y las protestas de los fariseos...

Sin duda que hubiera sido mejor, y que así su arte habría sido menos peligroso, si esas obras hubieran exaltado los grandes sentimientos, la nobleza, el sacrificio, la abnegación, en vez de presentarnos esas crisis torturantes del amor físico en escenas frenéticas y tumultuosas.

—«Mis obras son la expresión de mi verdad»—decía Bataille,—«y ésta la doy sin concesiones y sin otra idea que realizarla tal como la he concebido».

En efecto si se equivocó, lo hizo con honradez y con independencia, coincidiendo acaso con Anatole France en el concepto de que «la moral es la suma de prejuicios de la comunidad y que el arte resulta inútil si solo es un reflejo de dichos prejuicios».

I

Henry Bataille nació en Nîmes el 4 de Abril de 1872. Su padre Leopoldo de Bataille, Consejero de la Corte de Apelaciones de París, descendía de una vieja nobleza de Aix-en Provence, la más tradicionalista de las ciudades francesas. Hizo sus estudios en el Liceo Enrique IV y en sus primeros años se consagró a la pintura y aun obtuvo señaladas distinciones en este arte que cultivó hasta el fin de sus días.

Nutrido del viejo suelo francés, muy de su raza, muy generoso, fraternalmente atento a la vida, vibrante a todos los soplos, fôgozo, turbulento, emancipado; ávido de espacio, su ingreso a la Escuela de Bellas Artes fué el punto de partida de su vida independiente.

Comenzó por suprimir la partícula señorial de su apellido y desde entónces se alejó del gran mundo. El snobismo de su medio social, la existencia comprimida que su salud delicada le obligara a llevar en sus primeros años, le fastidiaba: «¡Oh, el socialismo de los ricos!», exclamaba el rebelde estudiante, «esa existencia entre edredones, en una cajita de laqué blanco que nos nivela a todos en una especie de mediocridad elegante....»

Emancipado completamente de su medio, pasó a la bohemia del Barrio Latino y de Montmartre, vistió el largo redingote y bajo el sombrero de fieltro dejó crecer sus lacios cabellos siguiendo la romántica tradición de Musset y de Teófilo Gautier. Su rebelión contra la hipocresía reinante, le acercó a la miseria y al dolor.

Allá en un pequeño departamento de la calle Frochot en Montmartre, el muchacho neurasténico y soñador escribía versos exquisitos; era su inspiradora la que despues fué la gran intérprete de sus obras, Berthe Bady; la artista de los grandes ojos negros de pasión y de fiebre, la de los cabellos peinados a la madona, aquella de la voz ardiente, cálida y enronquecida por tanto grito de pasión..... Fué ella, *l'animateur* de aquel *Songe d'un nuit d'amor*, de aquel *Beau voyage*, terminado bruscamente en cruel abandono después de haber proporcionado a su compañero los éxitos más ruidosos.

Oigamos lo que nos cuenta un amigo de su juventud: «Ber-

the Bady me presentó a Bataille; yo les visitaba a menudo en su pequeño departamento de Montmartre. Era un muchacho pálido, delgado, de figura esbelta; tenía una cabeza hermosísima, una frente amplia y luminosa, la nariz fina y recta, el labio ligeramente irónico, el mentón napoleónico expresaba energía indomable.

«Cierta vez les invité a comer. Bataille traía un semblante cadavérico; solo pidió un trozo de carne medio cruda..... La neurastenia le minaba y en sus ojos reflejábanse una inquietud interior que me espantó.

«Son los versos»—dijo la Bady—que extenuan su espíritu; yo le aconsejo, le insto, para que vaya al teatro a la vida exterior..... vive demasiado en los sueños y en el símbolo... ..»

«He perdido la voluntad»—respondió Bataille. «Soy víctima de terribles obseciones».

Y en efecto las poesías de aquellos tiempos de su primera juventud, *La Chambre Blanche*, *Ton Sang*, *La Epreuse*, respiran un relente de enfermería, de tizana y de fenol.

Sin embargo, este enfermo era de la raza de Julio César a quien su epilepsia jamás quitó lucidez y que por el contrario resultó para él fuente de energías.

Bataille se defendió contra la locura que le acechaba trabajando sin descanso en el sentido opuesto a su mal. Y eh ahí la razón porque ahogó en su alma al poeta demasiado sensible, al poeta enfermo de «*La Chambre Blanche*» y se arrojó en cuerpo y alma en el realismo, robusteciendo día a día las partes sanas de su cerebro y reconquistando paso a paso el terreno invadido por la neurosis. Y fué éste un bello ejemplo de energía y de voluntad.

Escritor predestinado, a los 25 años sonó para Bataille la hora del triunfo. El bohemio de la calle Frochot cortó sus cabellos, vistió elegantemente y adquirió una linda propiedad de campo en Malmaison... Malmaison resulta fatal para las mujeres... Nueva Josefina, Berthe Bady, vió amanecer el sol de la gloria con un sentimiento de horror; jóvenes estrellas debían rodear al astro que se levantaba, mientras ella, declinante ya, tomaba el camino del destierro. Ese camino que la vida obliga a tomar a la mujer que va perdiendo su juventud... Si aún se

escribían obras para ella, eran para demostrarle como en «Mam Colibrí», en «La Femme Nue» y en «La Vierge Folle» que debía ceder el paso a la juventud, a la eterna y soberana juventud.

El teatro dió a Bataille una fortuna considerable; todas sus piezas pasaron del centenar de representaciones y se dieron en todas partes, en provincias y en el extranjero. En un período de veinte años nunca descansó y trató siempre de renovarse. Su obra no le costaba grandes esfuerzos; escribía como nosotros hablamos y respiramos.

—«A veces habiendo trabajado gran parte del día»—cuenta Paul Gerdely—«y temiendo estar menos lúcido se desprendía con violencia de su mesa de trabajo y bajaba al Bosque para obligarse al reposo. Pero sus personajes le perseguían y el diálogo continuaba en su mente. Las réplicas cálidas, justas, precisas, le obsedían hasta que deslumbrado por ellas y como presa de un vértigo trepaba a su lujoso departamento de la Avenida del Bosque y corría a su escritorio donde dejaba caer como un fardo demasiado pesado la escena entera que enseguida no retocaba. Y esta fuente maravillosa, nunca se secó; era tan rico su talento, que podía dar siempre, sin correr el riesgo de empobrecerse».

Sonaba con el reposo; no más pensar, no más ensayar, olvidar el teatro; no obstante las ideas, los temas y los proyectos abundaban; anotábanlos dejándolos para más tarde; pero eran tan insistentes, se obstinaban por vivir, lo atenaceaban y se veía obligado a llamar a su dactilógrafa para dictarle aquellas escenas impacientes por nacer a la vida...

—«Para mí, una pieza imaginada, es una pieza hecha», decía Bataille, «de la concepción a la realización hay tan poca distancia». Nunca se hermanó tan fina sensibilidad a tanta verba creadora. Adoraba la naturaleza, el campo, las flores y nunca faltaba cerca de él un animalito regalón. Apasionado por lo hermoso, se rodeaba de cosas bellas y apreciaba en su justo valor el confort moderno del cual se servía, no por molicie, sino para dar mayor comodidad a su tarea literaria.

Tenía horror al movimiento; se defendía de la vida exterior con terrores de niño. Siendo su salud muy frágil, el ruido, los

lores fuertes, las discusiones le hacían sufrir cruelmente; encerrábase en su torre de marfil, y sólo recibía contadas personas cuya conversación no le fatigara y a la gente de teatro que formaba parte de su vida.

Refiriéndose a la compañera de sus últimos años decía: Ivonne de Bray puede ir y venir, conversar, ensayar, charlar, mientras que yo con sólo atravesar la calle me confundo... Todas esas personas, el ruido, tantas sensaciones, es «demasiado».

Cada vez que debía ensayar una nueva obra, abandonaba su casa de la Avenida del Bosque y alquilaba un departamento cerca del Teatro.

En ese improvisado hogar instalaba por algunas semanas su cuartel general, recibiendo allí a todos los directores de escena, decoradores, etc, que debían venir a consultarle.

Siempre era él, el primero en llegar a los ensayos; pero antes había ordenado toda la *misse en scène*, hasta el más ínfimo detalle y cada mueble en el sitio preciso. Dibujaba el mismo las decoraciones y se retiraba el último de los ensayos; después de apagadas las luces se detenía aun observando si había algo susceptible de corrección o de perfeccionamiento.

Exigente con los intérpretes era sin embargo muy querido de ellos, pues estos sabían que con una representación de sus obras adquirirían fama universal.

Ivonne de Bray, su principal intérprete y la dilecta de su corazón, le era muy adicta y trabajaba hasta quedar extenuada después de los ensayos. Henry Bataille pagaba esta abnegación con su admiración más entusiasta y de ella decía en uno de sus últimos artículos:

«Ninguna artista como Ivonne, me ha comunicado la sensación de angustia y aun de temor físico cuando se entrega al genio del dolor o del amor».

Los que asistieron al ensayo general de «Tendresse», que duró hasta las 3 de la mañana creyeron que después de aquellas crisis de lágrimas y de ardores no podría la comediente representar al día siguiente, y en efecto el estreno de «Tendresse» debió retardarse porque Ivonne de Bray estaba totalmente agotada y afónica.

Los estrenos de las obras de Bataille constituían el gran acontecimiento de la estación. No había término medio, o en-

tusiasmos violentos o críticas acerbas como todas las manifestaciones de los espíritus fuertes.

Hubo *Avant-premieres* en que toda la sala lloraba. Terminada ésta, el público se precipitaba entre bastidores, pero no se encontraba fácilmente al autor; las raras veces que se dejaba descubrir disimulado; borrado casi entre las bambalinas, todos se espantaban de que fuera obra de ese hombre pálido, de voz débil, labios delgados y sonrisa fatigada aquel drama que había conmovido tan hondamente a los espectadores.

Bataille solo le daba citas a la Gloria por teléfono. Paúl Gerally recuerda una velada en el gabinete rosa de la Avenida del Bosque; «Bataille» dice el autor de Áimer «cogió un fono y me entregó el otro la «La Rejane» interpretaba «L'Enfant de l'Amour» en la «Porte Saint Martin»; la voz ardiente de la gran comediante daba a las palabras de dolor i de pasión una intensidad maravillosa. Enseguida, agotada, extenuada, moribunda, las dejaba caer como de una copa ya colmada.....

Bataille perdido en su gran sillón con los ojos cerrados escuchaba, apretando nerviosamente el fono y aprobando con signos de cabeza el acento justo, el ritmo exacto. La Rejane calló; escuchamos un rumor formado como de miles de rumores y el grito de bravo!!..... En seguida un silencio, (el telón nos apartaba del teatrófono) y luego los mismos aplausos empezaban, crecían, se agrandaban hasta apagarse de nuevo para volver seis, ocho y diez a repetirse. Bataille contaba los llamados—«Vamos bien esta noche, «*Ca Marche*»—y pidiendo que le comunicaran con el Teatro Francés escuchamos protamente la voz musical y cantante de la Bartet que recitaba los versos de «*Un songe d'un soir d'amour*». Acompañábala un aria de la Bohème y yo no sabría decir quien cantaba mejor si los violines o esta inefable voz cuyo acento mojaba las pestañas.

Así desde el fondo de su butaca París enviaba a Bataille los ecos de si mismo. La Gloria aceptaba la cita del teléfono».

Pero si Bataille tenía sin excepciones el favor del público, en cambio no tenía el favor de los críticos. Se ha dicho que la muchedumbre tiene alma de mujer, facilmente impresionable, espontánea, contradictoria y complicada; y todo lo que la mujer tiene de mejor, de menos confesado, de más secreto, encontrándose en la obra de Bataille, le aseguró el triunfo.

Salvo escasas excepciones la prensa despues de sus estrenos le anonadó. En cada nueva obra la misma protesta: desequilibrio, neurósis, malsano. I en cada ataque los críticos hacían sangrar su antigua herida aludiendo al histerismo que en su juventud casi hiciera zozobrar su razón.

«Sensibilidad enfermisa», gritaban los enemigos de Bataille.

El dramaturgo era irritable y susceptible; no admitía la contradicción y como verdadero déspota de la escena, había concluído por prohibir la entrada a los ensayos generales de sus obras, a los críticos que no lo aprobaban, y a dirigirse directamente al público la víspera de la primera representación explicándoles sus intenciones en manifiestos publicados por la prensa.

Es posible que su enfermedad al corazón desarrollada desde su infancia y agravada enseguida con las borrascas de una pasión, aguzara en grado sumo su sensibilidad y que ataques que habrían hecho sonreír a otros le conmovieran a él tan hondamente. Menos debil, menos frágil, habría mostrado mayor indiferencia, pero nadie puede reglamentar las palpitaciones del corazón; sus críticos se daban cuenta de ello y por eso añadían una gota de vitriolo a su tinta, a fin de que siendo corrosiva penetrara más adentro en su carne y en su espíritu inquieto.

Bataille raras veces pudo decir—qué hermosas *premieres* he visto!

En cambio exclamaba con esa sonrisa irónica e indulgente que constituía su grán seducción. «He conocido muy hermosas *reprisses*.

Y esta palabra resume su carrera: Bataille ganó en apelación todos los procesos perdidos en primera instancia.

Mamam Colibrí, siete años después de su bullado estreno era aplaudida sin reservas en la Comedia Francesa y así muchas de sus principales producciones.

La víspera del estreno de la «Chaire Humaine» Bataille en el paroxismo del furor contra la crítica que casi unánimemente le acribilló, desafiaba a sus adversarios golpeándose el pecho: «Tengo todavia quince o veinte años por delante si Dios me presta vida, y no veo a qué conduce esa sempiterna gritería alrededor de mis piezas. Ellos me impidiran producir. ¿Nó, ciertamente que nó, y bien entonces?...»

Bataille golpeó demasiado fuerte su pecho y Dios no le prestó vida.

Solitario en su hermosa residencia de la Malmaison, entre sus árboles y sus flores, cerca de Ivonne de Bray, la compañera afectuosa que le instaba a no preocuparse de la crítica, el dramaturgo a quien perseguía la idea de la muerte, murmuraba entristecido: «Tengo tanto que decir todavía».

Solo vivía para sus escritos y guardaba para ellos todas sus fuerzas; pensaba que sólo debía expresarse en su obra; la suya llenaba toda su vida y se confundía con él. La muerte vino a buscarle el 2 de Marzo de 1922 mientras corregía las últimas pruebas de «La Possession»; una sorda angustia le hizo levantarse, llamar; no tuvieron tiempo de acudir; se abatió, estaba muerto.

II

La obra literaria de Bataille se remonta a los días de su primera infancia; con una clarividencia maravillosa, con honda intuición literaria, el muchacho soñador se encontró engolfado en los misterios de la poesía simbólica sin deberle esta iniciación sino a su esquisita sensibilidad y a la lectura de sus poetas favoritos Baudelaire, Verlaine y Lamartine.

Emulo de Francis Jammes por la delicadeza de sus imágenes, el poeta adolescente de la Divine Comedie, de la Cuadrature de l'mour, de la Belle au Bois Dormant y de la Chambre Blanche, fué acercándose poco a poco a la vida y a medida que avanzaba en ella con su propia experiencia, comprendió que su vocación era producir obras realistas. Además como lo he dicho anteriormente, su espíritu necesitaba desprenderse de la atmósfera romántica que le enervaba.

Como poeta, Bataille habría quedado en segundo término, en cambio como dramaturgo ejerce decisiva influencia en la evolución del Teatro Francés llegando a imponer sus normas y hasta a obligar a sus contemporáneos en el arte teatral a considerarle como un innovador.

«Bataille»—afirma Robert de Flers—«renovó, amplió, profundizó la sensibilidad del Teatro Francés. Por eso fué y continuará siendo uno de sus maestros».

—«Escucharse, sólo escucharse a sí mismo»—enseña Bataille—«y ser libre en su creación; porque el teatro es un arte de instinto. No es un arte de erudición, ni se aprende en los tratados..... Se nace autor dramático pero no se forma, y cuando se tiene la vocación, se tiene también la energía y la obstinación que se necesita para esperar y para alcanzar el éxito definitivo».

Henry Bataille abordó el teatro con entusiasmo, seguro de sí mismo, orgulloso y dominador; sin embargo solo logró atraer medianamente la atención del público en el año 1900 con la *Lepreuse*, leyenda bretona envuelta en el misterio pavoroso de la Edad Media. Aliette la protagonista de este drama simbólico, tiende su copa envenenada y comunica su mal a los pasantes, ofreciendo sus labios al amor y a la muerte. Simboliza el alma ancestral y pone en lucha las fuerzas primitivas de la naturaleza humana.

En 1902 daba l' En *Enchantement* y *Le Masque*. Con estas obras rompe las normas convencionales del teatro que dividía sus géneros en tragedia o drama; comedia o sainete, inaugurando lo que ahora llamamos Comedia Dramática; es decir la fusión del elemento cómico y del elemento trágico en el mismo tema: en una palabra, acercándose a la vida real, que ríe, canta, sufre y llora con intermitencias y caprichos; e imponiendo su voluntad decidida de mezclar la ironía a la piedad, lo alegre a lo doloroso en una amalgama sin la cual no puede haber realidad exacta.

Pero sin duda fué el éxito de Mamam Colibri en 1904 el que colocó a Bataille en primer rango como autor teatral. Desde aquel año hasta 1914 se sucedieron con sorprendente fecundidad sus obras maestras entre las que sobresalen *La Marche Nuptiale*, *Le Scandale*, *L' Enfant de l' amour*, *La Vierge Folle*, *Poliche*, *Le Phalène*, *La Femme Nue*, etc.

Estos diez años forman el ciclo de oro de Bataille, y en dichas obras está comprendido todo su tratado fisiológico del amor, estudiado a través de todas las esferas sociales, en los casos más tristes y más humillantes para la dignidad humana; con claridad, con emoción, con morbidez, a veces con perversidad y siempre con la insaciable curiosidad del anatomista.

sicólogo que busca las repercusiones del instinto en el espíritu y en el corazón humano; en una inquisición ansiosa e impaciente, en un anhelo desesperado de escudriñar una verdad.

Ese gusto por lo real hizo que Bataille prefiriera toda su vida el puro instinto a la razón intelectual, la juventud a la edad madura, y que analizara sobre todo almas de mujer, porque la mujer está más cerca de la naturaleza que el hombre.

El Teatro de Bataille es un monumento al Amor o mejor dicho al Amor y a la Mujer. Amorosas envejecidas, adolescentes inquietas, vírgenes locas, mujeres extraviadas por una ráfaga de locura, por un despertar tardío, por la fatalidad que las atrae hácia su perdición, forman los bajo-relieves, y en lo alto del monumento, purificándolas, santificándolas a todas, bate sus alas la estatua del Dolor..... el dolor que pone en ellas su sello de nobleza soberana que las redime.

L'enfant de l'amour fué un ensayo de todo lo que su genio dramático podría permitirle en el futuro. Todos los recursos y habilidades de su arte fueron puestos en juego para vencer las dificultades del asunto más escabroso y duro. Sin embargo, Bataille, supo colocar en este drama una verdad tan dolorosa, tan profunda y tan cruel que una suspende su juicio ante aquel hijo del amor que nace sin hogar, que estorba en la vida cortesana de una mujer que desea permanecer eternamente joven....

Mauricio no es un niño mártir, como el Jack de Daudet, es simplemente el fruto de esas mil fatalidades del amor, un paria que al nacer no fué invitado al festín de las ternuras maternas.

La Rejane y André Brulé fueron los primeros intérpretes de este drama. Para Rejane esta obra fué su magistral canto de cisne y para Brulé el pedestal de su naciente fama.

Mamam Colibrí es un himno a la juventud y es la historia de una alma de mujer que no se da cuenta que la vida ha pasado para ella.

«Tengo una primavera atrasada»—exclama Irene Rysbergue.

Pero la sociedad le dice que su turno ya pasó. Sus hijos han crecido, el marido la abandona, hay un vacío momentáneo en su corazón y ella se siente atraída por otra juventud y se deja

llevar a la manera de esas avecillas que después de haber buscado su rumbo en el espacio toman una ruta vaga porque creen que aquella las conduce a la felicidad.

El fallo de los suyos es severo; es como debe ser...

«No, no tengo excusas»—dice Mamam Colibri al hijo que la acusa.—«Solamente yo no sé ¡la vida es tan corta, Dios mío! Se vá, se vá... Me parece que fué ayer cuando tú naciste; te veo pequeñito con tus bucles sobre la espalda. ¡Dios mío! ni tiempo para volverse, para comprender lo que pasa. ¿Sé yo misma acaso lo que me cae encima en la mitad de mi vida? Me casaron muy joven y enseguida los años corrieron, corrieron... es espantoso..... Por favor, no alegues tus derechos de varón... Todos vosotros habéis nacido para jueces.

«Perdóname, Ricardo, si te escandalizo; pero no es mía la culpa. Tengo una primavera atrasada... ¿Tú sabes? Eso suele suceder. ¿No hablábamos ayer mismo de ésto? ¿Te acuerdas? Hay pájaros que construyen sus nidos cuando la estación avanza. Una dice: «¿Serán tontos? ¡Ya viene el otoño!»

«Tienen que perdonarnos; ha sido un error de estación.»

Mamam Colibri va a vivir su primavera atrasada en el Cairo, junto a un hombre que la amó locamente, que la hizo sufrir y que enseguida se cansa de ella.

Acaso Irene Rysbergue no hubiera regresado jamás al hogar de su hijo, pero le han escrito comunicándole que en la casa hay un bebé, y su instinto la dirige egoístamente hacia su nuevo destino...

—«Ahora es el turno del nieto»—dice el marido de Irene.—Las mujeres son muy inconcientes y muy primitivas; darían su vida hasta el más completo sacrificio por defender a su pequeñuelos pero cuando este instinto pasa, ya ni se acuerdan; la tarea está terminada.

—«No hay que hacerse ilusión, Ricardo; si estuviéramos solos tú y yo, no la habríamos vuelto a ver. La mujer no es un ser independiente y libre como nosotros; ella está esclavizada por las leyes de la naturaleza que ninguna civilización podrá abolir jamás; sin embargo la sociedad se empeña en fijarle obligaciones en épocas precisas. Vamos mas o menos mal; pero vamos!! Pero que en esta evolución sobrevenga un simple error

de fecha, como ha sucedido con tu madre, cuyo corazón despertó sólo en el verano de su vida, y... el edificio de paz se derrumba.

«Yo envidio a los que pueden emanciparse del pasado, yo quisiera, pero no puedo. Sé bueno con tu madre, pero no me hables jamás de ella».

Mamam Colibrí es recibida en el hogar del hijo. Se le señala un departamento en el fondo de la casa y se le pide que no lleve trajes anfiados, ni sombreros con coronas de rosas. ¡Pobre vieja!... ya nadie teme sus desvaríos. ¡Pobre vieja!... ya es la abuela.

A mi juicio es esta la obra más hermosa y más sincera de Bataille; en ella el autor olvidó todo recurso y artificio; el drama es pura pasión y vida. Hay en el mundo tantos seres que tienen una primavera atrasada... Yo los veo, los adivino, casi podría decir los reconozco... Hay que ser indulgente con ellos.

La *Marche Nuptiale* nos presenta un tipo de mujer adorablemente mística. Gracia de Plessans, es una idealista que pretende conformar su vida a sus aspiraciones de virgen ingenua y creyente. Ama y sigue a su profesor de piano, porque cree que aquel hombre realiza su ideal; pero la vulgaridad de esa nueva vida de privaciones y miserias, en una mísera casa de pensión, junto a un ser banal y mediocre la anonada. Una amiga de colegio, la coloca momentáneamente en su antigua situación de mujer de mundo; allí se le ofrece un nuevo amor; pero Gracia de Plessans no es de las mujeres que van ciegamente tras de la pasión... Es de las creyentes, de las arraigadas a un ideal de pureza y de virtud que no mancillan porque su belleza está en el sacrificio y en la inmolación...

«Las mujeres de mi linaje»—dice Gracia de Plessans, al amigo y protector que le ofrece otra vida y otro cariño,—«las mujeres de mi linaje (quiere ella decir de su linaje espiritual), sólo pertenecen a un hombre .. Es el único castigo contra ellas mismas».

Y luego en un raptó de lirismo, la joven idealista describe lo que es el don de sí misma, *le don de soi*.

—«Busco la palabra... El don... el don nupcial de sí misma!... Esto es!!... Después de haber estado encerrada, después de ha-

ber soñado con entregar su alma al Señor, después de haber buscado su razón de ser, comprender un día, de súbito, que el don más puro de la mujer, el único que la naturaleza le permite, es el don de sí misma. Y cuando se ha comprendido eso a los veinte años, una siente orgullo de ser mujer y busca con toda el alma a aquel a quien le va a ofrecer este precioso don. Para pensar como piensan los hombres no deberíamos haber esperado a la sombra de los conventos, en habitaciones virginales esta especie de mañana maravillosa que nos llevará hacia nuevos espacios... Y en seguida el goce y el orgullo de irse hacia su reino con aquel que una ha escogido por amante, de irse hacia la vida, fea o maravillosa ¿qué importa? Ese sentimiento no puede describirse .. Es hermoso como un canto sin palabras. Haber amado con todas sus fuerzas... Haber tocado esa cima y convencerse, de pronto, que una ha desperdiciado para siempre ese pobre don de sí misma, ese único poder que una posee; advertir que ha sido el juguete más banal de la naturaleza. ¡Ah! ese dolor llega hasta los huesos!!! La horrible desolación de haber jugado toda su vida sobre el error de un día... Haberse creído heroica, hermosa, haber llevado una radiante ilusión en el alma, algo como una corona de belleza, para despertar estrechando entre sus brazos, como los niños pobres un muñeco informe. Se levanta una aniquilada como después de una catástrofe. Es para volverse desesperadamente hacia el Convento y hacia Dios, para pedirle un amor que sea un poco menos servil y que tenga las alas más desplegadas».

Y en seguida Gracia de Plessans describe así, la muerte física de la ilusión: «Ver que el amigo de todos los instantes se convierte en un extraño, que nos irrita con sus defectos y sus taras. Ver con los ojos de los otros ¿comprende Ud. la horrible cosa? con los ojos de los otros, a aquel que se ha querido con la vehemencia de una ternura casi maternal. Y he aquí que poco a poco van apareciendo los detalles irritantes: los puños sucios y ajados, la corbata ridícula, el pliegue vulgar del labio, la mirada sin inteligencia, los hábitos caseros, el gesto mediocre y detestable que antes no se veía, y no poder nada, aún dominando su voluntad, aún escudriñando el recuerdo, sino llorar con el rostro escondido entre las sábanas de su lecho,

durante noches y noches..... Si ese es el amor ¡Oh! qué horrible cosa es, qué inmundicia deja en el alma, y cómo quisiera una castigar la bestia a latigazos.»

Y en efecto cuando Gracia de Plessans siente que otro amor invade su corazón, lo primero que piensa es en castigarse y la idea del suicidio surge en su mente. Pero antes de coger el revólver se acerca de nuevo a su mediocre amigo; a ese que ella ve ahora con los ojos de los otros, le consuela, le adormece como a una creatura inconsciente y le desea una vida pequeña pero muy apacible... Ella que la soñó amplia y luminosa no se resigna a vivirla así, y mientras el pianista toca el Valse de amor de Moskowski, Gracia de Plessans se suicida.

La *Marche Nuptiale* es una especie de canto místico; una extraña mezcla de romanticismo y realismo edificada alrededor de una idea lírica que crea entre los espectadores un ambiente de angustia y de simpatía. De este ambiente se desprende una irresistible persuasión; un gesto, un detalle cotidiano, las cuentas de la casa, la llegada del piano, la vida en esa misera casa de pensión, el clarinete del vecino, el canario que canta, nos inducen a creer que esos personajes existen realmente. La heroína de este drama, sólo tiene un nombre; pero es la historia de todas las Gracia de Plessans, porque expresa esa sed de felicidad, esas emociones íntimas, ese deseo casto y sincero de amar y de ser amada, que forma el ensueño virginal de todas las mujeres.

La *Femme Nué* fué declarada obra maestra, sana y de corte clásico, desde su estreno; y en realidad hay una belleza incomparable en ese sencillo drama de un pintor que repudia a la compañera de miserias en la hora del triunfo. Así, contado en dos palabras el tema resulta trivial; pero hay que ver cómo lo desarrolla Bataille. Ninguno le igualó en el arte de dar una impresión de vida, un don de humanidad estremecida por decirlo así, a sus personajes.

El primer acto en el vestíbulo del Salón de Bellas Artes donde los pintores aguardan el fallo del jurado para la medalla de honor, es estupendo; el diálogo nos sorprende; aquello no es

literatura, es el movimiento de la calle, del taller, de la taberna; es la verdad exacta y viva que acecha los términos nuevos, el *argot*, la metáfora boulevardiera y expresiva; es el lenguaje masticado con olor a cigarro y a cachimba; es la conversación vulgar y pintoresca que cubre con un velo el drama de muchas vidas. Y luego, en los otros actos de la *Femme Nuë* asistimos a la agonía física y moral de Loulou que lucha por reconquistar el corazón de su pintor. No lo consigue, ni con un intento de suicidio. El drama termina en una sala de hospital, Loulou desesperada acepta la protección de un viejo bohemio que la ha querido siempre. Al marcharse Loulou y Rouchard del hospital, son detenidos por la enfermera que les dice: «Y cuando vuelva el caballero y no la encuentre a Ud. señora, qué debo decirle?»

Rouchard, el viejo bohemio responde con emoción contenida: «Y bien, le dirá Ud. que he recogido el paquete que él dejó caer en la mitad del camino y que yo lo llevaré hasta el fin».

«El título de este drama—dice Bataille—es tripiemente metafórico: hay en él un desnudo artístico que merece la medalla de honor; un cuerpo de mujer que sirve de modelo al pintor y un alma rica, original y primitiva que no posee otro ropaje que esta misteriosa y precaria belleza.»

La última obra de Bataille antes de la guerra fué *La Phalène*, cuyo tema atrevido y escabroso le valió la protesta y la reprobación casi unánime de la prensa francesa. Esta vez el dramaturgo presenta el tipo de una mujer esclava, ardiente, tumultuosa, sin disciplina moral alguna; una pagana sin tradiciones religiosas que sólo vibra con el arte y el amor; y que al verse atacada de tisis se apresura a vivir y en seguida se apresura a morir.

Tyra de Marliew es la Phalène; la mariposa de noche que rápidamente quema sus alas al fuego del amor; que no acepta la enfermedad, que se glorifica de conservar intacta hasta el fin la armonía de su cuerpo y que como una joven diosa se

despide de la vida rodeada de música, de flores y de todos los amigos que en cualquier instante de su existencia le dieron alguna emoción.

A propósito de esta obra dice Bataille: «Es bueno que de tiempo en tiempo el arte dramático se remonte a los orígenes de la oda...». Y en realidad hay en la Phalène un soplo de la tragedia griega, fantástica y salvaje...

Durante los años de la guerra los éxitos de Bataille se vieron interrumpidos. Este período de convulsión debió herir profundamente su sensibilidad nerviosa.

En 1919 se estrena con éxito sin igual *L'Animateur*; después de las reivindicaciones de los derechos soberanos, ilimitados del amor, el dramaturgo se acerca al conflicto de las ideas y recoge como un eco sonoro las reivindicaciones sociales que vibran en el ambiente. En *L'Animateur* vemos a la *Idea* victoriosa demostrando su superioridad sobre los lazos de la carne, y sustituyéndose a la naturaleza en una unión más fuerte e indisoluble que la de la sangre.

Este drama señala una curva en la obra teatral de Bataille: «Hasta aquí» dice Henry Bidou,—«el teatro de Bataille tenía por objeto el estudio de los conflictos de la pasión y del instinto desencadenados; ahora estudia el conflicto de las ideas y de los sentimientos que estas ideas engendran».

En 1920 se extrena *L'Homme a la Rose* y debo confesar con toda sinceridad que esta obra me repugna.... Esa escena dentro de la catedral es macabra y sacrilega; no tiene la belleza ni la aureola de la leyenda inmortal de Don Juan. Bataille dice que sólo tuvo la idea de hacer una especie de agua fuerte a la manera de Goya. «Si ella apareció sombría, sarcástica y blasfematoria ¿qué hacerle?...»—agrega el autor,—«yo arrojé al capricho manchas y luces alrededor de un pretexto; un personaje célebre que ya había posado en casa de todos los grandes maestros».

En 1921 Bataille entrega a la escena *La Tendresse*, *La Possession* y *La Chaire Humaine*....

Por un reportaje hecho ultimamente a Ivonne de Bray se puede afirmar que *La Possession* y la *Chaire Humaine* fueron concebidas con anterioridad a *La Tendresse*.... Desde luego *La*

Chaire Humaine es una obra cuyo tema se desarrolla en plena guerra europea; se trata de la rivalidad del hijo legítimo que es un *embusqué* y el hijo natural que fué un héroe guerrero. La pieza no gustó, y uno de los mejores críticos franceses, Adolphe Brisson, teme que las opiniones adversas que le mereció su extreno al autor de *La Chaire Humaine* hayan podido herir peligrosamente la sensibilidad del impresionable artista y apresurar su fin.

Tampoco fué favorable a Bataille el fallo de la crítica en *La Possession*. El *Mercur* de France le grita que *La Possession* es la obra de un poseído que ya no posee ningún pudor....»

Yo quiero creer lo que nos dice Ivonne de Bray, quiero conservar de Bataille como último fruto de su maravilloso talento, *La Tendresse*. . Es esta una obra magistral que revela a un genio en toda la madurez de su espíritu. El público volvió a encontrar en él al poeta que adorara en *Mamam Colibri* en *La Marche Nuptiale* y en la *Femme Nué*.

La idea fundamental de la obra es nueva; pertenece a un sicólogo muy sutil que lleva su pasión por el análisis de las sensaciones hasta ese sentimiento purificador del amor, que crece cuando la pasión cesa y que se vivifica cuando aquella se agota....

Falta el tiempo y el espacio para analizar esta pieza en detalle. Marta y Barnac, ilustre autor dramático y académico, viven juntos desde varios años atrás. Ella ilumina la existencia del escritor con un rayo de juventud y de alegría; son felices, profundamente felices; pero un día los amigos, los buenos amigos hacen ver a Barnac que Marta le es infiel. En realidad Marta es una especie de fenómeno cuya doble personalidad le impulsa a ceder a sus bajos instintos.... Ella lucha en vano, porque adora a Barnac, pero más puede la irresistible atracción de la juventud.... Cuando viene la catástrofe, ella se desespera, divaga, suplica y confiesa su debilidad, su traición ignominiosa.... Barnac la arroja de su hogar, pero con ella se va la alegría y la luz. El escritor no produce, ha perdido el gusto por el trabajo y después de dos años de agonía llama a Marta

de nuevo. La necesita, su presencia le es más indispensable que el aire que respira. No le ofrece amor, sólo quiere tenerla cerca, verla entrar, salir, cantar, ser su guía y su apoyo en la vida....

—«Hay una palabra muy amplia»—dice Bernac,—«de la cual se sirven todos los seres, una palabra tan vasta que engloba todo, que resume para nosotros alegría, dolor, lucha, ira, cuerpo a cuerpo: *El Amor*.... De tiempo en tiempo se desliza entre dos seres que se quieren otra palabrita muy pequeña; pero esa palabrita es la llave de todo, es la que debería sustituirse a la otra, tanto la sobrepasa en belleza. Escuchad que bien suena esta palabrita, qué hermosa es cuando se la pronuncia bien. *La Ternura*. ¿No es verdad que ella debería sobrevivir siempre al amor? ¿No es abominable que dos seres que se han amado se conviertan de repente en dos extraños? ¿Esta ternura espiritualizada que sobrevive a todo; a la posesión, a la vida en común es imposible Marta? ¿Por qué todos los seres la rechazan? ¿Qué es lo que yo pido? Una amistosa presión de manos, una risa, unos buenos días alegres desde la antesala... Y en la soledad de mi vejez decir, es ella, es su voz, son sus pasos.... Ella y no otra, la que uno desea cerca de sí a la hora de la muerte....»

La Marta de esta obra genial es Ivone de Bray y Bataille tuvo la felicidad de tenerla, como lo deseó, cerca de él a la hora de su muerte; ella fué la que inspiró esa ternura sublime, y tan verdaderamente humana y tan desgarradora, porque se nos presenta impregnada en un pesar infinito de la vida y del amor, que se aparta ya definitivamente de la existencia del atormentado dramaturgo...

La monumental obra literaria de Bataille consta de 32 piezas de teatro, innumerables manuscritos, un libro de memorias, otro sobre la crítica, mil artículos sobre doctrinas literaria, y varios volúmenes de versos.

III

¿Es inmoral el teatro de Bataille? Algunos de sus críticos dicen que la sociedad actual es hija de Bataille y nó el teatro de Bataille reflejo de la sociedad.

Yo diría que es el representante más formidable y sincero del teatro de costumbres; que su obra es cruda, atrevida, revolucionaria, demasiado realista; que sigue muy de cerca la vida y que explota nuestro insaciable anhelo de felicidad..... Pero que al mismo tiempo hace sufrir tan cruelmente a esos seres que no dieron a su existencia otro fin que la satisfacción del instinto y de la pasión que, sin duda, no quedan deseos de imitar o de seguir el ejemplo de esas heroínas que Bataille deja moribundas y estremecidas de dolor en el escenario.

Bataille apeló al fallo del porvenir, como al juez supremo que debía apreciar sin asperezas y sin parcialidades su obra... Respetemos este deseo...

Entretanto, de esta larga excursión por el Teatro del genial autor, sólo quedan en mi espíritu las dolorosas vibraciones de una humanidad que se debate en titánica lucha entre las dos fuerzas que la desgarran: la voluntad y el instinto... Veo al Dolor batiendo sus alas y redimiendo a las almas vencidas en la formidable batalla de la vida y en mis oídos suspira una plañidera letanía, con distintas invocaciones; pero en todas hay un grito de pasión y luego un gemido de piedad... Es un *Miserere Nobis* que va creciendo, desbordando o extinguiéndose con sobresaltos patéticos, con desfallecimientos y espasmos, como cascadas que se rompen, como melopeas que mueren en sollozos...

Después de 30 años de éxitos, Henry Bataille era más que nunca el poeta del *dolor humano*.

ROXANE.

LAS IDEAS PEDAGOGICAS DE GUYAU

Pocos filósofos en Francia, han hablado sobre educación con más calor y sentimiento que J. M. Guyau; nadie ha creído tanto en ella, ninguno, tampoco, tuvo tantas razones para alimentar esa fe, ya que él es un notable producto; por no decir la obra maestra de la educación doméstica o privada. Hijo intelectual del filósofo Fouillée, heredero de su cultura, imbuido de sus ideas, compenetrado de su espíritu, se diferencia de su maestro, más por los detalles de las doctrinas y el acento que pone en ellas que por el fonde de las mismas.

Él se aplica, como Fouillée, en ampliar la esfera de la educación. tanto como otros se preocuparon de restringir y circunscribir su objeto.

Le atribuye un poder casi ilimitado y le asigna como finalidad el doble perfeccionamiento del individuo y de la especie. La educación tiende o debe tender a dar a cada vida humana su máximo de valor, a realizar el acuerdo «de la vida individual más intensa con la vida social más extensa». Su ideal es la expansión de la vida. Pero la vida más plena es también por eso mismo, la más armónica, la que desarrolla en el individuo: primero, *todas* las capacidades inherentes a la especie humana y *útiles a la especie*; segundo, con más particularidad, aquellas de las capacidades que parecen serle especiales, sin que éstas perjudiquen a las otras», sin que el individuo se aleje del tipo normal, ni se convierta en un ser de excepción, un monstruo. Segun Guyau hay que tener fe en la vida: su *máximo* es un *óptimum*; en ella reside un principio de generosidad; tiende a sobrepujarse sin cesar, no hay más que seguirla hasta el fin en su impulso; el más alto desarrollo en el individuo conduce al más alto desarrollo de la raza. Es pues, en la vida que es necesario inspirarse; es a su forma más alta, a la ejercitación de todas sus virtualidades o potencias que es necesario aspirar. He allí todo un programa de educación.

En lugar de partir del objeto o de los fines de la educación. que no sabríamos más que prejuizar, debemos partir de su poder, de sus recursos, de sus medios de acción, porque, «el poder engendra el deber». Tener conciencia de lo que se pue-

de es darse cuenta de lo que se debe. El deber es una superabundancia de vida que pide ejercitarse. Estamos obligados a hacer todo aquello de que nos sentimos capaces. El educador, para llenar bien su misión, debe primero conocer su poder.

Este poder no hace nada menos que modificar la naturaleza, que «crear instintos artificiales capaces de equilibrar las tendencias preexistentes». Este poder no está limitado, ni obstruido por la herencia. La herencia no es más que una educación fijada. Lo que llamamos naturaleza es desde ya una creación. Es necesario remontarse al origen de los instintos: aprendiendo cómo se forman, volveremos a encontrar el tipo primitivo y eterno. Ese tipo es la «sugestión». El instinto es una sugestión hereditaria; la sugestión es el instinto en estado naciente.

No veamos en la sugestión un fenómeno excepcional y mórbido. Ella se ejerce en todas partes, en el orden moral y social, tiene un alcance universal. Sin embargo, en el estado normal, nosotros no estamos «bajo la influencia de un *magnetizador determinado*»; sus efectos, pues, nos están vedados por su propio entrecruzamiento; pero sustraerse a una sugestión por una sugestión contraria, es sufrir también la sugestión. Todavía la sufrimos cuando cedemos al ejemplo, a la autoridad, al ascendiente de un conductor, a las juglerías de un charlatán, a la magia de la palabra y cuando nos dejamos impresionar por el tono, el acento, etc. Toda influencia social, toda acción de unos hombres sobre otros, reviste, mas o menos, la forma de la sugestión. Todos somos en cierto grado magnetizadores y magnetizados, de buen o mal grado, a sabiendas o no.

Pero, particularmente, los niños, están prontos siempre a recibir todas las sugerencias, a persuadirse de que son, lo que se les dice, con respecto a su manera de ser, y como queremos que ellos sean. He aquí una debilidad de la cual no se debe abusar contra ella, o mejor dicho, es esto lo que nos obliga a guardarles consideraciones, y a evitar herirles su imaginación. Pero es esto, también, lo que los hace educables, lo que nos da posesión sobre sus espíritus, lo que nos permite dirigir sus pensamientos, sus sentimientos, su voluntad. El niño será aquello que nosotros le hayamos persuadido que él sea.

Entonces no le hagamos creer que es perezoso, malo, incapaz de hacer nada de provecho; démosle, por el contrario, confianza en sí mismo, librémosle de su timidez natural, habituémosle desde el principio a *querer*, después a lograr lo que ha querido, a *poder*, exorcisemos la vieja idea del pecado, sobre todo del pecado original, de la predisposición fatal al mal: «El hombre *sano* es el verdadero *santo*». (1) En materia de educa-

(1) L'homme *sain* est le vrai *saint*.

ción «debemos sugerir más bien que reprochar». Esto no quiere decir que el reproche no sea de por sí una sugestión; pero es una sugestión que conspira contra su fin. Deja impresa en el espíritu como inevitable la falta que ordena evitar. Dirigir reproches a un niño «es darle la *fórmula de sus instintos*» malos; y por eso mismo se les fortifica y se les impulsa a convertirse en actos. A veces hasta se les crea. De aquí, esta regla importante: así como es útil dar la conciencia de los buenos instintos, así, también, es peligroso hacer conscientes los malos, cuando éstos no se han manifestado aún.

Podemos sugerir todo al niño y hacerle adquirir mediante la sugestión todas las cualidades, *buenas* o *malas*. Todo se reduce, pues, a emplear bien la sugestión, es decir, exclusivamente al servicio de las cualidades morales, o simplemente ventajosas. Así de esta suerte, podemos convertir al niño en inteligente, sugiriéndole que lo es; se le dará, al menos, el deseo de emplear su inteligencia, de desarrollarla mediante la atención, el esfuerzo y el trabajo. Es por esto aún, que debemos siempre presuponer la bondad y la buena voluntad. Tratemos de persuadir al niño de que es bueno, a fin de que lo sea. Démosle la idea de lo que es; evitemos de hacerle creer lo contrario, o que no podrá serlo. Él responderá a nuestra confianza, si nosotros *hacemos un llamado* a sus sentimientos, a su buena voluntad. Sugerir es suscitar, favorecer, ayudar al florecimiento de la joven planta humana, la cual no necesita más que ser guiada, alentada, sostenida. A esto se reduce la *acción positiva* de la educación.

Ya sea por la palabra o bien por el ejemplo, en cualquier forma que nosotros hagamos la sugestión, ella no es y no podrá ser otra cosa, más que un *llamado* a los impulsos instintivos del niño, a los buenos sentimientos cuyos gérmenes, uno supone que están en él. Lo que debemos despertar son las tendencias nobles de su naturaleza. En consecuencia, no se trata de quebrar ni de violentar su voluntad, sino de dirigirla fortificándola. Se le conducirá por la afección. El niño tiene una gran necesidad de simpatía, es por esto que está bajo nuestra dependencia. Ningún esfuerzo le cuesta, si se siente alentado por una palabra, una sonrisa, una demostración de afecto. En esta forma, él adquirirá todos los buenos hábitos que se le quiera dar. Le basta con sentirse y estar en simpatía con nosotros. La simpatía es el principio de la sociabilidad y de la bondad. Ser bueno es tener conciencia de su solidaridad con los otros seres.

Nosotros deponemos, pues, en el niño los gérmenes de la bondad, creando entre él y nosotros ese contacto de simpatía y afecto, que no tendrá más que extenderse y generalizarse para

convertirse en la moralidad verdadera, propiamente dicha. Amar al niño, hacerse amar por él, ganar su confianza, convertirse así en dueño de su espíritu y dirigir su conducta, desarrollar sus buenas inclinaciones, hacerle adquirir buenos hábitos, en esto consiste la educación, al menos, en su primera forma y en la primera edad, y esta educación puede definirse en estos términos: *sugestión de los buenos instintos*.

II

Acabamos de ver cómo la *sugestión* crea *hábitos individuales* que, repitiéndose y perpetuándose en la raza, llegan a ser *instintos hereditarios*.

Toda educación tiende hacia el hábito y el hábito es «el fundamento de la educación». Meditar sobre educación equivale a profundizar la noción del hábito.

Quien dice hábito, dice «poder, es decir, aptitud pronta a despertarse y a traducirse en actos» (adaptación). Podemos tomar dos puntos de vista para considerar el hábito: el de su origen o de sus causas y el de su poder y sus afectos. El segundo punto de vista es el más interesante y el más fecundo para el educador: éste es precisamente el que toma Guyau.

«El poder» creado por el hábito, es un sedimento dejado por las acciones y reacciones pasadas; es acción capitalizada y viviente. El hábito es considerado aquí únicamente en sus resultados felices, como una ganancia. Sin embargo, no siempre y necesariamente el hábito es esto. Puede ser también una cadena, un yugo; entonces es una *pérdida*, una disminución del Yo. En otros términos, cuando el hábito nos liga al pasado, es un hundimiento en la *rutina*, mientras que al abrirnos el porvenir es una condición del *progreso*. En el primer caso es «la adaptación de un ser pasivo a un medio inmutable, y que se realiza una vez por todas»; en el segundo, es «la adaptación de un ser activo a un medio variable, y se prosigue sin terminarse jamás». Ésta, tan sólo es educación verdadera. Ella «modifica el ser a fin de acomodarlo no sólo al *presente* brutal, sino también a simples *posibilidades*». Podríamos decir que es una especie de adaptación *amplia* e infinitamente flexible, que permite una multitud de nuevas adaptaciones de detalle y de correcciones de toda clase.

Esta diferencia es capital. Es por no haberla hecho, que Rousseau vió en el hábito solamente un peligro y sostuvo la paradoja de que la educación en lugar de crear hábitos debía liberarnos de ellos. Rousseau, sin duda, quería evitar que se atacara a la libertad *del querer*, imprimiéndole una dirección, pero en esa forma privaba a la voluntad del suplemento de

fuerza que ésta adquiere al ejercitarse, como asimismo y sobre todo, del impulso hacia adelante que le imprime la fuerza adquirida o el hábito. Contrayendo hábitos es como el se toma conciencia de su poder. El hábito «es una fuerza que tiene una determinada dirección dada de antemano; es, pues, el centro de un sistema de acciones y de sensaciones, y le basta tomar conciencia de sí para hacerse un sentimiento activo y determinante; es un *sentimiento fuerza*».

Por lo demás, para demostrar esto, debemos fiarnos en el instinto, que más seguro que las teorías. El niño no se equivoca: el hábito es para él un sostén, un apoyo. Lejos de revestirse a seguir la vía trazada por sus acciones anteriores, se interna en ella confiadamente.

No existe «una inteligencia tan ágil, como para deshacer y rehacer constantemente los nudos o asociaciones que establece entre sus ideas. Todos los actos de la vida, tanto los más insignificantes, como los más importantes, están clasificados en su pequeño cerebro, definidos rigurosamente de acuerdo con una fórmula única y representados sobre el tipo del primer acto de ese género que ha visto cumplido, sin que él distinga nítidamente la *razón* de un acto y su forma». El niño conserva una fidelidad tierna, casi religiosa, por los hábitos que ha adquirido: siempre arreglará sus juguetes en el mismo orden y querrá que se le narre un cuento en los mismos términos, sin modificar para nada la trama ni los detalles de los acontecimientos. Sus hábitos como los del hombre primitivo, revisten la forma de un *rito*: él les confiere un carácter sagrado. Este tradicionalismo, ese respeto supersticioso por las *formas*, no tiene, sin embargo, nada de común con el misticismo o el fetichismo. No hay en él un origen misterioso, lejano. Deriva de las leyes de la vida y encuentra en ellas una explicación simple, natural, positiva. La vida es «adaptación, poder de habituarse». El hábito es en su origen y bajo su primera forma, un acto apropiado y retenido como tal, aquél que *convenía* realizar y que *conviene repetir*. Probado su valor en el pasado se vuelve una garantía para el porvenir. Existen, pues, razones para confiar en él. Además contiene en sí mismo su valor, que introduce la regularidad y el orden en la vida, «Tiene una virtud canónica y educadora: es la regla primordial de la vida. Lo *conveniente* es, en gran parte, lo *habitual*. Toda costumbre tiende a transformarse en una fórmula de acción y de educación personal, una ley immanente, *lex insita*».

De esta suerte, Guyau desarrolla lo que podríamos llamar la poesía de la costumbre; la concibe bajo su forma *ideal, normal*: en lo que no es más que una ley de la naturaleza y de la vida él trata de buscar, y se place en descubrir una base para la

moralidad venidera: interpreta el instinto según las leyes de la razón, y en las primeras y más humildes costumbres ve desde ya, aparecer como un esbozo de la más alta educación. Explica, por sí decirlo, el hábito por la educación y la educación por el hábito, o en otra forma, lo inferior por lo superior y lo superior por lo inferior. No hay aquí círculo vicioso, o si existe el círculo vicioso, no se puede evitar. Para comprender la evolución, es preciso considerar, alternativamente, el punto de partida y el término, pues lo uno explica lo otro. La idea dominante, en la filosofía de Guyau, es la de la vida, del *circulus vitae*: el niño explica al hombre y el hombre explica al niño; el uno es el esbozo, el otro, la forma acabada. La educación es una evolución, el paso del niño al hombre: es preciso, pues, encontrar el uno en el otro, el instinto en la razón y la razón en el instinto. Es en este sentido que la «vida» todo lo aclara: la educación es la cuestión fundamental a la cual tienden todas las otras; es de ella, que debemos partir para alcanzar los principios, descubrir el método y entrever las soluciones.

La voluntad debe salir del hábito que es el poder que engendra la acción y este poder, tomando conciencia de sí mismo, engendra el *deber* que es la voluntad que se ejerce de acuerdo con la razón. «La educación se apoya en el desarrollo de la voluntad, y por eso mismo es la base de la moralidad.... Es preciso almacenar la fuerza antes de saber desplegarla en la dirección conveniente. El génesis de la moralidad es, antes que nada, el génesis de la voluntad: la voluntad se mueve, asimismo concibiendo su propia potencia.... Esto es, precisamente, lo que hace que la educación sea tan superior a la instrucción. La educación crea las fuerzas vivas, la instrucción no puede servir mas que para dirigirlas».

Empero, ¿cómo se realiza el paso del hábito a la voluntad, del instinto a la razón? De por sí y naturalmente. Allí está el milagro, pero, para Guyau, no es tal, sino por el contrario la *norma*, la ley misma de la vida y de la evolución. La voluntad es el poder de resistir a la sollicitación de los móviles inferiores que rechaza y condena la razón; ella supone, pues, la deliberación, es decir, el exámen y la apreciación de los móviles. Es por ella que el yo se forma y se manifiesta. El yo, es el equilibrio de los móviles o tendencias, equilibrio inestable, continuamente roto y restablecido. La voluntad se hace libre por la sumisión del deseo a la razón. La personalidad se constituye por el esfuerzo voluntario y se forma mediante una educación incesante.

Mas, en tanto, que el hábito sigue la ley del menor esfuerzo, «la voluntad moral es el poder de proceder, según la línea de la más fuerte resistencia».

¿En qué forma, entonces, la voluntad se sustituye al hábito? Es que la vida está animada por un impulso progresivo y tiende a sobrepujarse sin cesar; ella «no puede mantenerse más que a condición de esparcirse». Esta fuerza de expansión que está en ella, no es ciega, irracional; tiende a la moralidad. Podría creerse que el Nietzscheísmo puede salir de ella; ¡pero no! La fuerza bruta debilidad. El violento, lejos de realizar la expansión de su naturaleza, «ahoga la parte simpática e intelectual de su ser», y en esta forma se disminuye, se rebaja. Siendo bruto con los otros, se embrutece a sí mismo. La voluntad se desequilibra con el empleo de la violencia y por lo tanto, se anonada, tiende a su propia desorganización. El verdadero principio de la acción, es el *ideal* y el ideal al realizarse realiza la más grande potencia. Mas el ideal en la educación, es el tipo humano *normal*, es decir, social. El ser antisocial es un monstruo en el orden humano. La sociabilidad se confunde con la moralidad. El sentimiento de la obligación moral se resuelve en el sentimiento profundo de la solidaridad y «la solidaridad consciente de la sensibilidades tiende a establecer una solidaridad moral entre los hombres». Que se despierte, pues, en el niño la noción del *ideal* moral, social y humano, y en virtud de las leyes mismas de la vida, del instinto de la mayor expansión que está en él, que es su instinto fundamental y primario, este ideal se realizará por sí mismo en él, se convertirá en su ley.

Al menos acontecerá así en el niño normalmente constituido. Empero es preciso tener en cuenta también, en educación, las enfermedades de la naturaleza, las anomalías físicas y mentales. Existe «una *moralidad negativa* que es la de mucha gente cuyos impulsos no son lo bastante fuertes ni en un sentido ni en el otro, como para poderlos llevar muy lejos de la línea normal»; «una *atonía moral* que es el reinado de los caprichos»; una *locura moral* que consiste en ceder a impulsos mórbidos, por ejemplo: la cleptomanía, la dipsomanía, etc.; un *idiotismo moral*, que es un estado por debajo de la moralidad; y en fin, «una depravación moral», de individuos o grupos sociales. La educación debe tender a prevenir o a curar estas enfermedades; ella es una terapéutica moral. Es este uno de los fines que debe perseguir hoy más que nunca: «La moral de la raza es su objeto capital. Todo lo demás es secundario. El haber moralizado los pueblos, es lo que ha dado a las regiones su fuerza y su vitalidad y a medida que su influencia declina, hay que tratar de reemplazarlas por otros medios de realización».

Empero, ¿tiene la educación el poder de formar o de reformar las almas? Algunos lo niegan, y particularmente Ribot sostiene que la educación puede con acierto desarrollar aptitu-

des, pero no crearlas; rebaja el papel de ésta para elevar el de la herencia, y dice: «La influencia de la educación no es nunca absoluta y no tiene una acción eficaz más que en las naturalezas vulgares». Según esto, nada podría sobre el *idiota* y sobre el *hombre de genio*. Esta aserción es extraña. Que no influya sobre el idiota, pase; pero sobre el hombre de genio.... ¿Por qué, se pregunta acertadamente Guyau, las cualidades del genio, deberían ser inaccesibles a la educación? Por el contrario, lo predisponen de una manera feliz y lo hacen particularmente apto para recibirla. Cuanto más se es naturalmente inteligente, tanto más apto se está para aprender y para hacerse *sabio* por educación. Cuanto más naturalmente generoso es uno, más capacitado se está para hacerse *heroico* por la educación, etc. Creemos, pues, que el genio realiza el *máximum de herencia fecunda y de educación fecunda*.

Por otra parte, Ribot no ha tenido en cuenta más que una sola parte de la educación, y precisamente la menor, la educación *intelectual*. No habla de la *moralidad*. Y es precisamente en el orden moral que la educación puede ejercerse más y donde también se muestra más eficaz.

¿Quién, sino ella, tiene la misión de *dirigir* los sentimientos por la instrucción, y *fortificarlos* por el ejemplo, la disciplina, y el hábito? La educación tiene por finalidad primordial el «conservar y desarrollar la moralidad». Debemos acumular, en los niños, la fuerza moral, mediante buenos hábitos. No siendo el deber más que la conciencia del poder superior, es preciso, desde luego, dar ese poder o al menos la persuasión de ese poder que ella misma tiende a producirlo.

Guyau, pues, vuelve, siempre a la idea de que la educación tiene, antes que nada, un carácter *moral*, y que la *moralidad* reside en el hábito o por lo menos, en el hábito como base, y en su forma primera. ¿Cuál es, entonces, el papel de la conciencia? Éste es muy amplio, mucho más grande que el hábito, si se quiere, en cierto sentido, pero aquélla no viene sino después de éste. «La conciencia moral no existe en todas sus partes en el alma del niño, pero se desarrolla a medida que ésta es llamada a obrar». La moralidad acabada, completa, es la *moralidad consciente*, pero la moralidad existe bajo la forma de *hábito* antes de tomar conciencia de sí misma bajo la forma de *máxima*. Si entonces queremos ejercer sobre los niños una influencia moral, es preciso dirigir sus *acciones* antes de enseñarles *máximas*; es preciso, según Herbart, dejarles el cuidado de formular a ellos mismos reglas de conducta de acuerdo con los hábitos virtuosos que se les habrá inculcado desde su más temprana edad.

En efecto; no hay que temer que ellos «olviden nunca de maximar sus prácticas», ya que su espíritu está naturalmente inclinado a ello, y con una propensión muy fuerte, mientras que si se comienza por las máximas puede acontecer muy bien, que todo se reduzca a ellas, pues «a los hombres no les gusta nunca practicar sus máximas».

A la verdad, Guyau otorga el papel conveniente,—el más hermoso,—a la razón y a la conciencia; pero quiere que éstas tengan sus raíces profundas en el instinto, que sean las florescencia de la «vida»; las coloca por encima de todo y las hace el término de la educación; pero retarda el advenimiento para asegurar su reinado y poder soberano. Es intelectualista, su filosofía es la de las «ideas fuerza»; pero sabe cómo las ideas se forman y que éstas deben venir a su hora. Respeta las leyes de la evolución. De allí, la importancia que él atribuye a la educación física, su crítica del internato, del *surmenage*, etc.

De allí, también, su manera de ver con respecto a la educación intelectual. Esta no debe ser exclusiva, ni hacerse a expensas del cuerpo, despreocupándose de la salud y de la educación moral. Después que el niño ha pasado la edad más tierna, ya no se emplea ningún método en su moralización: se instruye y se fía en la virtud moral de la instrucción, he aquí todo. Sin embargo, esta virtud no es tan grande como se la imagina. En efecto; es preciso analizar la noción de «saber» y distinguir su objeto o su *materia*, su *forma* y su *manera de adquirirla*.

Comencemos por esta última. Es fácil lograr en el niño el amor por el trabajo intelectual, si se procede bien en esto. «Siendo agradable en sí el ejercicio normal de las facultades, el estudio si está bien dirigido, tiene que ser interesante». Él lo será por sí mismo, sin necesidad de transformarlo en *juego*, dejándolo como *trabajo*, es decir, como una cultura de la atención. Luego, pues, «la atención es tanto una cuestión de método, como una potencia natural para la inteligencia. Ella es el orden y la honradez del pensamiento. Se trata, entonces, de no dejar que se quiebre la trama de nuestras ideas, de hacer como el tejedor que recoge todo el hilo quebrado». «La atención no es más que la perseverancia aplicada.... Dirigida hacia una finalidad, produce el método». Si nos sujetamos a cumplir un trabajo intelectual a «horas reglamentarias», se evitará la fatiga. Además, la atención no estará obligada a prolongarse si es intensa. Se gana tiempo empleándola bien. Lo importante es no dispersar, malgastar el esfuerzo.

La manera de aprender hace la calidad del saber. Ahora bien; de todas las enseñanzas, la mejor es la enseñanza por la *acción*. Es muy superior a la que se dirige a la *memoria*, o a

los *sentidos*. Saber es estar en estado de aplicar lo que se sabe. Aprender es comprender, no retener palabras; es asimilar, no amontonar conocimientos. «No son los conocimientos amontonados en el cerebro, los que tienen gran valor, sino aquellos que se han convertido en músculo del espíritu». El saber, entendido así, es una adquisición durable, no un bagaje de conocimientos con los cuales se aplasta el espíritu, pero que éste se apresura en olvidar.

Por último, el saber vale, no sólo por su cualidad propia, por su naturaleza o su forma, sino también por su objeto. Todos los conocimientos no tienen el mismo valor: ellos deben ser jerarquizados. La educación moral y estética se coloca delante de la educación intelectual o científica, propiamente dicha. Lo esencial es «hacer entrar en el cerebro la mayor suma de ideas generosas y fecundas». No vayamos a creer «que el conocimiento de hechos y de verdades de orden positivo pueda suplir a un sentimiento en una buena educación». Nuestro objeto capital es el de formar «corazones bien colocados»; la educación intelectual vendrá en seguida; y ella deberá darnos «cerebros *bien hechos*, más bien que *bien llenos*. Se guardará, asimismo, de poner al mismo nivel «los conocimientos esenciales», y los «conocimientos de lujo», huirá la «erudición», entendida como una mezcla de conocimientos sin enlace, disparatados, velará para que el conocimiento enseñado no sea «difuso», sino «concentrado y coordinado». «Las grandes verdades en las ciencias, los grandes modelos en las letras y las artes, dice Ravaisson, pueden reducirse, a los efectos de la educación, a un pequeño número, pero que, por lo mismo, serán más eficaces».

Por lo hecho de no ser enciclopédica, la educación intelectual, no dejará, por eso, de ser menos universal. Tendrá por finalidad «desarrollar el espíritu, no en un solo sentido, sino en todos, de conducirlo, de una manera general, a la altura de la ciencia contemporánea. Toda dirección será buena para un espíritu preparado en esta forma».

Guyau considera perjudicial la enseñanza utilitaria, estrechamente profesional, porque ésta «prejuiza demasiado las tendencias de un niño». La enseñanza debe tener por fin despertar aptitudes, y nunca responder a supuestas aptitudes. De lo contrario es una mutilación de la cual se puede sufrir toda una vida.... «Toda especialización precoz es peligrosa». Un especialista es «un utopista: tiene la vista falseada por la pequeñez del horizonte que está habituado a considerar». Guyau siente predilección por la educación alta y desinteresada, lo que los alemanes llaman *cultura* y nosotros *humanidades*; pero él abarca en esta palabra las *humanidades clásicas* y las *humani-*

dades científicas Las humanidades son llamadas así, porque tienden más a la formación del espíritu que a la adquisición de conocimientos, porque son una *cultura*, un desarrollo armónico de las facultades por sí mismas.

El valor excepcional de las humanidades clásicas consiste en que «los modelos» que la antigüedad greco-romana a nuestra admiración presenta, son relativamente fáciles de asir; además, el estudio del latín es «activo», da lugar a «ejercicios porque fortifican y desarrollan el espíritu». Las *humanidades científicas* deben tener el mismo carácter: tienden mas a la formación del método y del espíritu científico que a la adquisición de la ciencia. «Enseñemos poca ciencia, pero enseñémosla científicamente», por el método activo; «es decir, rehaciendo la ciencia, tratando que la rehagan los alumnos». Las humanidades *clásicas y científicas*, deben tener por complemento la *enseñanza filosófica*, que logra la unidad, y que revela y acusa su espíritu y las tendencias de ellas.

Yo no me referiré aquí a las ideas particulares de Guyau, sobre los tres órdenes de la enseñanza: primaria, secundaria y superior; y tampoco sobre la femenina, no porque estas ideas sean despreciables, sino porque han perdido su interés al perder su novedad. Ellas han sido adquiridas por la mayoría, y su mismo éxito nos excusa de insistir.

Lo que nos interesa, sobre todo, es el espíritu o la filosofía de Guyau. Nada más característico, respecto a esto, que la posición que él adopta sobre el fin de la educación. Algunos han pensado que la «conciencia», no es más que un momento de la evolución, y que aparece cuando el instinto esta decaído o desaparece, cuando está restablecido, si es posible decirlo, en su forma normal, si bien su papel es siempre accesorio o *epifenomenal*, y, en todo caso, provisorio. De esta suerte, al término de su evolución, el hombre sería, según Paulhan, un autómatas «inconsciente, maravillosamente complicado y unificado». La conciencia señalaría la era de los ensayos, de los titubeos, del automatismo, de la adaptación acabada, definitiva, Guyau combate tal teoría; la evolución, de hecho, no se termina jamás y es conveniente que así sea; no tiene por término la adaptación perfecta que tornaría inútil a la conciencia, sino por el contrario, es la conciencia la que juzga toda adaptación imperfecta y descubre sin cesar formas de adaptación nuevas y superiores.

El saber no tiene término. Saber es sentirse llevado a saber cada vez más y a *poder* siempre más. La última palabra de la educación no es rutina, sino progreso. Su finalidad es formar espíritus, ágiles flexibles, no adoptados a determinada forma de sociedad, sino susceptibles de readaptarse a formas de so-

ciudad, a condiciones de vida siempre nuevas. Dicho en otra forma, la educación tiene por fin formar hombres, no autómatas. Ahora bien; lo que caracteriza al hombre es el carácter, la voluntad, el poder de obrar según las ideas. La educación debe tender a asegurar el reino de las ideas y a crear las *ideas fuerzas*. La educación no es un adiestramiento, una disciplina, sino un despertar y una formación de las conciencias.

«¿Automatismo o conciencia?» Es en esta forma que se plantea la cuestión capital del objeto de la educación. Entre estos dos términos oscilan todas las teorías y todas las prácticas pedagógicas. Lo que caracteriza la teoría de Guyau, en educación, es que parte de la idea de «vida», que aspira a una vida siempre más alta, es decir, más consciente, pues él plantea como postulado,—iba a decir como axioma—que la vida tiende por sí misma a una expansión de fuerza, no solamente física, sino también psíquica, a un florecimiento moral, ya que la vida más intensa será la mejor y más hermosa. En otros términos, Guyau concibe el desarrollo *normal* de la vida como lindando a la conciencia y a la moralidad. Por consiguiente, la educación debe tener confianza en la vida, contar con su desarrollo normal, suponer toda alma naturalmente generosa y hacer un llamado a sus instintos profundos. Locke, ha escrito el tratado de educación del *gentlemen* en el sentido social de la palabra; Guyau, el del *gentlemen*, en la acepción moral del vocablo, es decir, del alma naturalmente noble, elevada, que se abre por sí misma a las ideas generosas, y donde no hay más que seguir su evolución y favorecer su vuelo: si sus vistas son estrechas, ellas no son falsas. En efecto; existen casos privilegiados en los cuales la educación no tiene más tarea que esa. Es de lamentar que esos casos sean privilegiados, no siendo, sin embargo, excepcionales, ni raros. Guyau estaba autorizado para tenerlos en cuenta, y debemos reconocer que merecían ser tomados en gran consideración. El pudo pecar por exceso de optimismo o idealismo en educación, pero su ilusión, si en realidad existe, es allí más excusable que en otra parte, y hace felizmente contrapeso a la ilusión contraria, mucho más frecuente y en todo caso peligrosa.

L. DUGAS.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Anatole France.—A Anatole France, príncipe de los escritores franceses, las últimas semanas de 1921 le han traído una doble distinción. Ha ganado el Premio Nobel de la Literatura y ha encontrado un Boswell.

Cuando se hace pública la noticia de que el Comité Nobel lo destaca de entre todos los autores vivos, como digno del más alto honor literario del año, aparece en su París nativo un libro en que un amigo y admirador registra las conversaciones casuales del insigne maestro de ironía, con tal exactitud y copiosidad que dan título al recopilador a un lugar en la fama, semejante al ocupado en la literatura inglesa por el fiel recopilador de las notables observaciones del Dr. Jonhson.

Este Boswell francés ha llevado a cabo su trabajo admirablemente. No se contenta con informar al lector que Anatole France es un brillante conversador—«divino»—es su adjetivo—como hacen algunos recopiladores de las «brillanteces» de los hombres notables. Cada página resplandece con el ingenio de «le maitre», como Gsell y los discípulos de France lo llaman por reverencia; cada página la aviva su burla irónica, su filosófica sabiduría. El autor es afortunado al revelar a su héroe como uno cuya conversación casual en el círculo de sus amistades íntimas, es a la vez ingeniosa y sabia, profunda y delicada.

Las conversaciones recogidas ocurrieron la mayor parte en la casa de Anatole en París, Villa Said, en la Avenida del Bosque de Boloña más allá del Arco de Triunfo. Son, las más, anteriores a la guerra, sostenidas en días de paz, cuando el gran ironista charlaba con profesores sabidos, con colegas de renombre en las letras francesas, con pintores, con miembros de uniones obreras militantes, con rusos anarquistas que hablaban pausadamente de la técnica de arrojar una bomba. Aparecen también conversaciones con Mme. Sarah Bernard, quien deseó alguna vez ser colaboradora del sabio de Villa Said; con Rodin, el famoso escultor, en su casa de Meudon, fuera de París; y con muchas otras celebridades. Abundan además las páginas de M. Gsell en comentarios de Anatole sobre personas notables

que él trató años atrás, tales como Víctor Hugo, François Coppée, Catulle Mendès, Henry de Bornier, Michelet Leconte de Lisle. Se encuentran comentarios literarios artísticos: a la vida diaria; sobre Shakespeare, Aristófanes, Homero, Rabelais, Racine, Corneille, Cervantes; «historias íntimas» de lo ocurrido entre grandes hombres, que harían pararse los pelos de punta al lector, si no fuera que constantemente le está diciendo: «Ahora recordad! Anatole France es el burlista más descarado! Es el ironista más impúdico en el mundo!»

Algunas de las anécdotas contadas por el autor de «Monsieur Bergeret» en Villa Said, tal como su Boswell las registra, son capaces de despertar en uno la duda de si, después de todo, aquel muy augusto y renombrado club de «Inmortales», la Academia Francesa, es, ... más que las anécdotas hablen por sí solas. He aquí una, contada con perfecta seriedad por France, según su Boswell: «Leconte de Lisle, el blasfemo que escribió «Poèmes Barbares», fué electo miembro de la Academia como «poeta cristiano». Yo os aseguro que esto es cierto. Hablo con conocimiento. Estuve presente en la sesión en que fué electo... El Duque de Bogle supo que de Lisle era poeta. ¿Cómo lo supo? Todavía me hago esta pregunta. - «Se me ha hablado de un poeta, confesó a sus colegas». Ciertamente, este poeta debe ser espiritualista, porque todos los poetas son espiritualistas. Ahora, la cristiandad y el espiritualismo son una y la misma cosa. De modo que Leconte de Lisle ha de ser cristiano, y de los buenos, de los excelentes. Votaré por él. Vosotros haréis otro tanto...!»

«Y a la vez una afortunada confusión que ayudó también a que Lisle fuera electo. La mayoría de los «Inmortales» que votaron en favor suyo, creyó que él había escrito «Le Vase Brisé» de Sully Prudhomme».

Con esta agradable anécdota, contada por Anatole con absoluta seriedad, da la versión de su propia elección hecha por los «Inmortales» de la Academia Francesa. Es versión, ésta, encomendada a aquellos que tienen en sus mentes la idea de una reunión de una solemnidad casi sobre humana, en la cual los «inmortales», en trajes de corte especial, sugiriendo a la vez el Parnaso y un impecable respeto, sin sonreír elevan hasta su medio a quien estaba agitándose como simple mortal:

«Todo se debe a Ludovico Halevy, dice France. A pesar de ser su candidato a la inmortalidad de la Academia, anarquista en literatura, Halevy insistió en que él lo haría entrar. «Las palabras Miembro de la Academia Francesa—decía Halevy—se verán tan bien sobre la carátula de vuestros libros!», y lanzó a su protegido a una serie de visitas a los académicos de influencia, en la esperanza de que así Anatole podía persuadirlos

a fin de que votaran en favor de su transformación en un «Inmortal».

En seguida vino para su candidato el momento de escribir la carta solicitando ser miembro. La escribió en el mejor francés que pudo imaginar.

«¡No, no» dijo Halevy. «Déjeme escribirla por usted».

«De esta manera me la quitó» dijo solemnemente France a su círculo de amistades íntimas de Villa Said», y puso en ella tres o cuatro buenos y ostensibles errores de gramática. «¡He aquí!» exclamó, «ese es el estilo correcto!»

Entonces, continúa el pícaro de France, Halevy prosiguió sus maniobras electorales, hasta que una mañana asomó radiante de gozo, y exclamó: «¡Ya los tenemos!»

«¿A quiénes?», preguntó el candidato.

«¡A los Duques! Oiga! Hay dos vacantes que llenar. La extrema izquierda de la Academia lo presenta a usted como candidato a una de las vacantes. Los Duques presentan, para la otra, a un caballero de mérito de la vieja escuela, quien, a pesar de eso, es enteramente ignorante. Nosotros dijimos a los Duques:

«¿Queréis que la extrema izquierda vote por vuestro caballero? Entonces votad vosotros por el anarquista Anátolo France!»

«Y consintieron, estoy gozosísimo. Haga sus visitas a los Duques. Ellos lo esperan. Pero, sobre todo, no les mencione la política, ni la religión! Dígales algo así como, ¡Qué sol! ¡Cómo sopla el viento! ¡Cómo llueve!... Pregúntele a la dueña de casa por el perro y los monos favoritos. El caballero que la extrema propone ha recibido instrucciones parecidas».

Todo salió perfectamente.

«El anarquista y el instruido caballero fueron electos el mismo día y por los mismos votos», prosigue France con solemne gravedad. «Fué realmente un procedimiento inmortal».

Contó después, siempre con aire de perfecta seriedad, la historia de cómo la Academia Francesa le asignó un cierto premio anual de poesía, a una poetisa llamada Louise Collet:

Teniendo entre sus amigos al insigne filósofo Víctor Cousin, la señora le pidió un día que le arreglara las cosas en tal forma que ella lograra que sus poemas estuvieran «coronados» por la Academia, el mayor bien a que pueden aspirar los poetas franceses. Cousin se lo prometió. Louise escribía regularmente cada año un poema; y cada año con la mayor regularidad la Academia «coronaba» el poema.

Un año Louise desistió de escribir día a día sus versos, hasta que, de pronto, se acordó que era la víspera de la fecha en que se otorgaría el premio de la Academia. Había que hacer

algo drástico; de modo que aquella noche la poetisa invitó a su casa al renombrado Gustavo Flaubert y a Bouilhet, otro escritor bien conocido, y les dijo:

«Hijos míos, ustedes deben salvarme».

Les hizo saber después que antes de otro día ella esperaba escribir doscientos versos acerca de la «Inmortalidad», que no había escrito ni uno, y que los encerraría en su gabinete, a fin de que antes de media noche, ellos pudieran echar fuera los versos requeridos; ella los firmaría y lanzaría a la Academia.

«Aquí hay papel y tinta», les dijo, «y ¡oh! si, casi lo olvido, aquí hay también puros y brandy».

Flaubert y Bouilhet conversaron, fumaron y bebieron.

Dieron las once. Ellos conversaron, fumaron y bebieron. Vieron el reloj y faltaba un cuarto para las doce. Ni un verso habían escrito.

«Flaubert,—imploró Bouilhet,—piensa algo acerca de la inmortalidad»

La contestación de aquel fué ir a un anaquele de libros y tomar un libro de poemas de Lamartine. Lo abrió al acaso.

«Escribe, ordenó a Bouilhet. Y sin una pausa dictó a su compañero doscientos versos de Lamartine. En cuanto Bouilhet terminó de escribir el último verso, Flaubert le ordenó que sobre lo escrito pusiera «Inmortalidad». Se lo llevaron a Louise Collet, quien esperaba ansiosa que ellos aparecieran. Miró precipitadamente el poema, y como nunca había leído versos de Lamartine, nada encontró incorrecto.

«Ustedes son ángeles» exclamó, y los besó. El poema fué presentado a la Academia y ésta, como siempre los «coronó». «Los versos, dice Anatole con solemnidad impúdica, se publicaron con el nombre de Louisa Collet, con el apéndice de autora. Nadie notó en ellos nada incorrecto, porque nadie los leyó».

Por muchos años ha pasado Anatole France por un escéptico incorregible, un hombre que se burla de los credos; esto ha alejado a muchos de sus producciones. Más M. Gsell incluye en su volumen una conversación en Villa Said, en la cual el insigne escritor expuso en palabras elocuentes, su «Credo»—el «Credo de un Incrédulo», lo llama su Boswell. Dice así:

«Escepticismo. La gente hace a esta palabra sinónimo de negación e impotencia.

«Sin embargo, nuestros grandes escépticos fueron a veces los hombres de más coraje y que más afirmaron.

«Negaron únicamente las negaciones. Atacaron todo lo que ata la inteligencia y la voluntad. Lucharon contra la ignorancia que embrutece, contra los errores que oprimen, contra la

intolerancia que tiraniza, contra la crueldad que tortura, contra el odio que mata.

«Se les acusa de haber sido incrédulos. Para comprobar si esto está justificado sería necesario primero saber si la credulidad es una virtud, y si la firmeza genuina de la creencia no consiste en dudar aquello que no se tiene razón para creer.

«No sería difícil probar que los franceses de genio que han sido llamados escépticos, suscribieron un Credo de mucha mayor magnificencia. Cada uno formuló algún artículo.

«Rabelais, un bufón lleno de seriedad, proclama la majestad de la tolerancia. Como él, Montaigne, se postra con devoción delante de la sabiduría de los antiguos... Invoca piedad contra la ferocidad de las guerras religiosas y contra la crueldad bárbara de las ejecuciones de la ley. Sobre todas las cosas, rinde homenaje a la santidad de la amistad.

«Moliere se desata contra las pasiones y caprichos que hacen odiosos a los seres humanos, y predica el hermoso evangelio de la sociabilidad.

El incrédulo Voltaire, aun en sus vuelos impetuosos de la fantasía, nunca pierde de vista su idea de razón, de ciencia, de bondad,—sí, de bondad,—porque este insigne satírico fué malo sólo con los perversos y los estúpidos. Y, finalmente, Renan fué siempre sacerdote; tan sólo purificó la religión. Creyó en el futuro de la humanidad...

«En resumen, los escépticos son los hombres más idealistas, pero son idealistas desilusionados.

«Como sueñan en una raza humana muy bella, están condenados a ver la humanidad tan diferente de lo que debiera ser. La ironía que en ellos es habitual, es simplemente la expresión de su desaliento.

«Rien, pero su alegría invariablemente oculta una terrible amargura.

«Rien sólo para no llorar.

«He ahí! He proclamado mi Credo. Amén».

El Boswell de France ha sido mucho más asíduo recordando y reproduciendo en las páginas de su volumen, los brillantes golpes de ingenio con que el eminente escritor francés ilumina hasta lo más accidental de sus conversaciones. Una vez, por ejemplo, un obispo de fama que quería ser electo miembro de la Academia, visitó a Anatole en la esperanza de asegurarse el voto para su elección.

«Señor, le dijo el Obispo, quiero informarle que nunca he leído sus novelas».

«Monseñor, replicó el novelista, confieso a usted que nunca he leído sus mandamientos».

En cierta ocasión, un crítico pomposo, que estaba para lanzar al mundo un examen crítico solemne, referente a Anatolio, visitó al sabio de Villa Said. Como había notado al leer las obras de France que éste tenía un maravilloso fondo de conocimientos científicos, quizo poseer la certeza de qué sólidos y poco conocidos libros había leído France para llegar a tal cima de erudición científica. «Astronomía»,—por ejemplo, comenzó el crítico—¿podría usted decirme qué tratado de Astronomía ha consultado para adquirir sus profundos conocimientos?»

«Ciertamente, eso es fácil» fué la respuesta. «Consulté un libro de Camilo Flammarion, titulado, creo yo, «La Astronomía al alcance de los niños».

«También bebí profundas dosis de la más sólida erudición en el Diccionario Larousse. Sí señor, el Diccionario Larousse es una publicación muy útil».

Un día fué a ver a Sarah Bernard, quien deseaba que él le pusiera en forma dramática una pieza ideada por ella. France consintió en ayudarla, pero pocos días después ella anunció su partida a los Estados Unidos.

«Adiós a nuestra colaboración!», murmuro Anatole.

«De ningún modo!» dijo la divina Sarah. Colaboraremos por carta, quiero decir, por telegrama».

«Pero usted va a viajar a través del océano».

«Por cablegrama, entonces».

Pero Ud. va a internarse en los bosques occidentales de los Estados Unidos, ¿no es así?

«Bien, despacharé pieles rojas que, saltando sobre potros salvajes cabalgarán velozmente hasta la próxima ciudad, donde depositarán el texto de mi cablegrama para usted!»

Y a pesar de la seguridad de Sarah Bernard no hubo colaboración entre ella y Anatole.

«Sospecho, dijo solemnemente a sus amigos de Villa Said, que esos condenados pieles rojas perdieron sus mensajes».

En una ocasión en que France luchó con Rodin, el gran escultor estaba de un humor muy pesimista acerca de la época en que vivía. Era una edad terriblemente práctica nada apropiada para un artista.

«El dinero es el rey!» exclamó Rodin. Corrompe y ensucia todo. Mata los sueños!»

«Pero los sueños están siempre volviendo a nacer!» dijo Anatole.

Cierta vez un grupo de anarquistas rusos le visitaron en Villa Said. Uno de ellos, un joven sombrío y fanático, expresó argumentos nihilistas espantosos.

«Este joven, observó el cabecilla al resto de la comitiva, arrojará una bomba, si lo juzga necesario!»

Con sonrisa torva el joven ruso sacó de su bolsillo dos tubos de acero.

Esta bomba, dijo, mientras permanezca en dos pedazos es inofensiva, unida, volará esta casa en añicos!»

France, cortesmente se inclinó hacia él. «Joven, le dijo, tenga la bondad de no unirlos».

J. T. IBARRA.

¿Quién es el autor del soneto “A vos corriendo voy, brazos sagrados”?—No ha mucho, disertando sobre el célebre soneto «No me mueve, mi Dios, para quererte...», atribuido a varios, pero sobre todo a San Francisco Javier, puse de relieve las conjeturas que hacen probabilísima la opinión de que, no el soneto mismo, pero las ideas de él, son realmente del grande Apóstol de las Indias (1).

Hoy no se trata de conjeturas: hoy poseo sobre otro tema debatido un grado de certeza capaz de satisfacer a la crítica mas exigente. Voy a descubrir el nombre del autor de otro soneto celeberrimo que por casi un siglo ha circulado con nombre falso o sin nombre alguno.

Un poco de historia. Pero antes repitamos, para los que no lo tengan presente, la bella y sentidísima plegaria:

A vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estais abiertos
Y por no castigarme estáis clavados;

A vos, ojos divinos eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no confundirme estáis cerrados;

A vos, clavados pies para no huirme;
A vos, cabeza baja por llamarme;
A vos, sangre vertida para ungirme;

(1) Vid. RAZA ESPAÑOLA, núm. 3, pag. 58 y sig. La importantísima publicación franciscana *Archivo Ibero-Americano*, en su núm. XXXVIII (marzo-abril 1920), págs. 311-314, trata de esta insignificante producción mía. Lo agradezco sinceramente; y aunque las razones por mí aducidas dice el autor de la crítica (sin probarlo) que no son «plausibles», me abstendré de toda polémica, por creerla inútil en el presente caso.

A vos, costado abierto, quiero unirme;
A vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme (1).

Escribiendo la *Historia de la Literatura* de su patria el erudito y ameno Vergara y Vergara (2), se hizo vocero de aquella creencia que, universal hasta la época de aquella obra, daba al doctor Juan Manuel García de Tejada, sacerdote colombiano (o sea neogranadino), el derecho de propiedad sobre el hermoso soneto, y como de ese autor lo publicó, sin poner en ello la menor duda. No sabía Vergara y Vergara que su autoridad iba a acabar de desorientar la opinión; pues su dicho valía más que todos los devocionarios y antologías en que también aparecía el soneto como obra de García de Tejada.

Gómez Restrepo, anotando con su acostumbrada maestría de crítica la segunda edición de la citada *Historia*, pone al pie del soneto las siguientes palabras:

Aunque nadie parece disputar hasta ahora la paternidad de este soneto a García de Tejada, pues no hace mucho lo reprodujo con su nombre el conocido periódico *Blanco y Negro*, de Madrid, en un número de Semana Santa, haremos notar que en el número cuarto del *Investigador Católico*, periódico que se publicaba en Bogotá en 1838 (cuando aun vivía el doctor García, aunque lejos de la Patria), aparece reproducida tal composición con las iniciales P. de V. y P., que no sospechamos a quien puedan corresponder (3).

Mas tarde Menéndez y Pelayo, al tratar el mismo asunto en sus admirables comentarios acerca de la poesía hispanoamericana, copia los anteriores conceptos de Gomez Restrepo, y añade por su parte:

Tengo casi la seguridad de haber leído este soneto en las obras de algun poeta anterior a Tejada, pero no puedo recordar quién sea (4).

(1) Esta es la forma en que lo presenta Gomez Restrepo, seguido por Menéndez y Pelayo, a quienes citaré en seguida. Otros leen en el último verso:

«Para quedar unido, atado y firme»,

lo cual parece mas propio, si se considera la forma original, que daremos al fin.

(2) *Historia de la Literatura en Nueva Granada* por JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.—*Desde la Conquista hasta la Independencia* (1538-1820). Bogotá, 1867.

(3) El mismo título anterior. *Segunda edición. Con prólogo y anotaciones de Antonio Gomez Restrepo*. Bogotá, 1905 (vid. pág. 452).

(4) *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. Tomo II. Madrid, 1913 (página 37).

En los últimos años, la incertidumbre ha hecho que se reproduzca el poemita como anónimo, y así lo vemos por ejemplo, en una bella estampa del Crucifijo de Velázquez impresa poco ha en Madrid, y en el distinguido diario *El Debate*, de la misma villa, correspondiente al Jueves Santo de este año (1). Todavía la reciente colección titulada *Las mejores cien poesías líricas colombianas* atribuye aquel dije a García de Tejada, si bien en los índices descubre su escrúpulo el atildado antologista (2) poniendo un punto interrogante después del nombre del autor.

Pues bien: ese autor, anterior a García de Tejada, en quien Menéndez y Pelayo creía haber leído, sin conservar su nombre (cosa en él admirable), el aludido soneto, ese autor es el poeta portugués Dr. Manuel de Nóbrega.

Porque el soneto es portugués, y como portugués aparece desde principios del siglo XVIII, por lo menos, hasta que bien entrado ya el siglo XIX hace su aparición en la literatura castellana. Suponemos que lo tradujo García de Tejada, y al publicarlo dió ocasión a que se le creyese hijo de su ingenio.

El Dr. Manuel de Nóbrega fué natural de Lisboa, y floreció en la mitad del siglo XVII. Cítanle Barbosa Machado, en su *Bibliotheca Lusitana* (3), y en su *Diccionario Bibliographico Portuguez*, Innocencio da Silva (4), elogiando su *Epicedio* del

(1) Tanto en la imagen como en *El Debate* hallamos una variación, que consiste en mudar el segundo terceto en otro en que entra el Corazón Adorable de Jesús:

«En vos, costado abierto, quiero hundirme,
Y en ese Corazón anonadarme,
Y en su volcán de amores consumirme»:

bella idea, y que además corrige la flojedad del último verso del terceto primitivo; pero que, por destruir la unidad de estilo, creo no merecerá la aprobación de los eruditos: fuera de que estos monumentos antiguos debieran declararse intangibles por decreto del gusto universal...

(2) El distinguido joven jesuita P. José Vargas Tamayo.

(3) Tomo III (Lisboa, 1752) pág. 324, donde parece aludir al objeto de esta investigación cuando, al enumerar las poesías de Nóbrega, dice: «Soneto e Egloga a morte da senhora doña Maria de Ataíde, 1650 (Lisb). O soneto, a pág. 27 vers.; a Egloga, a pág. 70 vers.» Y si así es, permítaseme opinar que anduvo poco acertado el *Summario da Bibliotheca Lusitana* cuando (en su tomo III, pág. 147) da cuenta sólo del *Epicedio* (inf. cit.) y de la Egloga, dejando escondido un tesoro como el del soneto que estudiamos.

(4) Tomo VI, pág. 69. Comprendemos que no haya hecho mención del soneto, por el carácter bibliográfico de su obra: no lo hallaría publicado aparte. Sin embargo, puede muy bien creerse que la incluyó en aquella cita: «Ten tambien algumas poesias nas *Memorias Funebres de Doña Maria de Ataíde*, etc.»; pues según Barbosa Machado (cita anterior), en un mismo volumen se hallan un soneto y la égloga, y ya hemos conjeturado con bastante fundamento que ese soneto es el que nos ocupa.

Príncipe don Teodosio (1) y su *Egloga* en la muerte de doña María de Ataíde (2).

La primera obra de valor crítico que sepamos haya publicado nuestro soneto es la *Nova Floresta*, del P. Manuel Bernardes, del Oratorio de Lisboa (3). Fué esto en 1711; y de ese año en adelante, multitud de libros de piedad, así en Portugal como en el Brasil, lo reprodujeron con la firma del mismo Nóbrega. Con ella aparece también en el *Novo Monsageiro do Corazao de Jesus*, en 1898 (4).

Oigase ahora el texto original del primoroso y ungido soneto, y adviértase con cuanto mayor naturalidad fluye el verso y cuánto más delicados resultan algunos epítetos, denunciando su genuino origen:

A vos correndo vou, braços sagrados,
Nessa cruz sacrosante descubertos,
Que para receber-me estaes abertos
E para castigar-me estaes cravados;

A vos, olhos divinos eclipsados,
De tanto sangue e lagrimas cubertos,
Que para perdoar-me estaes despertos
E por nao devassar-me estaes fechados;

A vos, pregados pés por nao fugir-me;
A vos, cabeça baixa por chamar-me;
A vos, sangue vertido para ungir-me,

A vos, lado patente, quero unir-me;
A vos, cravos preciosos, quero atar-me,
Para ficar unido, atado e firme.

No será fuera de propósito recordar un pasaje bellísimo de San Agustín (en inspiración artística, como en todo la demás, genio incomparable):

Mirad esa cabeza inclinada para besaros; ese corazón abrió para amaros; esos brazos extendidos para abrazaros; ese cuerpo

(1) *Epicedio inconsolavel a morte do serenissimo principe de Portugal D. Theodosio, que falleceu em 15 de Maio de 1653. Lisboa... 1653. Consta de vinte e seis oitavas rythmadas.*

(2) Citado poco ha en las notas.

(3) Tomo III, pág. 207. Pone el soneto en la misma forma que lo daré al fin, y nombra al Dr. Nóbrega como a su autor universalmente reconocido.

(4) Debo los datos de este párrafo, y algún otro, a la finísima bondad del egregio literato portugués P. Antonio Antunes Vieira, S. J.

todo manifiesto para redimiros. Pensad cuán grandes son estas cosas, pesadlas en la balanza de vuestro corazón, y fíjese todo El en vuestro pecho quien por nosotros estuvo todo El fijo en una cruz... (1).

¿No inspiraría este pasaje al autor del soneto? La semejanza es harto clara. Y me atrevo a pensar, aparte de la posibilidad de que «los genios se encuentren», que si Nóbrega no se propuso de un modo explícito la imitación, es muy probable al menos que ésta surgiera de la impresión que suele quedar en el espíritu después de meditar una sentencia luminosa o de contemplar un cuadro maestro. Dijo, no recuerdo dónde, el divino Platón que hay una especie de generación en la belleza...

D. RESTREPO.

(1) «Inspice caput hoc inclinatum ad osculandum, cor apertum ad diligendū, brachia extensa ad amplexendum, totum corpus expositum ad redimendum; haec quanta sint cogitate; haec in statera yestricordis appendite: et totus vobis figatur in corde, qui totus pro vobis fuit affixus in cruce». (Lib. de Virgin).

BIBLIOGRAFIA

Paul Géraudy.—*Aimer, pièce en trois actes.*—Paris—1921.

La acción se desarrolla en un castillo en el interior de la Charente. Enrique y Elena están casados desde hace diez años. Hace ya algunos, perdieron un niño de cuatro años de edad. Colmado este dolor, gozan de su unión y de una felicidad serena, uniforme, tranquila. Desde hace un mes tienen un vecino de campo, llamado Challonge, hombre de negocios activos, enérgico, gran viajero que ha conocido muchos países. Lo reciben con frecuencia. Enrique comunica a Elena que Challonge vendrá de visita ese día en la tarde. Elena parece fastidiada de la frecuencia, y como su marido se asombra, ella le dice que Challonge le está haciendo la corte. «Lo sabía», le contesta Enrique, que tiene demasiada confianza en su mujer y demasiado respeto de sí mismo para rebajarse hasta hacer el papel de marido celoso y para hacer a Challonge el honor de manifestarle alguna inquietud. No es al marido a quien corresponde velar por la seguridad de la casa; es a su mujer a quien corresponde hacer comprender a ese pretendiente, con su actitud y su lenguaje, que está perdiendo su tiempo.

Cuando Challonge es anunciado, Enrique se retira para dejar a Elena en libertad de hablar y de obrar como mejor le plazca. Challonge aparece como un fogoso romántico, prendado con un amor irresistible que no habiendo aún amado, pone en su primer amor todas sus reservas de fuego, de llama, de calor y de locura. Elena lo tranquiliza y dulcemente lo lleva al terreno de

una buena y pura camaradería. De tiempo en tiempo, el salvaje se encabrita y Elena trata de apaciguarlo. Cuando Challonge se retira, Elena da cuenta a su marido de lo ocurrido. Aunque todo parece que marcha muy bien, se presiente una tempestad que se revela en un no sé que de fiebre en el marido y de enervamiento en la mujer.

En el segundo acto, Elena se ha retirado sola al fondo del parque; está agitada, acecha, por encima de la muralla la venida de alguien a quien aguarda. No ha podido rozarse impunemente como ese hogar ardiente e incandescente de amor que es el corazón de Challonge; chispas han llegado hasta ella; está turbada y cuando Challonge llega, la encuentra débil, domada, vencida, obediente, presta a hacer su voluntad. Espantada, se interroga a sí misma: ¿Qué es, pues, amor? Siente por su marido una ternura infinita, estimación, amor profundo. Pero el otro la ha invadido y desposeído de ella misma; su voluntad es impotente; es preciso que piense en él y lo obedezca.

¿Qué es, pues, el amor? ¿Es el sentimiento dulce y encantador que le ha hecho experimentar su marido? ¿Es la pasión tumultuosa y desordenada que Challonge ha arrojado en ella?

El marido lo ha visto y comprendido todo. Noble y valerosamente, ha tomado su partido: el divorcio. Elena quedará así libre de proceder como mejor le acomode. Ella se decide a huir con Challonge.

En el tercer acto se está nuevamente en el mismo salón en que se desarrolló el primero. Es de noche

Enrique se ha retirado a su escritorio. Elena está sola; por la ventana abierta se ve el parque iluminado por la luna. Challonge llega, viene a arrebatarse su víctima; no quiere esperar más; Elena debe partir en el acto con él. Elena, dócil, consiente primeramente, después reflexiona en que tiene que hacer algunos preparativos materiales antes de la fuga. Arroja a su alrededor una mirada llorosa. De toda esa decoración familiar parecen desprenderse amarras que la ligan a su hogar. Contempla el retrato de su niño, que perdió. ¿Ud. ha perdido un niño? le pregunta Challonge.

A estas palabras, Elena lo mira espantada y se repone: ¿Como? ¡No sabe que había perdido un hijo, no sabe nada de su pasado, no tienen ningún recuerdo común, ese hombre es un extraño, un pasajero y es a él a quien ella va a seguir!

Recupera, a un propio tiempo, la reflexión y la sabiduría. Despide a Challonge, dándole cita para el día siguiente. Y apenas partido el seductor, llama a su marido, como se llama un socorro. Ella comprende su gran dolor y su gran nobleza. Mira a ese hombre, a quien diez años de vida común, han convertido en un camarada íntimo e indispensable. Tiembla, arroja sarmientos a la chimenea, la luz familiar de la llama alumbra el hogar y ese calor hace revivir en ella el recuerdo del pasado, el sentimiento del deber y de la verdad y se arroja, llorando, en brazos de su marido. Challonge ha, definitivamente, fracasado.

Es una obra de fina y hermosa distinción. Como la tragedia de Racine, en el estilo de Berenice, está hecha con *nada*, apenas con percanche que atraviesa el alma de una mujer. Nada más que tres personajes, como en las tragedias de Esquilo, bastan para llenar los tres actos. El estudio psicológico es agudo i penetrante.

Dos elementos entran en la composición: la vida normal de la familia regular y amante; es la parte real, pintada con elegancia, tacto y

medura. Sería difícil ir más lejos en la pintura del corazón. El autor de *Toi et moi* es un maestro en este género de análisis.

El otro elemento es el fuego romántico, tempestuoso y un poco satánico del amor fatal, como se le pintaba allá por los años de 1870. Esa parte, de convención y de fantasía, es la menos feliz de la obra.

En suma es una obra que honra a su autor y al teatro francés.

L. CLARETIE.

Henri Vignaud.—*Le vrai Christophe Colom et la légende.*—París.—1921.—A. Picard, éditeur.

Mr. Vignaud, Presidente de la Sociedad de Americanistas, ha consagrado una gran parte de una existencia laboriosa y dilatada al estudio de todos los problemas que promueven la personalidad de Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Expuso los resultados de sus investigaciones y las de los principales críticos modernos en tres gruesos volúmenes de *Etudes Critiques* publicados entre 1905 y 1911 y hoy publica en un pequeño libro, lleno de precisión y de claridad, el resumen de todos esos trabajos.

Muchos puntos quedan, sin embargo, oscuros o dudosos. Algunos de ellos parece que no serán nunca resueltos, por culpa, por voluntad del mismo Colón que fué un embustero incorregible,—dicho sea esto con el respeto que le es debido, que, por cierto, no puede ser más grande que el que debemos a la verdadera historia—quizás el más embustero de todos los héroes. Mistificó a sus contemporáneos y por intermedio de ellos a la posteridad. Sus historiadores, hasta mediados del siglo XIX, amplificaron las mentiras y mistificaciones y escribieron una vida de Colón, que, más que historia, es una leyenda romántica. Todo, naturalmente, en detrimento de otros héroes, en especial de los Reyes Católicos y del pueblo español.

C. U. T.

Les Hautes Fourneaux por Miguel Corday. — Flammarión. — Un volumen en 18. — 1922.

Esta obra tiene su desarrollo durante la guerra, en los grandes centros metalurgistas.

Es un conflicto eminentemente dramático llevado a la novela. Una mujer, ve a su hijo enrolarse en los momentos en que todos los industriales, con sus insaciables apetitos, han provocado según ella la guerra, cree que hombres de sentimientos análogos a los de su marido son los que llevan a la muerte a su hijo.

Es una novela escrita en forma de un diario en la cual, la heroína estudia, día a día, la inmensa catástrofe para hacer desaparecer «sus causas y evitar su repetición». Vive mezclada con gentes de grandes influjos y jefes militares y cuenta de ellos anécdotas de las mas variadas y curiosas.

Esta obra pone a Miguel Corday en los primeros lugares de aquellos autores que ponen de relieve el momento social presente.

X.

Alfonso Espino. — *Mármoles y Bronces.* — San Salvador. — 1 vol. de 131 págs.

Carlos Gagini caracteriza con toda exactitud las altísimas cualidades que adornan este volumen de versos, cuando de él dice:

«No es la musa de Espino la dama encopetada que desciende magestuosamente por la marmórea gradería de estrofas quintonescas, ni mucho menos la virgen neurótica que venía por las noches a besar la pálida frente de Musset: es una niña ingenua y simpática, ora traviesa y juguetona, ora melancólica y arrulladora, ya en fin enfadada y colérica, ante el cuadro desconsolador de las bajezas humanas.

«Espino canta sin afectación lo que siente y nunca deja la pluma para empuñar la lira; pero, sencillamente, sabe decir cosas muy bellas. Le preocupan muy poco las novelorías de los decadentistas: a la legua se percibe en sus versos el olor de los añejos vinos extraí-

dos de las polvorientas bodegas del siglo de oro. Ha bebido en las fuentes del clasicismo y, a semejanza del *Castellano Viejo* de Larra, no quiere trato con franceses. Y hace bien. Exteriorizar la emoción estética y conseguir que el lector participe de ella, es lo que constituye la genuina poesía; y eso lo ha logrado Espino en sus versos. La estrofa rizada con tenacillas, embadurnada de cosméticos parisienses, dislocada con penoso esfuerzo, me produce el mismo efecto que las tristemente risibles contorsiones de un payaso.

«Todo el rimero de producciones modernistas centroamericanas, con sus epítetos gongorinos, glaucos y opalescentes y sus metáforas extravagantes; toda esa balumba de estrofas anodinas, no valen lo que esta copla que oí cantar en España a un pobre ciego:

«¿Cómo quieres que la olvide
[Niña de mi corazón!
Cómo quieres que la olvide
Si al darle la Extremaunción,
En vez de mirar al Cristo
Mirándome se murió?».

«Quizás no estén de acuerdo conmigo muchos de los lectores y aún tacharán de plebeyo mi gusto literario; pero entre esa copla y los siguientes versos de un compatriota mío:

«Por un hilo de luz bajó una es-
[trella
Hasta besar un labio al horizonte.
Tirado sobre el mar, al pié de un
[monte,
Que suspiró mirándola tan bella».

Francamente me quedo con el ciego.

«Hay un indicio sencillo y eficaz para juzgar las poesías: si la lectura produce cierto escalofrío y murmuramos sin querer *magnífico*, es que el poeta ha sabido tocarnos el alma; pero si las leemos con la misma tranquilidad con que recorremos una sección de anuncios, malísimo.

«Ahora bien, aquella copla, lo mismo que la totalidad de las composiciones de Espino, produjeron en mí ser, escalofrío: yo sentí la mirada de la moribunda, sentí la la inmensidad de su amor, y más aún, la profundidad de aquella poesía popular; mientras que en ese monte que suspira y esa estrella que besa sólo un labio al horizonte, me parecieron tan cómicos que no pude contener la risa.

«Quiera Dios que la juventud hispanoamericana tenga el juicio suficiente para no dejarse seducir por esas frívolas japonerías y que llegue, al fin, a distinguir las piedras falsas de los diamantes y a no tomar por magníficas estrellas las fugaces luces de Bengala.

«Así como las penas profundas se desahogan con lágrimas, la emoción estética estalla en versos sinceros y espontáneos: quien no lo sienta, nunca los hará buenos.

«Esa sinceridad y esa espontaneidad se advierten en las poesías de Espino y es el mejor elogio que de ellas pudiera hacerse».

P.

Historias de las insurrecciones de Tacna por la Independencia del Perú por R. Cúneo-Vidal.—*Lima 1922.* — 4.^o—325 págs.

La «Historia de las insurrecciones de Tacna por la independencia del Perú», que acaba de publicar don Rómulo Cúneo-Vidal, reviste especial importancia en los presentes momentos, en que es más vivo que nunca el interés por ver narradas con método, claridad y talento, que son las cualidades que sobresalen en la obra de dicho autor, las insurrecciones parciales, síntoma de una tendencia general a suprimir la dominación española, que hicieron posible la emancipación del país, proclamada en Lima el 28 de Julio de 1821, y definitivamente sellada en los campos de Ayacucho, el 9 de Diciembre 1824.

La obra de Cúneo-Vidal, nutrido volumen de 325 páginas, esmera-

damente editada por Gil, puede considerarse como un modelo de las tales crónicas de las revoluciones parciales por la independencia nacional habidas en el Perú.

Merecía indudablemente igual presentación la primera de aquellas insurrecciones provinciales, siendo así que en el entonces pueblo y hoy día ciudad de Tacna, segregada del regazo de la patria en estos momentos por el rigor de un hado adverso, se dió el primer grito de libertad que escucharon los pueblos del Perú, por iniciativa del ínclito limeño, don Francisco Antonio de Zela y Arizaga y con el concurso entusiasta de un animoso vecindario.

Cúneo-Vidal, a quien hay que considerar como uno de los más hábiles y diligentes escudriñadores de la historia patria y de las crónicas de su provincia natal, nos narra en su libro, en el lenguaje fácil, ágil, castizo y ameno que caracteriza sus producciones, el proceso de aquel movimiento insurreccional, su preparación secreta por instigación de los portefíos de Castellí, acampados a orillas del Desaguadero, siendo emisario entre ellos y el futuro caudillo, don Francisco Antonio de Zela, un modesto indio, una suerte de Olaya tacneño, don Ramón Copaja, cacique y gobernador de los indios del partido de Tarata, su estallido, su duración de no apenas cuatro días, y su lamentable disolución por repercusión de la derrota sufrida en el altiplano por las armas argentinas, cuyo intento parece haber sido tocar el mar, si vencedoras, en las playas de Arica.

Luego viene, en el curso del libro, la segunda insurrección tacneña, la de 1813, promovida por los hermanos Paillardelle, franceses naturalizados españoles, y los próceres tacneños Manuel Calderon de la Barca, Pedro José Julio Rospigliosi y José Gómez.

Nótase en la presentación de estos magnos sucesos, por parte de su autor, una absoluta posesión del asunto, un conocimiento cabal de

la época y de los antecedentes de cada uno de los hombres que en ellos actuaron; cualidades a las cuales cabe agregar una eficacia y una elegancia en el decir, sumados a una habilidad en hacer interesantes aún pequeños detalles, pocas veces superados.

En esta nueva obra suya, Cúneo-Vidal se ha revelado un concienzudo historiador y atrayente escritor de otros cien ensayos sobre historia, fisiología, literatura y arte.

O, si no, juzgue el lector por el prólogo de su historia, que nos complacemos en copiar a continuación:

«El libro presente se contrae a narrar, en forma ceñida a los cánones de la historiografía moderna, la historia de los levantamientos por la independencia del Perú y de América, de que fué teatro, a principios del siglo pasado, la para nosotros ciudad de Tacna.

«Fueron ellos el de 1811, promovido por el inclito don Francisco Antonio de Zela y Arizaga, precedido en 1810 por un conato de insurrección, en cuya preparación intervinieron el mencionado don Francisco Antonio de Zela; el ripueño don Ignacio Oviedo y el cacique de Tarata don Ramón Copaja, y el de 1813, encabezado por los hermanos Enrique y Antonio Paillardelle, el alcalde Manuel Calderón de la Barca y José Gómez.

«Años por todo concepto memorables, de aquel comienzo del siglo que presencié la casi total emancipación del continente americano, los que acabamos de mencionar, henchidos de patriótico entusiasmo, pródigos en virtudes cívicas y militares, y encaminados a la postre, por lo que concierne a los sucesos tacneños, al sacrificio de los que en ellos hicieron papel de precursores.

«América, blandiendo la espada de hoja templada al fuego de las convicciones de sus caudillos, luchaba por conquistar su independencia, con mengua de la quimérica pretensión de conservar un so-

lio colonial para el inepto Fernando VII.

«El fragor de los combates que a diario se libran entre criollos y peninsulares, dejábase escuchar desde las orillas del mar Caribe y desembocadura del Orinoco, hasta el estuario del Plata y los llanos de Maipo, incitando a la acción a los que comulgaban en las convicciones de uno u otro de los bandos en en que se hallaba dividida, por razón de sus orígenes e intereses, la sociedad colonial.

«Tacna no desoyó aquel viril llamamiento, i primero entre los pueblos del Perú y único entre los comprometidos a levantarse en armas, en día y hora señalados, a espaldas del brigadier de Goyeneche, acampado a la sazón en los lindes del Alto Perú, bajó a la palestra sobre cuyas candentes arenas se rifaban los destinos del continente.

«Las efemérides tacneñas de 1811 y 1813, confiadas a la frágil memoria de los hombres, que es como decir a la acción del tiempo, que todo lo arrastra inevitablemente a la sima del olvido, no tuvieron cual ocurrió con los restantes pronunciamientos americanos, el historiador puntual ni el inspirado bardo a que su alta significación les daba derecho.

«Si grandes fueron los hechos en que ambos se realizaron, grandes fueron el desentimiento y la inercia de las generaciones a las que les cupo el sacro legado de su recuerdo.

«Por lo que concierne a la hazaña de Zela, ¿qué podríamos citar en materia de crítica histórica digna de llamarse tal, fuera de las quince o veinte páginas, faltas de colorido, que trae en su coloniaje el escritor tacneño José Belisario Gómez, ni de los párrafos, las más veces contradictorios, que traen en sus relaciones García Camba, Torrente, Vicuña Mackenna y Mendi-buru, algunos de los cuales llega a ignorar el apellido del autor de la primera revolución tacneña, con-

fundiéndolo con el de don Alberto de Zela y Neira, su padre?

«Mayor, si cabe, fué el olvido que estúvole reservado a la segunda revolución tacneña.

«La suerte nos ha sido propicia, más allá de cuanto anhelábamos, al emprender, nosotros hijos de Arica, la tarea de reconstitución de ambos sucesos históricos, dejada inconclusa por el tacneño José Gómez y otros escritores peruanos y peninsulares.

«La cooperación de amigos inteligentes y decididos, con lo que se relaciona con el culto de la historia patria, entre los cuales nos complacemos en citar al señor Emilio Gutiérrez de Quintanilla, Carlos A. Romero, Pedro Quiña Castañón, Jorge M. Corbacha; Modesto Molina, Luis Ulloa, Aníbal Galvez, Agustín T. Whilar, Ricardo García Rossel y Evaristo San Cristoval, puso a nuestro alcance una suma de datos informativos que constituyen buena parte del fondo de nuestra narración, y la relación de los que aún quedan en vida de la sangre y apellido de los próceres de 1811 y 1813, otra de las tradiciones familiares santificadas por el recuerdo, que constituyen su parte novedosa y sentimental.

«Es, de consiguiente, una obra serenamente pensada, seriamente meditada y escrupulosamente documentada esta que damos a luz, en plena vigencia del primer centenario de la independencia nacional, ideal edificio del que fueron piedra angular los pronunciamientos tacneños de 1811 y 1813.

«El lector juzgará si en esta forma, a la que hemos consagrado lo mejor de nuestro escaso talento, hemos bien merecido de Tacna, del Perú y de América».

EVARISTO SAN CRISTOVAL.

“La Gravifique Einsteinienne”.—Por Th. de Douder, un vol. en 4.º—Editorial Gauthier-Villars, París.

Esta obra envuelve una síntesis de la relatividad general. Parte del principio de Hamilton y obtiene las enunciaciones y teoremas fundamentales de la gravedad de Einstein.

Esta exposición se distingue por una generalización completa en la que su autor recurre al análisis infinitesimal.

Los cálculos figuran en forma de notas.

X.

Letras Hispano Americanas.—*Memento.*—La REVISTA CHILENA es una excelente publicación literaria y científica que se publica en Santiago de Chile. Está dirigida por el conocido escritor Enrique Matta Vial y reúne la colaboración de los mejores publicistas de ese país. Da grande importancia a la bibliografía que está a cargo de escritores competentes. En el último número que hemos recibido, el de Marzo, hemos encontrado un curioso artículo de Vicente Pérez Rosales, sobre viejas costumbres chilenas y hermosas poesías de Enrique Bauchs.

«Mercure de France». Noviembre, de 1921.

F. CONTRERAS.

“Analogies Mécaniques de l'Electricité”.—Por J. B. Pompey, un vol. de 152 págs.—1921.—Editorial Gauthier-Villars, París.

En esta obra Mr. Pompey, ingeniero jefe de los telégrafos demuestra las consecuencias de los fenómenos mecánicos en la electricidad, concebidos por Maxwell al lanzar sus hipótesis sobre los exploramientos en los campos eléctricos.

X.

INDICE

	Pág.
Emilio Vaïsse.—Gustavo Flaubert.—Su vida y sus obras.—Enseñanzas que de ambas se desprenden.....	5
Rafael Sotomayor.—El combate de Iquique el 21 de Mayo de 1879 y la excursión de la escuadra al Callao.....	30
Albert Samain.—La rana.....	39
Raúl Simón.—Nuestra situación financiera.....	40
Aníbal Pinto.—La renuncia del Ministerio Santa María y la formación del Ministerio Recabarren en 1880.....	62
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.....	69
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Alpha, Enrique Bataille.—X. X., ¿Por qué se cumple tan mal entre nosotros la ley de instrucción primaria obligatoria?—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado ante la Sociedad de Importadores de Estados Unidos de Norte América.—Rabindranath Tagore, Discurso pronunciado en la recepción del premio Nobel.....	82
BIBLIOGRAFIA.—Antonio José Restrepo, El moderno imperialismo. Protección y libre cambio —Miguel Rasch Isla, Para leer en la tarde.—Raúl Simón, La situación económico-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. Roy, Cours de Mécanique.—L. Rougier, La matière et l'énergie.—Maurice Rostand, La gloire.—L'Annuaire des Longitudes pour 1922.—Alcides Arguedas, Historia General de Bolivia.—Roland Dorgèles, Saint Magloire.—Luis Barros Borgoño, La cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia.....	97
Anibal Pinto.—Apuntes: Dificultades de la guerra.—Causa del mal estado en que se encuentran las operaciones militares.—Ataque del Huáscar a Antofagasta.—La captura del Huáscar.—El desembarco en Pisagua.—Una conferencia con el General Escala.—Carta a Baquedano.—El nombramiento de don Alvaro Covarrubias como Ministro Plenipotenciario para tratar de la paz con el Perú.—Por qué el Presidente Pinto no quería la expedición a Lima.....	113
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.—(Conclusión).....	127

	Pag.
Jacques Riviere.—Fragmentos inéditos del «Diario Intimo» de Amiel	145
Samuel Ossa Borne.—La obra de don Ignacio Santa María sobre la Guerra del Pacífico.....	154
C. Pérez.—La teoría celular.—(Continuación).....	159
Roxane.—Henry Bataille.....	176
L. Dugas.—Las ideas pedagógicas de Guyau.....	196
NOTAS Y DOCUMENTOS.—J. T. Ibarra, Anatole France.—D. Restrepo, ¿Quién es el autor del soneto, «A vos corriendo voy, brazos sagrados»?.....	208
BIBLIOGRAFIA.—Paul Géraldy, Aimer, pièce en trois actes.—Henry Vignaud, Le vrai Christophe Colom et la légende.—Miguel Corday, Les Hautes Fournaux.—Alfonso Espino, Mármoles y Bronces.—R. Cúneo Vidal, Historias de las insurrecciones de Tacna por la independencia del Perú.—Th. de Douder, «La Gravifique Einisteinienne».—F. Contreras, Letras Hispano-Americanas.—J. B. Pompey, «Analogies Mécaniques de l'Electricité».....	219
Armando Donoso.—Don Enrique Matta Vial	225
Enrique Matta Vial.—Don Domingo Santa María	234
Enrique Matta Vial.—La nacionalidad y la ciudadanía.....	251
Aníbal Pinto.—Apuntes en el año de 1880 y 1882.—SUMARIO.—La mediación de los Estados Unidos.—Discreción de los hombres de Gobierno.—Posibles plenipotenciarios chilenos.—Don Manuel José Irarrázaval y sus ideas sobre el Perú y Bolivia.—La interpelación Balmaceda sobre las negociaciones de paz.—Llegada de los plenipotenciarios peruanos a Arica.—El señor Ficher.—Retrato de don José Victorino Lastarria.—El General Baquedano y don Aníbal Pinto.—Una polémica histórica después de la guerra.—Plan de campaña del General Baquedano sobre La Paz.—Refutación de las apreciaciones de don Máximo R. Lira.—Baquedano y el Gobierno de la guerra.—Una visita de Taforó y las dificultades en Roma para preconizarlo.—Balmaceda, Aldunate y las negociaciones de paz con García Calderón.....	259
Raul Simón —Oscilación de los cambios y depreciación de la moneda.....	281
Roberto Liévano.—José Asunción Silva.....	294
Giovanni Papini.—Ensayos.....	312
César Barja.—Ocaso.....	319
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Sobre el origen de la vida.—Shaw Desmond, La fuerza atómica y lo que dicen a este respecto algunos hombres de ciencia.—Trabajos de investigación eléctrica en la Gran Bretaña.....	320

BIBLIOGRAFIA. —Ernesto Constet, Où en est la Photographie.—Paul Painlevé, Les axiomes de la mécanique.—Emilio Picard, Discours et Mélanges.—Abel Hermant, Le Petit Price; La Clef.—J. H. Rosny Ainé, Nell Horn.—Jules Mery, Terre Païene.—Giovanni Papini, Histoire du Christ.—Alfonso Maseras, En la América Meridional.—Claudio Arteaga Infante, La mujer chilena esclava de la ley.—Simón Bolívar, Discurso en el Congreso de Angostura.—José Ignacio Escobar, Escritos.—Nonce Casanova, La Racaille.—Alfredo Colmo, La cultura jurídica y la Facultad de de Derecho.....	330
C. Silva Vildósola.—Alfredo de Vigny.....	337
X. X. X.—La Alemania de hoy.....	357
B. Combes de Patois.—Las Memorias del Cardenal Ferrata.....	370
Corpus Barga.—El tercer centenario de Molière.....	375
J. L. Faure.—¿Qué es el cáncer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su origen?.....	382
Julio Zegers.—Don Enrique Mac Iver.	395
Juana de Ibarbourou.—Noche de lluvia.....	406
Ignacio Santa María.—Apuntes sobre la Guerra del Pacífico: I. La situación política; Los Ministros del Gabinete de Agosto de 1879.—II. La Legación de Chile en Francia.—Alberto Blest Gana, Capitán de Navío Luis A. Lynch, Carlos Morla Vicuña.—III. Intendencia General del Ejército y Armada.—Francisco Echaurren Huidobro.—Vicente Dávila Larraín.....	407
Monna Lissa.—Goyito.....	428
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Liberales y socialistas.—Comunismo e individualismo.—Gorgas, Laveran y Manson.—El centenario de Schelley.—El doctor Brum pide la supresión de la Presidencia de la República en el Uruguay.—Lo legítimo del socialismo.....	439
BIBLIOGRAFIA. —Enrique Gay Calbó, La intromisión norteamericana en Centro América.—Paul Gerald, Tú y yo.—Julio Supervielle, Débarcadères.—Ernesto Nelson, Nuestros males universitarios.—Juan Agustín García, La Ciudad Indiana.....	446
B. Vicuña Mackenna.—La Zamacueca y la Zanguaraña.....	449
Gilberto Amado.—La literatura brasileña y el desenvolvimiento mental del Brasil.....	464
Ramón Pérez de Ayala.—Ignacio Zuloaga: El placer y la necesidad de las biografías.....	489
A. Ghejov.—La Tristeza.....	500
Francisco Zapata Lillo.—Suspiro (Traducción de Sully Prudhome)	506
Dr. L. S. Rowe.—El progreso de la democracia en el Continente Americano.....	507

	<u>Pág.</u>
Un documento histórico: Balmaceda muere por sus propias manos en la capital de Chile.....	516
Guillermo Feliuú Cruz.—¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891, para el «New York Herald»?.....	516
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Gustave Simon, Ernesto Lavise, Jefe de la Escuela Histórica Francesa.—Víctor Hugo y Pedro II.—Ernesto Greve, El hierro en los tiempos coloniales.....	541
BIBLIOGRAFIA.—César Barja, Libros i autores clásicos.—Dr. Raul de Cárdenas, La política de los Estados Unidos en el Continente Americano.—Dr. Antonio Irairoz y de Villar, Enrique Piñeyro; su vida y sus obras.—Eduardo Barrios, El Hermano Asno.—Olegario Lazo Vega, Cuentos Militares.....	556
Indice del Tomo XIV.....	557

